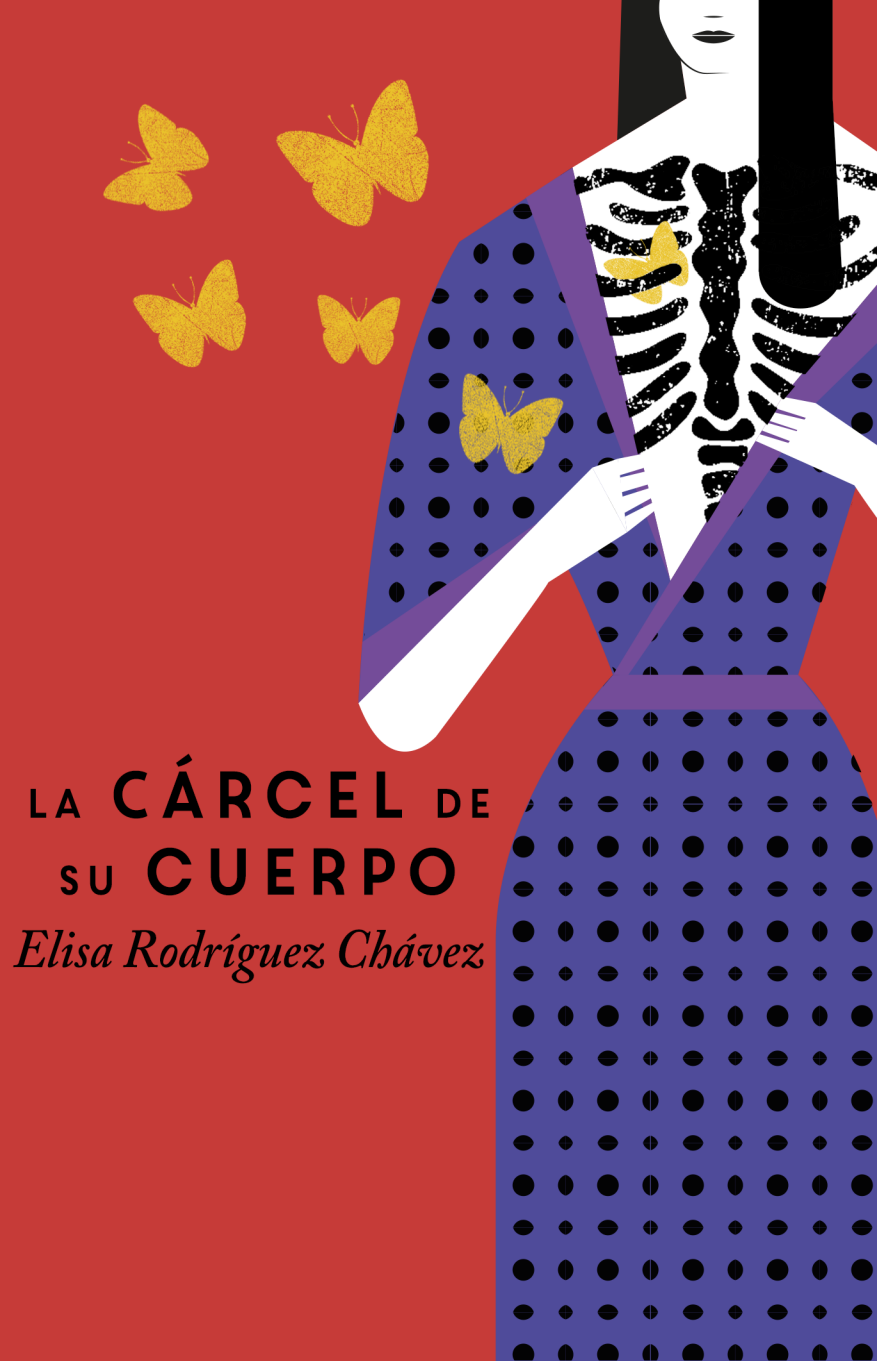




LA CÁRCEL DE
SU CUERPO

Elisa Rodríguez Chávez

NOVELAS en la FRONTERA

Esta colección recupera la tradición de la novela corta en una zona desdibujada en las cartografías literarias de América Latina: la frontera sur de México, Centroamérica y el Caribe de lengua española. Con la novedad de este corpus, buscamos propiciar su lectura y estudio, así como el reconocimiento y la diversidad de los vínculos geográficos, históricos, culturales y literarios de estas fronteras, abiertas al diálogo en el tiempo y en el espacio.

La novela corta. Una biblioteca virtual
www.lanovelacorta.com



LA CÁRCEL DE SU CUERPO

[NOVELA INÉDITA]

ELISA RODRÍGUEZ CHÁVEZ

Novelas en la Frontera

EQUIPO EDITOR DE LA COLECCIÓN



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Elisa Rodríguez Chávez, *La cárcel de su cuerpo*
Primera edición digital, revisada por la autora:
29 de septiembre de 2022
D. R. © Elisa Rodríguez Chávez
D. R. © 2022 Universidad Nacional Autónoma de México
Avenida Universidad 3000
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

Instituto de Investigaciones Filológicas
Circuito Mario de la Cueva, s. n.
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán
Ciudad de México

Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales
Ex Sanatorio Rendón Peniche
Calle 43 s. n., entre 44 y 46
Col. Industrial, 97150
Mérida, Yucatán, México

Centro de Investigaciones sobre América Latina y el Caribe
Avenida Universidad 3000
Torre II de Humanidades, piso 3
Ciudad Universitaria, 04510, alcaldía Coyoacán,
Ciudad de México

ISBN: EN TRÁMITE (de la colección)
ISBN: EN TRÁMITE

Este libro se realizó con apoyo del Proyecto CONACYT CB 255210,
coordinado por Gustavo Jiménez Aguirre

Esta edición y sus características son propiedad de la
Universidad Nacional Autónoma de México.

Se permite descargar e imprimir esta obra, sin fines de lucro.
Hecho en México.

ÍNDICE

<i>La cárcel de su cuerpo</i> : breve andadura	
<i>Elisa Rodríguez Chávez</i>	9
 <i>La cárcel de su cuerpo</i>	
Introducción	17
Primera parte	
I. En la semipenumbra de la habitación	23
II. Magdalena abrió los ojos perezosamente	31
III. Habían pasado unos meses	39
IV. Había pasado una semana	45
V. Y el día siguiente amaneció	53
VI. Así, acudía Magdalena al estudio	67
VII. La mañana siguiente amaneció	77
VIII. Al día siguiente	89
IX. Esa tarde, Magdalena dejó la escuela	95
X. En su estudio, Juan Ignacio Marín paseábase	109
XI. Magdalena penetró en su habitación	115
XII. Cuando se despertó aquella mañana	125
XIII. Y amaneció para Magdalena	137
XIV. ¿Cómo habían ocurrido las cosas?	143
Segunda parte	
XV. Magdalena subió	147

XVI. Después de la niebla.....	155
XVII. ...Y queriendo dar	165
XVIII. Desde el día de la inauguración	175
XIX. El ciclo de conferencias.....	185
XX. Magdalena abrió los ojos.....	195
XXI. Éxtasis	203
XXII. Magdalena soñaba	223
Epílogo	233
Elisa Rodríguez Chávez. Trazo biográfico	239

La cárcel de su cuerpo: breve andadura

Elisa Rodríguez Chávez

Un par de líneas para hablar de la aparición de *La cárcel de su cuerpo* y brevemente relatar el cuándo y el porqué de su existencia. Para ello, retrocedo hasta los días de mi niñez.

Desde pequeña, había sido un silencioso testigo de los triunfos literarios de mi padre, Virgilio Rodríguez Macal, uno de los escritores más leídos de Guatemala. Lo admiraba, lo acompañaba y lo observaba escribir sin decir una sola palabra. Y así, en esa constante observación, primero como una presencia invisible y luego intercambiando comentarios y vivencias, pasó el tiempo. Un día cualquiera, ya muy lejano, mi padre me dijo más o menos estas palabras: “¿Por qué no tratas de escribir algo tú?”.

En 1960, con veintiún años recién cumplidos, me decidí a intentarlo y empecé *La cárcel de su cuerpo*; en un principio se llamó “Búsqueda infructuosa”, título que con el avance de la novela cambió por el definitivo,

pues me pareció que reflejaba mucho más el sentido de la obra. He de decir, sin embargo, que publicarla nunca fue mi intención.

Hoy, 60 años después, cuando trato de situarme en los lugares más remotos de mi memoria, me asombro al darme cuenta que, con nitidez increíble, revivo esa especie de fiebre que me impulsaba entonces a buscar un espacio para mí sola. Me veo tumbada boca abajo en mi cama, con un cuaderno y un bolígrafo, escribiendo unas velocísimas líneas que daban vida, soltaban las amarras y dejaban en libertad a Magdalena, la protagonista de mi iniciación literaria.

Cuando recién terminaba aquel relato, casi coincidiendo con su desenlace, empecé a escribir y terminé, en 1961, mi segunda novela, *Oro de cobre*. Como ésta trataba un tema de interés para la Universidad de San Carlos, fue publicada. Dos novelas más, después de ella, siguieron la misma suerte de *La cárcel de su cuerpo* y abandoné definitivamente el género novela para incursionar en el maravilloso mundo del cuento, con el que obtuve varios premios en certámenes locales y un primer premio en los Juegos Florales Centroamericanos de 1974.

Con las dos primeras novelas concluidas y antes de la publicación de *Oro de cobre*, mi padre, a quien sólo había hablado de mis novelas sin habérselas dado a leer,

me instó a que participara con ellas en el certamen de los Juegos Florales Centroamericanos de 1962. Con cierta renuencia de mi parte, accedí. Y para mi gran sorpresa, *La cárcel de su cuerpo* fue galardonada con el único premio de novela de ese año y *Oro de cobre* recibió una “Mención honorífica”. Y eso fue todo. Mi intención de no difundir *La cárcel de su cuerpo* seguía siendo la misma.

Pero una circunstancia inesperada ha hecho cambiar definitivamente el destino de esta obra.

En 2021, época especial en la vida de todos por estar en lo más crudo de la pandemia por el Covid 19, la escritora, profesora de literatura y experta en investigación literaria, doctora Aída Toledo, me contactó para pedirme una entrevista. En el transcurso de la conversación, me dijo ya conocer *Oro de cobre*, me manifestó su deseo de leer *La cárcel de su cuerpo* y me solicitó una copia, a lo que accedí un tanto temerosa. Le proporcioné una de las dos reproducciones mecanografiadas que existían. La doctora Toledo la leyó con tanta dedicación que no puedo menos que agradecersele profundamente.

A partir de ese momento, siempre de la mano de Aída, la novela fue propuesta al comité del portal *La novela corta. Una biblioteca virtual*, proyecto de investigación y edición del Instituto de Investigaciones Filológicas

de la Universidad Nacional Autónoma de México. Reitero mi gratitud a la Dra. Toledo por todo el trabajo y las gestiones para que *La cárcel de su cuerpo* esté a punto de ser una realidad.

De esa forma, sin habérmelo propuesto o siquiera imaginarlo, se adentra *La cárcel de su cuerpo* en un terreno hasta ahora inexplorado por ella, permaneciendo en mí solamente la expectación que nace de la incógnita por la acogida que le dará ese público invisible y desconocido.

Guatemala, 19 de junio de 2022

LA CÁRCEL DE SU CUERPO

[NOVELA INÉDITA]

INTRODUCCIÓN¹

El hombre es un ser cuya bestialidad puede alcanzar proporciones insospechadas: nace, crece y llega a la madurez sin que dentro de su mente exista nunca ni un hálito de espiritualidad, ni un solo pensamiento para el alma, y entonces, cifra su vida a la pura y simple satisfacción de sus instintos, o insensiblemente, casi sin darse cuenta, se vuelve esclavo de ellos.

Y en esa oscuridad espiritual, en ese absoluto desconocimiento del alma, patrimonio divino al que debería consagrarse todo ser, surge la negrura que aniquila el sentimiento y alimenta la materia, que tarde o temprano morirá y no será después ya nada, nada...

El hombre no ha logrado alcanzar ni un ínfimo grado de superación desde que existe. Es la bestia más

¹ Agradecemos la generosa colaboración del Lic. Emir Guerra Caballero por la transcripción del manuscrito de la presente novela corta. La supervisión de esta labor y el primer establecimiento del texto fueron realizados por la Dra. Aída Toledo, investigadora del Departamento de Ciencias Humanísticas del ICESH, de la Vicerrectoría de Investigación y Proyección de la Universidad Rafael Landívar de Guatemala.

corrompida de cuantos seres vivientes deambulan por el planeta. Si sólo pensara...

¡Alma!, ¿qué eres en mí, dónde has vivido antes que yo naciera? ¿Qué remotos e inimaginables mundos has conocido?... Si vives en mí con la experiencia gloriosa que debe anidar en tus invisibles e insondables ojos bellos, ¿por qué no me lo enseñas, aunque sea cuando duermo?... ¿Por qué no llenas mi ser de los conocimientos azules e intangibles que debes poseer indiscutiblemente?... ¡Alma! ¿Por qué no me ayudas a pensar en lo que existe más allá de mi mezquindad?...

Y el alma, ante un requerimiento de esta naturaleza, tal vez contestaría:

—¿Por qué calienta el sol? ¿Por qué tus ojos de mortal se maravillan ante el mar?... ¿Por qué tiemblas cuando te hablan al oído dulcemente?... ¿Por qué escribes, por qué llenas tu corazón de música que entra por tus oídos? ¿Por qué amas? ¡Porque yo existo en ti, porque tu mente enferma de materialismo lucha conmigo diariamente y a veces venzo! ¡Pero me dejan tan agotada estos combates! ¡Es tal tu resistencia que, después de cada lucha, me rindo y en mucho tiempo no quiero volver a saber que desgraciadamente vivo en ti!

"Y cuando tu resistencia llega al máximo, cuando ya no intento nada por reivindicarte a los ojos de aquél que me ha creado, sólo vivo por la esperanza de libe-

rarme del yugo de tu estupidez, y sé que al fin llegará el momento. Y entonces ya no vivo en ti. Desde ese momento sólo soy una intrusa dentro de tu mundo de miserias; ya no existo, ya no siento. ¡Y tú te crees a tu vez desligado de mi presencia molesta y enojosa, y das rienda suelta a tus instintos primitivos y bestiales de animal cautivo dentro de tu propio ser!"

Sí, éstos deben ser los sentimientos de nuestra pobre, pobrecita, alma frustrada y fracasada en su finalidad divina. Ya no nos estremece un llanto, ya no nos importa pensar por qué en ciertas noches la luna brilla tanto, y las estrellas nos contemplan con ironía desde su etérea y envidiable altura. ¡Muerte! ¡Eso es lo que anida en nuestros pobres cuerpos degenerados por nuestras tendencias, desviaciones y aberraciones morbosas!

El ansia de vivir en la materia nos hace subsistir sin evolucionar dentro del círculo vicioso de las generaciones diversas. El alma ya no es nada más que una leyenda que nos contaron de niños, y que poco a poco ha ido desapareciendo en nosotros.

Ésta es la realidad que anida en la humanidad entera. Y, sin embargo... ¡Hay seres que dejan a su alma luchar por ellos! Todavía hay quien se estremece cuando vibraciones extrañas sacuden directamente algunas de sus fibras sensibles. Todavía hay quien se inspira, quien goza con el arte y la poesía, con la música serena, con

los ojos bellos y misteriosos de una mujer buena, o con la diabólica belleza de un espectáculo de violenta maldad.

Pero... son tan pocos los que hacen esto. Es tan ínfimo el número, que su presencia pasa desapercibida, flota, se hunde y desaparece en el fango pantanoso de la inmundicia del mundo.

Imaginemos una de estas almas, bella, hermosa, magníficamente dotada y esculpida magistralmente en su pedestal de espíritu. Imaginemos esta alma encerrada en un cuerpo de diosa, en una figura perfecta, en unos ojos incomparables, y ahogada toda esta belleza por la fuerza más brutal de sus instintos varios; despedazada en su tranquilidad por sus tendencias morbosas. Y en medio de esta amalgama de extrañas posesiones, la lucha encarnizada y cruel de ambas potencias anidando en la cubierta ficticia de un cuerpo bello.

Penetremos en el arcano que se refleja de esta incógnita. Presenciamos el extraño fenómeno de un alma que no tuvo fuerzas para luchar y se aferró a otra y a otra más en idénticas circunstancias, para tratar juntas de determinar el camino que deberían cruzar a la par desde entonces. Vayamos, penetremos en la vorágine de sensaciones disparejas que surgieron al chocar estas almas, tanto tiempo después de que habíanse encontrado y saboreado los cuerpos, sorbido hasta el exceso la copa

llena de lujurioso placer, amado hasta la locura la pasión que anidó en ellos.

Presenciamos cómo se destruye un alma, y, a pesar de ello, resurge. Tratemos de seguir los pasos de estos seres, tratemos de no perderlos de vista, que, en el momento más insospechado, pudiera sucedernos a nosotros, y quizá más adelante encontremos en estas almas la solución que buscan las nuestras en la oscuridad de su infortunio...

PRIMERA PARTE

I

En la semipenumbra de la habitación, el humo del cigarrillo elevábase en una columna suave de voluptuoso encanto... Afuera, llovía. La lluvia, al chocar con los cristales, producía un dulce ruido, que, al reparar en él, se asemejaba extrañamente al susurro de un pájaro.

Magdalena extendió perezosa una mano, acariciándose sensual los negros cabellos. Sus piernas pendían flojas en el vacío, y su brazo derecho la sostenía por el marco de la ventana abierta.

Aquella embriaguez, tantas veces sentida, la iba invadiendo lentamente, mientras gruesas gotas de lluvia resbalaban tibias por su rostro. Desde que principiara a llover dos horas antes, se encontraba en la misma posición, con la misma fijeza impenetrable aleteando en sus insondables ojos claros...

¿En qué pensaría tanto tiempo aquella mujer, extraña amalgama de quietud y fuego?... Ni ella misma sabía

con certeza lo que rondaba entonces por su mente solitaria. Sólo tenía plena conciencia de la delicia que le proporcionaba en ese instante fumar suavemente, y, al entrecerrar los ojos, los anuncios luminosos mojados por la lluvia adquirirían a su mirada extrañas y fantasmagóricas formas que en su imaginación veía con pavoroso deleite.

Magdalena no estaba sola, y, sin embargo, nunca como entonces habíase hecho más real en ella la incertidumbre de que el día en que nació indudablemente habría una extraña soledad, un denso silencio, en torno a su fatal llegada. Y, sin embargo, era feliz. ¿Por qué lo era? Porque en las profundidades de la inmensa vitalidad de sus dieciocho años la sangre ardiente y joven agolpábase violenta, sus labios tiernos y sensuales entreabríanse golosos, y, en fin, la vida toda circulaba hasta el más oculto rincón de su cuerpo.

Sólo aquella agobiante soledad hacía dura y pesada su alegría. ¡Cuánto tiempo había pensado en la misma cosa! ¿Por qué sentirse sola, si lo tenía todo en el mundo? ¿Por qué esperar algo nuevo, si le bastaba subir un dedo para que su más extravagante deseo fuera satisfecho al instante? Tal vez ése era el motivo. ¡Qué extraña y amargamente se sentía rodeada de sólo objetos! Su hermano, la vieja abuela, Marina, la criada que fuera casi su madre, no significaban en su vida más que una costumbre. La adoraban, era cierto, pero no pensaban más

que en sus caprichos, y aquella extraña alma enfermiza había crecido sin desear nada más que superficialmente cualquier cosa en su vida. Tal vez con aquel extraño adorar callado le habían hecho mucho daño.

Magdalena, ahora al inicio de su vida, era un ser egoísta, sin que en esto mediara para nada su voluntad o tuviera culpa alguna. Ella sabía que era hermosa, y en su alma no anidaba más pecado que su adoración por sí misma, y si le hubiesen preguntado si se sabía hermosa, convencida y segura hubiera respondido que sí.

Aquella extraña mujer, ¿de qué surgió?... En torno a su magnética personalidad, flotaba un halo misterioso de sensualidad y hechizo. Y aun consciente de su hermosura, parecía ignorar que ese otro encanto se sumaba a su maravillosa posesión de dones. Era sencilla y tierna, salvaje y dulce, misteriosa y clara, alegre y triste, optimista y apesadumbrada. En ella conjugábase todo lo extraño y todo lo comprensible, era una amalgama brutal de fuego y agua, de calor y frío, y un constante gemir y desbordarse.

Y si hubieran preguntado a Armando su hermano, a la abuela o a la criada, únicos seres que la rodeaban familiarmente, qué clase de ser era Magdalena, ninguno hubiera tardado en contestar: “¿Magdalena? Es un encanto. ¡Una muchacha tan sencilla y buena como otra cualquiera recién salida de la escuela!”.

Allí había estado el error desde el principio. Nadie había preocupado por concederle ni un momento de sinceridad o de comprensión.

Además, Magdalena era inteligente. Así, sin que fuera necesario expresar más: clara, sencilla y maravillosamente inteligente. También de esto tenía conciencia, como de su magistral hermosura.

El segundo cigarrillo terminose de consumir, abandonado. Un fuerte olor a madera quemada interrumpió el curso de sus pensamientos. Levantose de la ventana, apagó y limpió con sus pequeñas manos los restos del cigarrillo y, sin encender las luces, se adentró en la habitación. Dejose caer sobre la cama. Sus grandes y rasgados ojos pardos recorrían la penumbra que había ido acentuando, tratando de adivinar los objetos colgados de las paredes. ¡Qué sola se sentía, Dios! Desde el cuarto vecino, llegábale la voz de Armando discutiendo con aquel muchacho que Magdalena no había visto nunca antes. Probablemente sería uno de sus compañeros de estudios. Armando sería médico muy pronto. Tal vez ese buen hermano suyo era el único que arrancaba del alma de Magdalena un ramalazo de cariño.

Suavemente, se deslizó del lecho. Encendió las luces y se dirigió al cuarto de baño.

Se iría a la calle. Era su último día de descanso, y mañana, a empezar nuevamente sus estudios. En su com-

pleja y extraña naturaleza, Magdalena tenía una afición desmedida: amaba la pintura, y a su estudio consagraba la mayor parte de su tiempo.

Al día siguiente empezarían las clases de nuevo. Sus compañeros la aguardarían para rondar a su alrededor como moscas. Había deseado dedicarse a otro trabajo cualquiera, tener una responsabilidad sobre ella, levantarse a una hora determinada, pero sus propósitos le duraron lo que tarda una gota de agua en confundirse con el océano. Así era ella.

Ya en el cuarto de baño, desnudose, y como tantas veces, se contempló largo rato en el ancho espejo adosado en el clóset. Le fascinaba mirarse completamente desnuda. Sus ojos recorrieron su cara. Sus cortos cabellos negros y rizados encontrábanse revueltos, cayendo sobre su frente y parte de sus párpados. Su pequeña naricilla dilatose en un gesto de complacencia. Siempre que se contemplaba, veíase hermosa, siempre, siempre... Tal vez no era perfecta, pero tenía ese "algo" que atraía las miradas, que subyugaba y fascinaba, y hacía retener la vista en su deliciosa figura.

Sus ojos posáronse en su cuerpo. Sus senos pequeños y redondos subían y bajaban acompasadamente al influjo de su respiración. Movi6 despacio sus piernas largas y finas como las de un ciervo. Al pensar en ello, hízose más fuerte la idea que siempre había tenido: si

ella hubiera sido animal, indudablemente hubiera sido un ciervo, quizá con el alma de un tigre. Se apartó del espejo y metiose en la tina. Sus movimientos, felinos hasta el exceso, eran así: a veces mesurados y suaves, otras, violentos y agitados. Al poco rato, salió del baño, dirigiéndose a su habitación. Iba cubierta sólo con una corta toalla de cara, que dejaba al descubierto parte de su pecho y todas sus largas y maravillosas piernas. Olía fuertemente a jabón de tocador, que de ella despedía un extraño olor a monte, a naturaleza viva...

Dos golpes sonaron discretos en la puerta del cuarto. Sin pensarlo, se dirigió a ella, abriéndola de golpe, completamente. De pie ante la mujer, confuso y azorado, estaba ese moreno compañero de Armando. La luz que llegaba del pasillo la iluminaba a medias, dándole una apariencia irreal.

—Señorita, yo... —empezó a decir desconcertado. Sus ojos admirados no podían apartarse de las piernas de la muchacha. Un escalofrío de deseo, desconocido, agitó imperceptible a Magdalena.

—¿Qué desea? —preguntó con toda naturalidad. Para ella era un goce extraño y superior observar el azoro de aquel guapo muchacho de tez pálida.

Al observar la despreocupación de aquella diosa de carne, Adolfo repúsose inmediatamente, y dirigiéndose a ella le tendió sencillamente la mano, mientras decía:

—Perdone. Al principio me extrañé de verla así, medio desnuda. Armando me envía a preguntarle si irá con nosotros esta noche.

—No —contestó ella sin indagar siquiera a dónde pensaban ir—. En estos momentos me alistaba para salir, yo sola.

—Pero...

Adolfo iba a intentar convencerla. Sería maravilloso contemplar toda la noche aquella flor morena a su lado. Pero, cambiando de idea, dijo simplemente:

—Está bien. Buenas noches.

Habíase despedido, y, sin embargo, no atinaba a dar un paso para retirarse. Seguía con los ojos fijos en aquella carita, que, a través de sus ojazos diabólicos, le sonreía incitante.

—Dígale a Armando que lo veré mañana, señor... —la voz de la muchacha sonaba como una caricia para el hombre.

—Adolfo Mayo, para servirle.

—Bien, hasta luego, Adolfo.

Y pensando que ya le había regalado por mucho tiempo con la contemplación de su magnífica hermosura, Magdalena se retiró un poco, cerrando suave la puerta. Sabía que había hecho impresión en Adolfo. Más que saberlo, lo sentía. Y sonriendo con íntima satisfacción, se quitó la toalla para vestirse.

Su vida seguía sin que nada hubiera alterado su cauce hacia la incógnita de su destino.

II

Magdalena abrió los ojos perezosamente. ¿Qué hora sería? El timbre del teléfono repiqueteó a su derecha dos, tres veces. Descolgó el aparato, incorporándose a medias en la cama.

—¿Sí? ¿Quién es?...

—...

—Está bien. Ahora bajo.

¡Ah, qué fastidio! Levantarse había sido toda la vida para ella el mayor esfuerzo que podía hacer. Una hora más tarde, bañada y vestida, bajaba a saludar a la abuela.

—Hola, abuelita, ¿cómo estás? —preguntó cariñosa. Y sin esperar contestación, dirigióse a ella, dándole un beso en la frente. La vieja abuela la besó también y en silencio la contempló largo rato. Qué linda, pero qué linda estaba su muchacha con aquel sutil vestido blanco. En el fondo, ella hubiera deseado que Magdalena no fuese tan bella...

La abuela era una viejecilla de cabello blanco, como las abuelitas de los cuentos infantiles. Sus ojos eran pardos, como los de Magdalena, pero apagados, sin vida.

Por todos sus gestos, por el timbre de su voz, aún adivinábale una fortaleza de carácter que quizá ya no existía.

Después de un corto desayuno, Magdalena retiróse, tomó del gabinete contiguo sus libros, y salió a la calle. Se dirigió directamente a la Escuela de Artes. Iba a pie, pensando en sus compañeros, sobre todo en aquella rubia que había llegado el último día de clases a reservar sitio para el nuevo ciclo. No sabía cómo se llamaba. Tal vez lo hubiera olvidado, o quizá nunca se lo había dicho. No recordaba. Le había sido simpática, con aquella dulce expresión de bondad en su rostro agradable. Esperaba encontrarla aquel día.

Ya llegaba. Por la calle fluía gran número de gente que desembocaba de prisa en la puerta del enorme edificio de la escuela. Saludos. Risas. Recuerdos. Nuevas caras, y nuevos e infaltables gestos de admiración hacia ella.

Lentamente, como una ola gigantesca fueron perdiéndose los grupos para entrar en las clases. ¡Qué contenta estaba Magdalena! Era como volver a vivir, como apartar y descorrer un poco aquella pesada cortina de soledad, y asomar con timidez un pedazo de su ser del otro lado, junto a la vida de arte que se abría con aquel rechinar de puertas, con aquel murmullo creciente de voces, comentarios y risas. ¡Qué contenta, pero qué contenta estaba Magdalena! Una voz la hizo volver hacia un lado.

—Magdalena, tú otra vez entre nosotros —Ricardo Montes le sonreía admirativo.

Era su gran amigo Ricardo, cuya muda y callada adoración la halagaba tanto, la hacía sentir tan orgullosa de sí misma. Por aquel rubio muchacho moríanse todas sus compañeras. A Magdalena no le inspiraba nada en particular, pero él la amaba, y eso bastaba para que ella sintiéndose inclinada a acrecentar ese amor.

Era coqueta, muy coqueta, y tenía una extraña debilidad por el otro sexo. ¿Esa sensualidad suya, marcada, bien definida, a dónde habría de conducirla?...

—Hola, Ricardo —le dijo. Y tendió a él sus manos, que el muchacho besó en las palmas.

—¿Qué has hecho, que no te vi en estos tres meses largos, a pesar de haberte buscado, de llevarte en mí?... —la voz de Ricardo Montes temblaba un poco de emoción incierta.

—¿Hacer? Nada. Me desaparecí de la vida de todos. Creo que incluso llegué a desaparecerme de la mía misma.

Y después de decirlo, Magdalena rio alegremente, y, echando un brazo alrededor del cuello de Ricardo, le besó voluptuosa una oreja.

—Muñeca. Mejor vámonos a clases.

Ricardo la llamaba siempre así. Para Magdalena era un exquisito placer esta palabra. No sabía qué le hacía pensar, pero era cierto que algo le decía en el fondo.

Y al pronunciarla ella a solas, en voz queda, le parecía estar sintiendo una caricia fresca en todo el cuerpo. Sin embargo, como hombre, Ricardo no le gustaba mayor cosa.

Entre saludos y risas, pasaron al nuevo salón de clases. Tres horas de clase teórica y, después, la clase que a ella llenábala de gozo: pintar, dejar plasmado en un pedazo de lienzo la sonrisa de un niño, la belleza de un hombre o la magia de una tarde. Magdalena trabajaba con ahínco para llegar a hacer algo grande, algo que la hiciera gozar o sufrir, amar y odiar, en fin, vivir tanto y morir un poco con sus obras.

La clase teórica la pasó en un constante aburrimiento. No podía concentrarse, pensando en la clase objetiva que vendría después. ¡Al fin! Puertas que se abren de nuevo, y ya están en el corredor inmenso camino del gran salón de pintura.

Magdalena quedose atrás de todo el grupo, tratando de contener los latidos de su corazón. Si la hubieran guiado mejor, si la hubieran mimado menos, qué grande hubiera podido ser ese pedazo de naturaleza viva, pujante y hermosa.

Ocuparon sus sitios de siempre, esperando al nuevo maestro que vendría en poco tiempo. La agitación prestaba a Magdalena un encanto diferente. Sus ojos claros, de color de miel, brillaban más que nunca bajo sus negras y enormes pestañas. Su vestido blanco, ajustado y sutil,

marcaba mágicamente sus formas, y sus piernas, sobre zapatos de altos tacones, cambiaban de postura todo el tiempo, en una nerviosa espera.

¿Sería la ansiedad de las clases por iniciarse?... ¿Estaría el ánimo de Magdalena predispuesto al encuentro, o en el libro inexorable de su destino estaba escrito el nombre de aquel hombre? No se logró saber jamás. Lo cierto es que Magdalena estremeciose fuertemente al ver entrar en el salón al Gran Maestro.

Juan Ignacio Marín, el Gran Maestro, saludó casi sin ver a la enorme masa de su nuevo grupo. Magdalena, fascinada, no podía desprender los ojos de él. ¡Conque ése era el Gran Maestro!

Juan Ignacio Marín presentábase a sus ojos como la realización de sus sueños artísticos. Sin embargo, lo que en realidad le atraía del hombre era su mirada triste. El maestro, con voz calmada, dio la bienvenida a sus alumnos y dirigióse a los sitios de cada uno para iniciarles su trabajo individual.

Magdalena hallábase casi la última en los atriles verticalmente colocados a ambos lados de la sala. Al fin, Juan Ignacio detúvose ante ella. Los ojos de Magdalena posáronse primero en las enormes manos morenas del maestro y, lentamente, clavó la profundidad de sus ojos en los negros y acerados de él. Por un instante, sintió las pupilas del maestro prenderse en las suyas, y las piernas

la flaquearon en un semidesmayo. Él se dirigió con voz que produjo en Magdalena un cosquilleo de voluptuoso estremecimiento.

—¿Cuál es su nombre? —preguntóle secamente.

Casi no escuchó su propia voz al responderle. El Gran Maestro era un hombre, y, como tal, no pudo dejar de apreciar la maravillosa belleza de aquella hembra magnífica.

De una mirada, recorriola de pies a cabeza, haciendo con ello que Magdalena recobrara como por encanto el dominio en sí misma, la confianza serena en sus facultades extraordinarias.

—Inicie su trabajo en la forma que desee, ciñéndose a las clases teóricas —le dijo.

Y tras otra rápida y discreta mirada, se dirigió a Ricardo que se encontraba junto a ella.

Y así empezó a transcurrir el tiempo. Magdalena seguía dedicada a su trabajo, sin ninguna contrariedad. La monotonía de la rutina diaria le aburría un poco. Sólo las clases de Juan Ignacio las gozaba de pleno, dándose cuenta que, por primera vez en su vida, había relegado a segundo término el interés de la clase para dedicarlo al Gran Maestro, como le seguía llamando en su interior. Magdalena no tenía confidentes. Todas sus impresiones, emociones y deseos los guardaba para ella sola, en el fondo de su ser.

La muchacha rubia, que había esperado encontrar, llegó a clases con retraso. Se llamaba Elena. Hicieron amistad desde un principio, y Magdalena se dedicó a gozar de algo que nunca había conocido en realidad, una amistad sincera y desinteresada con una persona de su sexo. Elena era casada. Tenía un pequeñito de dos años, rubio y sano, que fascinaba a Magdalena. A todas partes iban juntas, y poco a poco, con esa confianza que nace impulsiva, fueron haciéndose partícipes de sus asuntos. Elena consultaba sus pequeños problemas con Magdalena, por la que sentía una extraña adoración. Magdalena, sin embargo, no lograba confiarse de pleno a ella, dejando siempre ciertas cosas ocultas dentro de sí, cosas aquellas propias de su extraña y violenta naturaleza. Y el destino venía a su encuentro con una sonrisa de satisfacción.

¿Iría a hacer de esta muchacha otra de sus víctimas o sería una de sus favoritas?... Sólo el tiempo podría decirlo. Pero ahora Magdalena creía que era feliz. Ella se sentía feliz, y, entonces, nada le habría importado que algo o alguien le augurara malas horas en su vida. Simplemente, no lo hubiera creído; hubiera dicho que alguien estaba empeñado en proporcionarle un disgusto, porque no creía en la existencia de algo que de una u otra forma la contrariara. Por eso, era feliz. Por eso, creía que lo podría seguir siendo siempre...

III

Habían pasado unos meses entre la calma del trabajo ordinario. Una tarde, se encontró con él en la gran biblioteca de la escuela. Había ido a consultar un libro para un trabajo que pensaba comenzar en breve. La semiclaridad del atardecer entraba por las ventanas de la sala de lectura; un airecillo leve agitaba casi imperceptible las persianas de los ventanales, y la cuerda pendiente de ellas golpeaba rítmicamente sobre las molduras metálicas. Las luces eléctricas no habían sido encendidas. Juan Ignacio leía de pie ante una librería, consultando quizá alguna obra de texto. Magdalena no lo había visto. Se dirigió al lado opuesto a donde él se encontraba, y desde allí inició la búsqueda de su libro, acercándose gradualmente al maestro. Cuando estuvo frente a él, detúvose un poco sorprendida.

—Buenas tardes, maestro. Perdone, no lo había visto.

—Buenas tardes, Magdalena.

—Buscaba el libro que me sugirió esta mañana, para empezar mi trabajo inmediatamente —dijo ella.

—Busquémoslo juntos.

Se colocó a su lado y, pasando su brazo por encima de ella, pareció seleccionar en el estante superior. Magdalena no era de corta estatura. Sin embargo, al lado de él, se miraba como una figura artificialmente reducida en sus proporciones originales.

Sus ojos tropezaron bruscamente en el amplio escote del vestido rojo de Magdalena. Su voz interrumpióse y se quedó mirando con fijeza el nacimiento de su busto, que, al sentir su proximidad, erizose de un deseo raro... Cierta morbosidad quieta, adormecedora, se iba apoderando de ella al sentir la mirada extática del hombre sobre su piel caliente.

Sin decir una palabra, Juan Ignacio puso su mano suavemente sobre su brazo tibio, sin que ella hablara, ni hiciera el menor movimiento...

Bruscamente, la tomó en sus brazos, dejando caer el libro al suelo y estrechándola brutal contra su viril impetuosidad, buscó sus labios húmedos y sensuales, clavando en ellos sus dientes hasta casi hacerla gemir de dolor. Cierta espíritu, dormido hasta entonces en Magdalena, despertó impulsivo, y, alzando sus brazos, le rodeó el cuello, mientras lo besaba frenética, una y mil veces, sólo atinando a decir en susurro:

—¡Amor!... ¡Amor!...

Y, sin embargo, Magdalena no lo amaba.

Juan Ignacio la soltó después de un rato. Magdalena miraba con obstinación los dibujos del piso, siguiendo con sus ojos las vetas oscuras que contrastaban en el fondo claro de los ladrillos.

—Míreme, Magdalena —dijo él con voz en la que vibraba todavía la exaltación.

Ella alzó sus ojos lentamente, encontrándose con su mirada triste, cansada...

—Magdalena, muchacha, ¡qué hermosa es! —y tomándola entre sus brazos, la besó una vez más.

Sus besos caían sobre ella como una lluvia. Besó sus grandes ojos, su cuello, su pecho, su pelo, para volverse a perder en aquella boca, que entreabierta lo aguardaba, y parecía pedir a gritos más, mil veces más de lo que se le daba.

Ambos quedaban ocultos por los grandes anaqueles de libros. El ruido de la puerta los hizo separarse. Iban a cerrar. Magdalena corrió a la gran puerta de la entrada, le hizo un ligero ademán de despedida, y, atravesando el pasillo, rápidamente salió a la calle y sin detenerse cruzó la acera y se perdió entre el tumulto del exterior.

Juan Ignacio quedó sumido en profundas reflexiones, confuso aún por la velocidad con que sucedieron las cosas. No podía coordinar con claridad sus ideas y pensamientos. La única noción que percibía era el sabor

de los labios de Magdalena, el olor excitante de su piel, el enorme atractivo que se desprendía de toda ella, adentrándosele en la sangre y empapándolo en torrentes de deseos locos.

¡Dios suyo! En sus 34 años no había encontrado jamás una mujer que dijese tanto sin decir una palabra. Con los ojos febriles de la mente imaginaba a un tropel de dioses concentrados en idear a esa criatura. Cada uno pondría una pincelada de su más grande deseo para agregarla a las maravillosas cualidades de aquella muchacha. Y en su loca fantasía, empezó a crear un lugar irreal a la hermosa Magdalena de cabellos negros como la noche, de ojos tiernos y dulces como la miel, de boca jugosa que sabía a fruta verde...

En silencio, con la imagen de ella aún fresca en sus sentidos, abandonó la escuela, dirigiéndose a su estudio. Y encerrado allí, largas horas intentó trabajar, sin lograr concentrar su atención en nada. Sus manos nerviosas trazaban sobre un blanco cartón los rasgos de los ojos felinos de Magdalena... En sus sienes martilleaba constante el recuerdo de la joven... Sus labios creían aún percibir el contacto de los de ella... Sus ojos negábanse a contemplar cualquier otro objeto, cuando aún retenían vívida la imagen de Magdalena.

Magdalena, Magdalena... En las paredes creía ver escrito su nombre. En cada latido de su corazón le pare-

cía que iba escondido el eco de ese nombre y era repartido entre su sangre hasta el último rincón de su cuerpo.

IV

Había pasado una semana. Entre ellos no había vuelto a cruzarse ni una palabra fuera de clases. Esa mañana, vísperas de la tradicional fiesta de la escuela, al estrecharle la mano después de la clase, Juan Ignacio puso un papel en la mano de Magdalena. Nerviosa, se despidió de sus compañeros, y apartando suave a Elena, que quería ir con ella como de costumbre, se encerró en la biblioteca para leer ese papel, que, cortado al azar de un cuaderno cualquiera, quizá cambiaría grandemente el curso de su vida. Decía así:

Inútil sería que tratara de explicarte ahora lo que pienso.
Sólo te digo que te has metido dentro de mí. Te necesito.
Ven mañana a mi estudio a las tres de la tarde. Quiero pintarte.

Magdalena quedose largo rato en suspenso. Conque había pensado en ella. Qué extraña forma de suceder las cosas, y, sin embargo, todo parecía tan natural. Ella tenía dieciocho años. ¿Él? Quizá treinta, quizá más. Ella no po-

día precisarlo. ¿Iría a su estudio al día siguiente? ¿Cómo suponer que no, si lo estaba deseando desde que la besara aquella tarde? ¿Con qué intenciones la invitaba a su estudio? Por otra parte: ¿Le importaba a Magdalena que tales intenciones fueran de un modo o de otro? No. Simplemente estaba decidida a ir, e iría, aunque tuviese que engañar a medio mundo para lograrlo. Decía que quería pintarla. ¿Sería sólo un interés artístico el que despertaba en él, asegurando por eso que se había metido dentro de su alma?

Torbellino cruel de sensaciones dispares. Magdalena ansiaba llegar, temía tenerlo frente a ella, porque sabía lo que podría volverse esa atracción intangible, que, fija e hipnótica, la arrancaba de raíz de su impenetrable muro de soledad y hastío. No quería complicar en nada la natural felicidad de su vida. Pero comprendía que ese algo capaz de venir por ahora sólo de las manos de Juan Ignacio le hacía falta, pero... ¿Para qué? No sabría decirlo.

Ya no quiso pensar en nada más, y salió sin rumbo fijo, vagando aquí y allá, con una sonrisa indescriptible flotando en sus labios. De pronto se detuvo. Estaba sola, en un parque. Dejose caer en una banca y entrecerró los ojos, pensando..., adentrándose intrépida hasta el fondo de su misteriosa alma.

¿Sería capaz aquella mujer de analizar sus propios pensamientos, franca y sinceramente? Sí. Sabía de ante-

mano que no contaba con una conciencia que le reconviniera al oído cualquier acto impulsivo que no viniera bien a ella. Sabía que lo que iba a hacer sería trazarse un plan, pensar qué significaba este nuevo suceso en su vida; en fin, dedicarse con deleite a la idea de su próximo encuentro a solas con el Gran Maestro.

¿Lo amaba acaso? No. Sobre esto no cabía a Magdalena duda alguna. Como no había amado nunca, su alma acostumbrase desde tiempos antes a la idea de que ella no podría jamás conocer otro amor que el desenfrenado que sentía por sí misma. Juan Ignacio la apasionaba, la hacía sentir algo desconocido, una especie de cosquilleo que la hacía desear... tenerlo fuertemente asido a ella, destrozarlo con sus manos y dientes, pero no lo amaba. Le temía también porque sabía que era el camino trazado en su destino para enseñarle a gozar el placer, hasta entonces desconocido para ella, del amor del hombre.

Magdalena, con toda su pujante sensualidad, no había conocido jamás un hombre. Juan Ignacio sería el primero. ¿Lo sería?...

Un fuerte viento, precursor de otra molesta lluvia, la sacó de su abstracción. Qué tarde era ya. Las estrellas brillaban inusitadamente como luchando por mantener sus ojillos abiertos a través de las nubes, que, impulsadas por una ráfaga, tapaban con su manto sus lucecillas

claras. Magdalena admiraba la naturaleza y cuanto tuviera íntimo contacto con ella. En lo hondo de la oscuridad de su ser, considerábase la obra cumbre de la naturaleza viva, el eje de cuanto acontecía a su alrededor, el centro de un sistema alrededor del cual giraban miles de satélites dispuestos a satisfacer sus múltiples caprichos locos. Tal vez ésa era la explicación del atractivo que sentía por el maestro. A su lado, sentíase un tanto empuñecida, opacada un poco su brillante personalidad por las recias maneras de aquel hombre fantástico. Quería luchar con él, anularlo, hacerlo arrastrarse a sus pies como un perrillo, implorándole la luz de una mirada sola... Lo haría pedazos en sus brazos. Sus piernas de fuego quedarían grabadas en la mente de aquel hombre como lamparazos de locura. Lo anularía. ¡Oh, sí! Lo haría alcanzar regiones insospechadas de lujurioso placer para sumirlo luego en un fanal de incandescente olvido, de fatal desesperación. Pero mientras todo eso llegaba, lo amaría intensa y apasionadamente. Cuando dejara de desear sus besos, lo dejaría ir... Ella era así. Nada podría cambiarla.

Se puso de pie y, tomando sus libros de la banca, se dirigió con paso ágil a su casa. Al llegar, Armando la esperaba para hablar con ella. Armando era siete años mayor. Eran diferentes en todo: la morena piel de Magdalena contrastaba con la palidez amarillenta de

su hermano. Él era rubio, de ojos claros y brillantes, alto, bien hecho. Sus bocas se parecían mucho. Era el único rasgo que hacía comprender que un lazo de familia unía a aquellos dos seres. Armando era un poco débil de carácter, y por eso, Magdalena lo dominaba por completo. Él era un muñeco en manos suyas. La adoraba. Frenéticamente, sin límites, y cualquier hombre que la rondaba, parecíale inmerecedor de una sola de sus miradas. Magdalena sentía por él una honda ternura, que casi, casi, se asemejaba al cariño, como ella misma se decía.

—Te esperaba, Magda —le dijo cariñoso. Siempre, desde pequeños, le había llamado así. Era al único que Magdalena admitía lo que llamaba una “criminal mutilación de su nombre”. Como todo lo relacionado con ella, a Magdalena parecíale maravilloso aquel nombre que le dieron.

—¿Sí? ¿Para qué me esperabas, Armando?

—Adolfo me pidió que te invitara a salir con él. Quiere llevarte a cualquier lado; a donde tú escojas, dice.

—¿Con Adolfo? No, hermano, ¡eso sí que no!

Y soltó una carcajada fácil y rauda, como si el solo recuerdo de aquel muchacho la divirtiera sobremanera.

—¿Por qué? Es un gran muchacho, y sabes que será muy pronto médico, como yo. Me gustaría que trataras de hacer amistad con él.

—¿Y eres tú quien me lo pide, tú, el que considera un infeliz insecto a cuanto hombre se acerca a mí? Caramba, Armando, cómo has cambiado. ¡Lo que tiene una que ver en la vida todavía!

—Porque conozco a Adolfo te lo digo —le aseguraba—. Es el único, de todos los que han rondado a tu alrededor, que puedo asegurarte que es un gran amigo, un buen compañero, y así, sería un gran hombre para ti. Por otra parte, me preocupas, Magda.

—¿Preocuparte? ¿Por qué? —un dejo de fastidio empezaba a tremolar en la voz de Magdalena.

—Porque siempre estás tratando de molestarme, en primer lugar. Además, pareces guardar un profundo desdén por los hombres.

Magdalena lanzó una carcajada feliz. Ella, sentir desdén por aquellos seres deliciosos, por aquellos niños grandes que hacían su voluntad, y que el mundo había dado en llamar hombres. Francamente, Armando la divertía.

—Mira, Armando. Dejemos por un lado este asunto, ¿quieres? Te prometo ir cualquier día de éstos con Adolfo, pero ahora no. Tengo que hacer una serie de cosas, y no puedo.

—Está bien. Como siempre, será como tú quieras. Anda a cenar, que es tarde. Abuelita ya duerme. Marina te espera en la cocina. Buenas noches, Magda.

Y tomándola suave en sus brazos, le rozó los labios con un beso.

Magdalena se fue a la cocina, donde la vieja criada la esperaba paciente.

—¡Hola, muchacha! —le dijo la joven.

—Pasa, hija. Tu cena se enfría.

—No tengo hambre. Me voy a acostar ahora mismo. Buenas noches.

Y sin admitir las protestas de la vieja, salió para arriba. Cuando menos se relacionaba con su familia, más feliz se sentía. La hastiaban con sus nimiedades y ridículos cuidados como si todavía fuese una niña. Llegó a su habitación y, quitándose la ropa, se tiró medio desnuda en el lecho, encendiendo un cigarrillo. A través del humo, sus ojos recorrían la lisa pared, mientras pensaba. Ella siempre estaba pensando, y de estos pensamientos salía siempre más afianzada en sus ideas originales. Jamás una duda la asaltaba. Ahora, ya no pensaba más en su cita con Juan Ignacio. Ya no pensaba lo que ocurriría, ni le interesaba tratar de adivinar la forma como reaccionarían ambos. Ahora pensaba en su conversación con Armando. ¿Así que Adolfo quería salir con ella? Bien. Lo pensaría. Se sentía demasiado dueña de la situación con ese muchacho. Apagó el cigarrillo, y, pensando en Adolfo y recordando los ojos negros y tristes de Juan Ignacio, con una sonrisa de placer se quedó dormida.

Y el día siguiente amaneció, por fin. Todo el día transcurrió para Magdalena con lentitud insoportable, pues el día de descanso la hacía permanecer en casa sin nada que hacer, lo que prolongaba las horas indefinidamente. Salió a dar un paseo para apresurar el tiempo. A las dos de la tarde, su calma aparente transformose en una ligereza inusitada, y rápida, se dirigió a su casa sin detenerse en sitio alguno. Cuando llegó, no había nadie cerca. Armando estaba en la calle. Mejor. Nadie la molestaría. Se dirigió a su cuarto, y una vez en él, sentose un rato frente al espejo del pequeño tocador, pensando. ¿Qué traje se pondría?... ¿El rojo de aquella tarde?... No. Una mujer no debía aparecer jamás con el mismo traje ante un hombre en dos circunstancias especiales. Aquellas dos lo eran. Al menos, así lo pensaba Magdalena. Sacó del clóset un traje rosa pálido, abierto por delante, con botones de nácar hasta el borde del ruedo. Aquel vestido era muy fácil de quitarse, sin que tuviera para ello que desarreglar el estudiado enredo de su melenita negra. Por otro lado, el color rosa le daba un tono de sensualidad más

acentuado, por el contraste con su tez morena. Colocó el traje sobre la cama y se dirigió al baño. Soltó el agua caliente, que despedía un humo tenue y persistente. Se desnudó y, cuando la tina estuvo llena, se sumergió en el agua. Lanzó un pequeño grito. Estaba muy caliente. Pero poco a poco su cuerpo fue aclimatándose al calor, y cerró suavemente los ojos... Qué bien se sentía en esa agua perfumada. Si no fuera por la cita con el maestro, se quedaría allí toda la noche. Cualquiera diría que para Magdalena aquella cita era un fastidio. Cuando el agua se empezó a enfriar, Magdalena se incorporó y, tomando la toalla, salió del baño hacia su cuarto. Se vistió despacio. Eran las dos y treinta. Tenía menos de una hora para su arreglo. Ella siempre había sido muy puntual, pero reconocía que era mejor llegar algo tarde, no fuera a parecerle a Juan Ignacio que estaba ansiosa. Pero, pensándolo bien, como sí lo estaba, decidió hacer lo posible por presentarse a Juan Ignacio a las tres en punto. Buscó sus zapatos y los calzó de un salto. Púsose una bata corta y, frente al espejo, comenzó a maquillarse. ¿Pero... para que pintarse tanto? Decidió peinarse primero. Tomó un cepillo y, pasándolo repetidas veces por su pelo, espero que crujiera hasta quedar brillante. Dejó a un lado el cepillo y con las manos distribuyó los rizos sobre la frente, las orejas y parte de la cara. ¡Estaba preciosa! Sus ojos excitados brillaban diabólicos bajo sus pestañas. Pasó un

poco de polvos por su nariz. Después, se entretuvo pensando el tono que daría a sus labios. Por fin, escogió uno pálido, rosa y tenue, que quedaba brillante en su boca húmeda. El tono rosa daba a su cara una apariencia ideal. El moreno de su tez volvía más oscuro y sus labios parecían fosforescentes en la luz de la tarde. Complacida, hizo un guiño a su imagen en el espejo y, quitándose la bata, púsose el vestido corto, ajustado y sensual como ella misma. Tomó su bolso y un suéter. Eran las dos y cincuenta. Yéndose en taxi llegaría al estudio de Juan Ignacio poco después de las tres. En la puerta, encontrarse con Armando que llegaba.

—¿A dónde vas a esta hora?

—Voy con Elena a estudiar un rato —Magdalena mentía magistralmente bien. Siempre lo había hecho. Armando no le dijo más nada y, con un gesto de cariño, despidiose de ella.

El corazón de Magdalena empezó a golpear con fuerza. ¿Nerviosa, ella? No. Simplemente, ansiosa. Al llegar al edificio de los apartamentos donde el maestro tenía su estudio, detúvose un instante, inquieta. Pero su vacilación duró menos de un segundo. Subió rápida las escaleras y detúvose frente a la puerta, leyendo la pequeña plaquita de bronce:

Juan Ignacio Marín

Sí, indiscutiblemente allí era. Con gesto decidido llamó a la puerta. Su pequeño reloj de pulsera marcaba las tres en punto. Al instante, Juan Ignacio abrió invitándola a pasar. Vestía pantalón oscuro y una camisa de franela a cuadros.

—¿Cómo estás? —no parecía darle mayor importancia al hecho de su llegada.

—Hola, Juan Ignacio. He venido temprano.

De una ojeada recorrió la estancia. El pequeño escritorio junto a la pared del fondo. Las gruesas cortinas, el olor a tabaco, todo hablaba a gritos de la personalidad de aquel hombre. Sus ojos recorrían todo sin detenerse. En el lado derecho, frente al atril que contenía pinceles y pinturas, había una grada cuadrada más alta que el resto del nivel del cuarto. Probablemente sería donde posaban sus modelos. Las paredes aparecían casi llenas de cuadros, la mayoría de los cuales estaban colgados como al descuido, torcidos y desordenados. Al lado izquierdo, un amplio diván rojo oscuro servía de fondo al cuadro exótico de aquella habitación. Lámparas ocultas daban a la estancia una semiiluminación al ser encendidas. Magdalena presionó el *switch* dos o tres veces para observar el efecto que producían. Estaba encantada, y sonreía casi continuamente... Así mismo, estaba extrañamente tranquila. Juan Ignacio quitole el suéter, dejándolo caer en un sillón.

—Qué bueno que viniste. Tengo muchas cosas que decirte. Para empezar, quiero pintarte. No será un cuadro que presentaré a una exposición, he de advertirte. Quiero que sea algo mío, encarnando esa belleza ideal que es sólo tuya.

—¿Ya lo tienes pensado? —inquirió curiosa ella.

—¡Oh, sí! He soñado con él desde el día que te vi por primera vez en clases.

Magdalena empezó a pensar si sólo el arte movía a aquel hombre hacia ella.

—Te envolverás únicamente en un velo, de preferencia azul, pero puede ser que más tarde cambiemos el color. Eso no importa. Dejarás al descubierto tus piernas, tus brazos, uno de tus pechos y los hombros. ¿Estás de acuerdo?

—Claro, si no, no hubiera venido.

—Bien. Empecemos de una vez. Deberás venir aquí todas las tardes libres que tengamos, a esta hora. Cuando sea posible, aprovecharemos las horas de la mañana, por la luz. Trabajaremos tal vez largo tiempo en esto.

—¿Dónde me desvisto? Te llamaré para que me pongas el velo como tú quieras.

—En el cuarto vecino podrás hacerlo. Avísame cuando estés lista.

Magdalena se dirigió resuelta a la otra habitación. Era pequeña, y no contenía más que una banca fo-

rrada de cretona, un espejo y un gancho para colgar ropa. Se desvistió despacio y, cuando estuvo desnuda, contemplóse en el espejo. Sus pechos subían un tanto desacompasadamente. Estaba agitada. Revolvió aún más sus negros cabellos y llamó a Juan Ignacio.

—Ya estoy lista, Juan Ignacio. Puedes traer el velo.

Juan Ignacio abrió de golpe la puerta, encontrándose a dos pasos de aquella Venus, que, serena ya, lo esperaba sonriente.

—Ven, aquí hay más espacio.

Trataba de aparentar una serenidad que estaba muy lejos de sentir. Sus ojos no se apartaban del cuerpo escultural, moreno y oloroso de la muchacha. Con una mano tomó su brazo, sintiendo una descarga de deseo sacudirlo violentamente. Tomó un lienzo del ropero y, acercándose a ella, empezó a colocarlo. Quería hacerse desde un principio una imagen clara en su mente de la forma en que sería el cuadro. Por eso la quería ver desde ese día tal y como quedaría plasmada.

Magdalena parecía que estuviera habituada a estar desnuda frente a un hombre. Ni una sombra de rubor desfiguraba su morena palidez.

Al tenerla frente a él, Juan Ignacio la apartó un poco de sí para contemplarla a sus anchas. Cuántas veces había tratado de imaginar cómo sería aquella mujer desnuda. Sus ojos se posaron en su garganta, fina y es-

belta. De allí pasaron a sus brazos, sus senos, su cintura, en fin, recorrió todo su cuerpo con rapidez. Era perfecta. Sencillamente, una obra de arte. Artísticamente, a Juan Ignacio parecía un hallazgo maravilloso. ¡Dios! ¡Si sólo pensara en ella como una modelo más! Pero no podía. Magdalena tenía un alma distinta, y esto no podía pasar desapercibido al muchacho, artístico, inteligente, mundano. Aquella alma maravillosa revelábase en el fondo de los ojos de Magdalena. Juan Ignacio levantó con una mano la cara de ella, mirando largamente sus ojos, como tratando de grabarlos en su mente para pintarlos después de memoria. Magdalena lo miró y, coqueta, puso su mejor mirada aleteando en sus ojos divinos. ¡Qué ojos! Juan Ignacio no recordaba haber visto nunca unos que siquiera se asemejaran a aquéllos. Tiernos, tibios, lo miraban fijamente, destruyendo de vez en cuando su inmovilidad con un parpadeo delicioso. Rasgados, claros, felinos, cambiaban de tono al paso de los minutos. Sus largas y rizadas pestañas rozaban sus párpados y, como aves, cerraban sus alas en el borde de aquellos ojos exóticos, que, estáticos, contemplaban al maestro húmedos y acariciantes. Juan Ignacio sentía una fiebre extraña atenacear su garganta.

—Vamos —le dijo—. Es hora de empezar. No quiero que regreses muy tarde a tu casa, no vaya a ser que ya no te dejen volver.

—¿Dejarme? ¿Quién me lo va a impedir? Además, nadie sabe que he venido aquí —su voz sonaba voluntariosa y firme. Dando media vuelta, subió a la tarima para que él comenzara su trabajo.

Juan Ignacio quitó el lienzo que tenía colocado en el atril, sustituyéndolo por uno nuevo. Rápido, comenzó a trabajar. Sus manos seguras trazaban líneas, sin detenerse. De vez en cuando, sus ojos posábanse largamente en la figura de Magdalena. En aquella inmovilidad, parecía una estatua. Juan Ignacio temía estar soñando, y que de pronto Magdalena desvaneciérase de su vista. ¡Qué hermosa estaba! De qué manera se sentía dispuesto aquel hombre a adorarla...

—¿Sabes, Magdalena? —le dijo—. Estoy pensando hacerte dos cuadros. Éste que ahora comenzamos, y otro grande, que contenga solamente tu cara. Esos ojos tuyos son dignos de quedar plasmados en algo aparte. En este cuadro, tu cara no se verá nada más que como un conjunto.

Durante largo tiempo, sólo se oía el ruido del pincel y el lápiz al deslizarse sobre el lienzo. Al fin, Juan Ignacio se dirigió a ella.

—Bien. Por hoy es suficiente. Ahora, ven aquí conmigo.

Y acercándose a ella, le quitó el velo y, alzándola en sus brazos completamente desnuda, la llevó al diván rojo. Magdalena sintió su corazón golpear en salvaje

fuerza. Juan Ignacio estaba pálido. Su mano acarició temblorosa los cabellos de Magdalena, perdiéndose entre la maraña de sus rizos. Qué manos más grandes tenía aquel hombre, pensó Magdalena.

Juan Ignacio la besaba. Sentía ella sus besos en su cuerpo y oía los latidos de su propio corazón como si lo tuviera en la garganta. Se dejaba besar, y, loca, besaba ella con un ardor que le asustaba. Juan Ignacio fue sumiéndose vertiginosamente en la inconsciencia a que lo empujaba aquella diosa morena.

Sus labios prendiéronse ávidos en los senos tibios y duros de la muchacha. Magdalena temblaba de placer. Un cosquilleo caliente la recorría de arriba abajo. Metió sus manos entre los rizos negros de Juan Ignacio y, cerrando los ojos, trataba de adivinar cómo sería el amor brutal que el muchacho le enseñaría dentro de unos minutos.

Juan Ignacio se separó un poco de ella, viéndola a través de una cortina de deseo que nublaba su vista. Incorporándose, despojose de la ropa rápidamente. Luego, se lanzó otra vez sobre ella, besándola, estrujándola, acariciándole todo el cuerpo con aquellas manos suyas, ¡enormes, mágicas, morenas!... Magdalena se entregó totalmente a él entre risas y lágrimas. Su cuerpo estremecía en un espasmo violento de dolor y placer. Sus manos se ensartaban en la espalda del muchacho como garras. Fueron unos minutos de lucha salvaje

y brutal, en los cuales Magdalena descubrió que sus instintos habían estado mucho tiempo escondidos, al acecho de la llegada de aquel momento. Y gozó intensamente con aquella nueva forma de amar, de vivir... Al fin, Juan Ignacio sintióse débil, y, apartándose del cuerpo de Magdalena, se pasó una mano por la frente, que, empapada en sudor, mojaba sus mejillas y las de ella. Largo rato permanecieron en silencio, con sus manos entrelazadas. Magdalena descansaba su cabeza sobre el brazo fuerte y musculoso de él. Juan Ignacio alargó la mano y tomó un cigarrillo de una mesita que estaba al lado del diván. Lo encendió y entretúvose un tiempo en contemplar el humo, que, en la penumbra de la habitación, veíase subir más claro y tenue. Magdalena le quitó el cigarrillo de entre los dedos, fumando ella un rato. Después se lo devolvió y le besó suavemente los labios.

—Magdalena —le dijo de pronto Juan Ignacio—, ¿tú me quieres?

—¿Por qué me lo preguntas? Es de suponer que no iba a estar aquí si tú no significaras algo para mí.

—Eso lo sé, pero también imagino que no soy nada más que algo, cuando yo quisiera ser mucho, todo, para ti Magdalena.

¡El eterno egoísmo del hombre! Pero aquí se estrechaba con el de ella, que era mil veces más grande y poderoso.

—¡No seas tonto! Claro está que te quiero.

Pero ni ella misma hubiera podido decir cuánto lo quería, o si siquiera lo amaba. Pero... qué feliz se sentía en ese momento.

—Y tú, ¿me quieres?... —su voz era un reto, una incitación a otro lapso de amor.

—¿Quererte? Dios mío, creo que voy a adorarte como jamás ha existido un amor. Te amo, Magdalena, te deseo, te adoro, y no sé qué haría si ahora decidieras prescindir de mí.

—¿Prescindir de ti? ¿Ahora? Oh, no, Juan Ignacio. Ahora no. ¡Dios mío, qué tarde es ya! Si no me apresuro, sospecharán algo en casa. Dije que venía con Elena, y saben que ella no está fuera de su casa tanto tiempo. Vámonos, Juan Ignacio. Supongo que me llevarás a casa.

—Claro. Por nada del mundo te dejaba ir sola. Ven. Vámonos a bañar y luego nos iremos.

Pasaron al cuarto contiguo, donde estaba el baño, Juan Ignacio soltó la ducha, que empezó a correr. Cuando el agua se entibió, los dos, tomados de la mano, se bañaron juntos. Juan Ignacio llenaba de jabón el cuerpo de Magdalena. Sus manos resbalaban por su cuerpo y los dos reían gozosos. Ella lo enjabonaba también. Juan Ignacio la besaba, y el agua corría por ellos voluptuosamente... Fuera, la luna brillaba pálida y medrosa. El aire hacía crujir los cristales de las ventanas. La noche

estaba hermosa, tranquila... Todo parecía contribuir a aquel idilio naciente. Con las manos asidas con fuerza a la fina cintura de la joven, Juan Ignacio la volvía a amar, allí, bajo el agua. Mil veces la besaba con ternura... Esa noche, Juan Ignacio Marín, el Gran Maestro, entregó su corazón de lleno a aquella joven diosa de fuego, que no quería ni sabía apreciar el don que a sus manos llevaba pródigo el destino. Ella estaba feliz de saberse suya, pero era una felicidad que anidaba en la idea, no en el hecho. Magdalena sentíase enamorada de la virilidad de aquel hombre, de sus manos grandes y fuertes; pero su corazón, ése no llegaba hasta el extremo de pensar en el grande y ardiente de él. Para ella, Juan Ignacio la amaba del mismo modo que ella a él: por un deseo carnal, que se aguzaba cuando más lo saciaban incansables. Juan Ignacio no pensaba en nada más que en ella. No quería adelantarse a averiguar qué sería de ellos más tarde. Se vistieron rápidamente. Magdalena arregló su cabello mojado frente al espejo. Luego, salieron a la calle. El auto de Juan Ignacio estaba estacionado en la acera de enfrente. Subieron y rápidamente salieron hacia su casa. Cuando llegaron, Juan Ignacio la besó y le dijo:

—¿Vendrás mañana?... Te espero a la misma hora. Sé tan puntual como lo fuiste hoy.

—Sí. Hasta mañana. Adiós.

—Adiós, amor. Sueña conmigo...

Y, enviándole un beso con la punta de los dedos, arrancó el auto que se perdió en la oscuridad de la noche.

Magdalena lo vio partir, y luego entró en su casa sin hacer ruido. Lentamente, subió las hermosas escaleras y se detuvo un rato frente a la puerta de la habitación de Armando. No había vuelto aún. La luz del pasillo estaba encendida. Entró en su habitación, se desnudó y, sin encender la luz, acostose dispuesta a dormir. Al instante, se quedó profundamente dormida... Su sueño era tranquilo, apacible, como si no hubiera ocurrido ningún acontecimiento que la pudiera desvelar. Se durmió, y contra los deseos de Juan Ignacio, no lo soñó. Soñó que era una mariposa con alas grandes, hermosas, llenas de vistosos colores, que volaba y volaba sobre la inmensidad de un mar agitado cuyas olas subían, subían gigantescas casi hasta confundirse con el cielo... Y, en cada ola, veía la boca de un hombre distinto, que, al verla pasar, le sonreía.

VI

A sí, acudía Magdalena al estudio de Juan Ignacio en las horas que tenía libres en la escuela. No podía hacerlo diariamente, y el cuadro avanzaba despacio. Juan Ignacio trabajaba bajo una ola de inspiración, que casi lo hacía sentirse afiebrado. Poco a poco, empezó la muchacha a darse cuenta del amor que el maestro sentía por ella. Notó que todo él parecía estar nada más pendiente de sus deseos. En las clases, a menudo dirigíase a ella y enviándole una mirada cargada de promesas, la hacía desearlo una vez más... En la intimidad de sus relaciones, Magdalena iba haciéndose más mujer. Todos diéronse cuenta que algo había pasado a la muchacha. Un encanto mayor desprendíase de toda su persona. Sus ojos brillaban constantemente con un fuego intenso. Su cuerpo adquirió otros movimientos, más sensuales; sin embargo, no sabían a qué atribuir aquel cambio en ella. Nadie sospechaba las relaciones que la unían al maestro. Elena la acosaba a preguntas. Pero ella invariable le respondía: “No sé qué te pasa, Elena. No sé por qué me preguntas tantas cosas. No tengo nada, no me pasó

nada raro". Y así, no decía nada a nadie. Y fueron acostumbrándose a ese nuevo comportamiento en ella, hasta que ya no les extrañaba más. Una tarde, en el estudio, Juan Ignacio le dijo:

—Bueno. Ven a ver, Magdalena. Está casi terminado este primer cuadro.

Rápido, la muchacha bajo de la tarima y púsose a contemplar el cuadro. Estaba preciosa en aquel lienzo. Ella sabía hermosa, pero en el cuadro lo parecía mucho más. ¿Así la miraría aquel hombre?

—Oye, maestro —le dijo—. Yo no soy tan bella como me has pintado.

—¿Que no? Muchacha, por Dios. Creo que no he logrado hacerte tal cual eres. Además, ¿no sabes tú que los ojos de la inspiración ven mucho más allá que los ojos del cuerpo? Este cuadro mío es el único que puedo decirte que he hecho bajo una ola de constante inspiración.

—¿Y por qué trazaste esta línea para este lado? —su dedo señalaba la curva del hombro, bajo el brazo.

Y así, entre explicaciones y preguntas, discusiones y opiniones, sumíanse en una larga plática. Juan Ignacio se iba dando cuenta del claro talento de su discípula. Comprendió las explicaciones más raras, las interpretaba a su manera, y rápida las ajustaba a sus propios conocimientos. Largo rato discutían sobre pintura. Tenían casi

los mismos gustos, pero Magdalena era más sagaz que él, y miraba las cosas bajo otro aspecto diferente. Qué inteligente era. Juan Ignacio la adoraba cada día más. Desgraciadamente, ella diose cuenta de aquella adoración y la explotaba. Lo obligaba a darle gusto en todo. Por suerte para él, Magdalena estaba aún ilusionada con sus relaciones, y no podía concebir la idea de perderlo.

Una tarde, el cuadro primero estuvo terminado. Largo rato lo contemplaron ambos, discutiéndolo. Según Magdalena, estaba perfecto. Aseguraba que ganaría cualquier concurso con él, y, vanidosa, atribuía aquel éxito a la modelo. Juan Ignacio, por el contrario, sentía que había hecho demasiado inmaterial la figura de la muchacha.

—No estoy de acuerdo con tu opinión. Me parece que por más que traté no logré copiar esa sensualidad tuya que anida en todo tu cuerpo, en todos tus gestos y expresiones.

—Estás loco. El cuadro está perfecto. El colorido es único. Sólo tú podías haberlo hecho así. Además, ¿quién nos asegura que esa sensualidad de que hablas no la tengo en los ojos?... Espera a que hayas terminado el otro cuadro, y entonces veremos quién tiene la razón. Este cuadro está perfecto. ¿Por qué no lo inscribes al concurso de fin de ciclo?... Recuerda que la recompensa es tentadora.

—Eres tú quien está loca. ¿A dónde iríamos a parar si yo expongo ésta mi obra de arte?... ¿Te das cuenta lo que comentarían de este cuadro? Aquí todo el mundo te conoce. Serías el tópico de conversación de toda la gente. Imagínate: ¡Magdalena, la muñeca de su casa, posando desnuda para su maestro! ¡Estás loca, completamente loca!

—¿Por qué voy a estarlo? Al contrario, todo el mundo te envidiaría, y a mí, por consiguiente. Además, soy tu amante, ¿no? Y entre amantes es lógico y natural que se desnuden.

—Sí, claro, pero nadie lo sabe.

—Pues lo podrían saber.

—Oye, mejor ya no hablemos de eso. Por ahora, quedamos en que no presentaré a ningún concurso ni a ninguna otra persona que no seas tú, mi Morena Desnuda.

Juan Ignacio se apartó, observando el cuadro con mirada crítica y severa. En realidad, era su mejor obra. El fondo había sido sombreado en un color difuso, tenue, entre gris y rosáceo, como una aureola. La figura de Magdalena aparecía de pie sobre un como pedestal de tipo griego. El color del velo había sido cambiado a medio trabajo, así como su colocación en el cuerpo de la joven. Un extremo del velo, de color rosado violento, pasaba en medio de los pechos, sin cubrirlos, caía por la

espalda observándose una onda del mismo por el nivel de la cintura, despegado del cuerpo y flotando en el vacío. Luego, atravesaba por en medio de las piernas en color rojo fuego, para anudarse a la cintura en forma de cordal. Las piernas estaban cerradas, sobresaliendo hacia adelante un poco más la izquierda. El cuerpo entero estaba erguido. La cara un poco levantada hacia arriba e inclinada levemente hacia la derecha. El brazo izquierdo se encontraba doblado por el codo hacia arriba, y el antebrazo apoyábase sobre la mejilla de ella, mientras la mano sostenía la cabeza por detrás. La expresión de la cara irradiaba una serenidad de diosa. El cuerpo majestuoso de Magdalena ofrecíase con toda su escultural perfección. Pero Juan Ignacio pensaba que eso no era ella. Tal vez así era el alma de la muchacha. Pero su cuerpo era, si no más bello, cuando menos, más expresivo. Ésa era su opinión, pero Magdalena sostenía que estaba perfecto. En realidad, el cuadro entero era la obra de un maestro y de un artista. Juan Ignacio dejó a un lado el cuadro. No hizo más comentarios, y, sin otra palabra más, como si ambos hubieran olvidado que existía aquel cuadro, se lanzaron a amarse. Magdalena era un pedazo de fuego en sus brazos. La hacía vibrar y alcanzar lugares insospechados de placer. De qué manera fue aficionándose a aquel amor violento. Ya no lo concebía de otra forma, y parecíale imposi-

ble que hubiera vivido dieciocho años sin conocerlo. Habían dado a sus relaciones una naturalidad tal que Magdalena jamás se preguntaba a sí misma de qué forma quería a Juan Ignacio. Y así, habían pasado tres meses. Casi diariamente se encontraban y amaban, y Juan Ignacio aumentaba en su corazón el amor por Magdalena. Ella dedicábase a gozar aquel placer, y a estudiar. Ahora sentía que su vida tenía otro aliciente más que la pintura.

Una noche, de regreso a casa, encontrose con Adolfo Mayo que salía de ella. Se saludaron, y se detuvieron en el jardín. Era ya muy tarde y el tiempo estaba frío.

—Buenas noches, Magdalena. ¿Cómo está? Hacía ya mucho tiempo que no la veía.

—Sí, es cierto.

—Sentémonos a charlar un rato. Tengo que aprovechar los momentos que estoy con usted.

Se sentaron, y poco a poco fueron adentrándose en temas íntimos. De pronto, Adolfo la tomó en sus brazos mirándola a los ojos y le dijo:

—Magdalena, perdóneme, muchacha, pero la voy a besar.

—¿Por qué?

—Porque desde que la vi aquella tarde en su habitación, medio desnuda, estoy deseando hacerlo.

—Bien, nadie se lo impide.

Adolfo quedose un momento desconcertado. Qué extrañamente reaccionaba aquella mujer. La estrechó más entre sus brazos, y tan cerca sus rostros que sus alientos se cruzaban, la contempló unos minutos. Sus ojos refulgían casi sobre los de él. Su boca sensual, de labios gordezuelos, entreabríase coqueta, provocativa, y, en una media sonrisa, lo invitaba a morir en ella... El corazón de Adolfo golpeaba con fuerza. Suave, sin violencias, tierno, la besó, con un beso que a Magdalena le pareció una caricia de niño. Le gustó, y con los ojos entrecerrados le dijo:

—Béseme otra vez, Adolfo.

Y él la besaba nuevamente. Qué diferentes le parecieron estos besos de los viriles y fuertes de Juan Ignacio.

Adolfo sintió que se hundía en un mar de deseos. Trató de sobreponerse y dejar ver a Magdalena que había sido para él un beso intrascendental, pero no pudo. Lo estaba deseando desde hacía tanto tiempo que sólo atinó a decirle:

—Magdalena. ¡Dígame que me quiere un poco!

La noche estaba misteriosamente oscura. En la quietud del jardín, sus siluetas no podían ni siquiera vislumbrarse. Sólo de muy cerca, Adolfo podía observar el brillo de los ojos de la muchacha. De lejos, llegaba hasta ellos el sonido plácido de una canción, tocada probablemente

en una radio. La oscuridad densa, aliada incondicional de aquella joven, no permitió a Adolfo ver la sonrisa de burla que aleteaba en el fondo de los ojos de Magdalena, e iba a plasmarse impertérrita a sus labios dulces, tibios, que casi habían olvidado el sabor de sus besos. En ese momento, Magdalena pensaba en Juan Ignacio.

—Respóndame, Magdalena —su voz sonaba ansiosa y aguda en el silencio de la noche...

—¡Hum! Tengo sueño. Buenas noches, Adolfo —se puso de pie y tendió a él su manecita pequeña y fina.

—Pero... ¿Se va sin decir nada? ¿Cuándo la veré? ¿Dónde la espero mañana?

—¿Mañana? ¡No! Imposible, Adolfo. Tengo todo el día ocupado hasta la medianoche.

—Entonces, ¿la espero aquí como hoy?

—Oh, no, por favor. Ya ve qué cansada vengo. Y no creo que sea conveniente para mí que me quite de esta forma el sueño.

—Entonces, Magdalena, ¿qué pretendía? ¿Jugar conmigo?

—¿Jugar? No, Adolfo, de ningún modo. Pero no veo por qué se le ha de conceder importancia a las cosas que carecen absolutamente de ella. Me pidió un beso, le pedí yo otro, y nada más. Cuenta saldada.

—Pero... ¿Es que para usted un beso no tiene importancia?

—Mire, Adolfo: ustedes los hombres parecen tontos. No sea niño y váyase a acostar.

—Está bien, Magdalena. Le prometo que jamás volveré a molestarla.

—Ah, si no es para tanto. Molestia no es. Al contrario, fue un placer, el cual termina, por hoy, en este momento.

—Entonces, ¿quiere decir que cualquier otro día puedo volver? —Adolfo no podía disimular su ansiosa esperanza en la respuesta de ella.

—Cualquier otro día... Sí. Cuando guste. Adiós.

Y girando sobre sus talones, se perdió en la oscuridad del jardín, camino a su casa. Adolfo aún permaneció un rato de pie ante la puerta y luego salió despacio, cavilando, pasándose repetidas veces la mano por sus labios, como tratando de borrar de ellos la huella de los de Magdalena. Insensato, era otro más que había abierto de par en par las ventanas de su corazón, y por ellas, imperiosa, adentrábase sutil la imagen de aquella muchacha, que, indiferente a otro llamado que no fuera el de sus deseos, sonreía tranquila a otro más, que impulsado por la fuerza del mar de su destino iba a dar suavemente a sus pies en la playa serena de su vida...

VII

La mañana siguiente amaneció clara y excesivamente calurosa. A cierta distancia, se dificultaba la visión, por la bruma grisácea que cubría de vaho la transparencia del ambiente. Las calles alargábanse casi desiertas por el bochorno del clima. No se movía una hoja, los árboles de la avenida permanecían estáticos, pesados, y en sus ramas deteníanse a menudo los pájaros, para tomar aliento en su incesante carrera por el viento.

Magdalena descorrió las cortinas de su habitación y se puso a contemplar largamente el exterior. Era domingo. Ella odiaba ese día, pues debía permanecer en casa la mayor parte del tiempo. Era imposible verse con Juan Ignacio, porque no había clases. Armando la acapararía un tiempo para hacerle soportar la presencia de Adolfo, o de algún otro estúpido compañero suyo. Francamente, la ponía de mal humor la “brillante” perspectiva de aquel día. Perezosa, sin prisas, se vistió y bajó a saludar a la abuela y a Armando.

En la escalera se encontró con Marina que subía en ese instante para despertarla.

—Al fin apareces. No sé cómo puedes estar en la cama con este calor.

—Dormía, y no me daba cuenta que hacía calor. En cuanto lo sentí, me he levantado. Tengo hambre.

—Baja. Tu desayuno hace rato que está listo.

Rápido, corrió al comedor y desayunó en un instante. Al rato, oyó voces de hombre, entre las que distinguió vagamente la de Armando.

Un minuto después, de la biblioteca salió Armando, acompañado de un hombre que Magdalena no conocía. Desde que iniciara sus relaciones con Juan Ignacio, adquirió la costumbre de ver a los hombres bajo otro aspecto. A cada uno los juzgaba a través de la personalidad del maestro, y pensaba cómo serían en la intimidad, lo que podría vislumbrarse a través de su apariencia mundana.

Así, pudo apreciar de una sola mirada a este amigo de su hermano. Se quedó inmóvil en la puerta del corredor. El acompañante de Armando era un hombre joven, tal vez dos o tres años mayor que Juan Ignacio. Esto se advertía a primera vista. Era moreno, aunque no tanto como el maestro. Tenía la cabeza pequeña, el cabello liso y estirado hacia atrás. En sus gestos y facciones se traslucía una energía y fortaleza de carácter. Alto, fuerte, sus manos pequeñas y huesudas contrastaban con las morenas y enormes de Juan Ignacio, a las

que Magdalena estaba tan acostumbrada. Su labio superior aparecía ligeramente dividido por una pequeña cicatriz. Le llamó la atención el hombre, y permaneció en el mismo sitio hasta que estuvieron frente a ella.

—Buenos días, Magda —saludó Armando—. Doctor, ésta es mi hermana Magdalena.

El doctor Mario Borja tendió su mano a la joven, y clavó en ella sus ojos claros. Como una ráfaga, rápido, cruzó por los ojos del hombre un destello de admiración.

—Buenos días, jovencita. No esperaba tener el gusto de conocerla hoy.

—El doctor Borja iniciará conmigo un proyecto de investigación. Trabajaremos largo tiempo juntos.

—Será un placer venir a esta casa, créemelo, Armando.

El gesto del muchacho se ensombreció marcadamente. Claro, en cuanto conocían a Magdalena, ya no pensaban más que en la posibilidad de volverla a ver.

Magdalena, con su traje amarillo escotado audazmente, sus cabellos revueltos y rizados, sus labios rojos y sonrientes, y sus ojazos coquetamente incitantes, fascinó a Mario como a tantos otros. Ella le sonreía coqueta y feliz, mientras él, reteniendo aún su mano entre las suyas, galante le afirmaba:

—Esta mañana vine con el propósito de invitar a Armando a las carreras de caballos. A ambos nos gustan

mucho, y es justo que de vez en cuando descansemos un poco. Me sentiría halagado si fuera con nosotros usted. ¿Puede venir, Armando?

—Si ella quiere, naturalmente.

—Claro que quiero, pero... Temo que me estén invitando por cortesía. Tu voz no me parece muy cordial, Armando.

—Pues, aunque Armando no quiera. Si quiere usted, y quiero yo...

La voz de Mario se hacía notar autoritaria, decidida.

—Claro que quiero. Yo siempre estoy dispuesto a salir a pasear con mi hermana.

—Entonces no hay más qué hablar. Subo a traer mi bolsa y enseguida vuelvo.

Al quedar solos, Mario Borja se volvió al muchacho, diciéndole:

—Qué callada y escondida tenías esta alhaja, muchacho. No sabía que tuvieras una hermana, y, menos aún, que fuera una belleza. Es magnífica, ¿sabes?

—Sí, doctor. Desgraciadamente lo sé. Cuanto hombre se encuentra con ella, se encarga por su cuenta de hacérmelo saber al instante.

—¿Y no te agrada que tu hermana sea el centro de admiración de tus compañeros y amigos?

—Francamente, no. Usted no conoce aún a Magdalena. Es voluntariosa, caprichosa, dominante y, por si

eso fuera poco, hermosa e inteligente. A la larga, siempre terminamos todos haciendo su voluntad. Nos maneja como a títeres. Además, nadie es capaz de negarle nada...

—Bueno, ya regresa Magdalena. Otro día continuamos esta interesante descripción de tu soberbia hermana.

En efecto, Magdalena bajaba ya por el pasillo. El doctor Borja la tomó del brazo, y salieron a la calle. En su interior, Mario pensaba en las palabras de Armando y sentía acrecentado su nascente interés hacia la joven. Conque ¿era voluntariosa y dominante? Probablemente no había tenido oportunidad de encontrarse con un carácter como el suyo. Lo que le hacía falta era que la dominaran igual a como estaba ella acostumbrada a dominar. Ya le enseñaría a esta muñeca de ojos bellos a sentirse sumisa. Mario Borja tenía 36 años. Era médico, rico, famoso, soltero y tenía suerte con las mujeres. Todo parecía asegurar que era el hombre ideal para dominar a Magdalena.

En el auto de Armando llegaron rápidamente al hipódromo. Había mucha gente, y el calor se refrescaba un poco en el campo. Los árboles que rodeaban todo el lugar daban una sombra deliciosa a las tribunas. Tomaron el camino de la izquierda y subieron a los palcos reservados. Mario dióse cuenta de la ola de admiración

que levantaba Magdalena a su paso, y notó así mismo que ella se sentía feliz de que la admiraran. Con una sonrisa indefinible en su boca, coqueteaba instintivamente con cuanto hombre la miraba. Mario sonrió a solas.

“¡Qué muchacha! Debe tener un temperamento delicioso”, pensó.

A sus oídos llegó quedo el rumor de una galantería. Conque la joven era tan hermosa que, aun yendo con ellos, los hombres no podían resistirse a decírselo. Los ojos de Magdalena brillaban inusitadamente. Su boca, feliz, sonreía todo el tiempo y sus dientes fuertes y agudos a menudo mordían voluptuosos su labio inferior. De pronto, Magdalena sonrió y, poniéndose de pie, alzó su brazo derecho y saludó a alguien situado en las filas inferiores. Había visto a Juan Ignacio e, impulsiva, lo saludaba con sus ojos felinos llenos de una luz diferente. Mario siguió la dirección de su mirada y vio a un hombre moreno, excesivamente moreno, que contestaba el saludo de la joven enviándole un beso con la punta de los dedos. Armando no advirtió este ademán de Juan Ignacio, que, sin embargo, no pasó desapercibido a la sagaz observación del doctor Borja.

—¿A quién saluda tan cariñosa? —no pudo resistirse a preguntarle.

—¿Cariñosa? No; simplemente, me agradó encontrarlo aquí. Es mi maestro de pintura, Juan Ignacio Marín.

—Pues él sí parece haberse alegrado bastante con su encuentro.

Su voz, irónica, y su mirada clavada obstinadamente en las facciones de Magdalena; trataba de sondear a la joven.

—Él siempre es así con sus discípulos. A todos nos quiere bien, y, además, asegura que yo tengo un gran talento para el arte. En realidad, doctor, le soy muy simpática.

Audaz, afirmaba lo anterior con una naturalidad tan espontánea e infantil que el doctor Borja no volvió a pensar más en el incidente.

Las carreras comenzaron y los tres dedicaron su atención por completo a ellas. Magdalena había aceptado ir con ellos para no aburrirse sola en casa. En realidad, las carreras no le gustaban gran cosa, y no lograba interesarse en ellas. Así que dedicó su tiempo a estudiar con disimulo al doctor. Diose cuenta de la sonrisa agradable que tenía, la cual transfiguraba completamente su expresión justa y dura, dándole una apariencia jovial y placentera. En su mano izquierda llevaba un anillo redondo y liso, que hacía más notoria la delgadez de las manos. Francamente, esas manos disgustaban a Magdalena. Le parecían las de un muerto, y añoraba mirar de cerca en ese momento las de Juan Ignacio, viriles, seguras y morenas. Buscó al maestro con la mirada, y

largo rato contempló su cabeza redonda, perfecta; su cuello grueso y musculoso resaltaba más moreno por el contraste con la camisa clara. De vez en cuando, ladeaba un poco la cabeza y Magdalena podía observar su perfil. La frente amplia, con el pelo ya escaseando por las sienes, su nariz recta, su mentón firme, la sombra de su barba que le daba un tono azulado hasta el nivel de la nariz. En ocasiones, sonreía con alguien que estaba a su lado, y entonces Magdalena miraba claramente la expresión tierna de sus ojos tristes, que a ella le parecían maravillosos...

De pronto sintió la mirada de Mario sobre ella, y volvióse rápidamente a él.

—No parece estar muy interesada por las carreras. ¿O hay algo que distrae su atención?

—No. Me aburro un poco, y por eso miraba al público. ¿Le molesta?

Empezaba a parecerle antipático el doctor Borja, que se entrometía en sus asuntos como si tratara de averiguar toda su vida.

—De ninguna manera. Perdón si la he molestado yo —sacó su cigarrera y ofreció su contenido a Magdalena.

—¿Fuma?

—Gracias —y sin una palabra más, tomó el cigarrillo que se le ofrecía, encendiéndolo, y se dedicó a saborearlo sin prestar atención a Mario.

Éste la observaba a través del humo. Parecía deliciosa su boca que se redondeaba completamente para lanzar el humo. Sus manos blancas y cuidadas llamaban la atención por lo expresivo de sus gestos; hastío, ansiedad, angustia, todo hubiera sido fácil leerlo a través de ellas, y en ese momento, mientras sostenían el cigarrillo con indolencia reflejaban fastidio, tedio... Mario imaginó lo que sería leer en aquellos ojos amor, pasión. Si sus manos expresaban tanto, ¿qué no dirían extasiados aquellos ojos claros y febriles que cambiaban de tonalidad marcadamente? ¿Qué no se expresaría en el fondo de ellos al hacer vibrar aquel cuerpo maravilloso en un espasmo de amor? La mente de Mario se excitaba al conjuro de sus pensamientos, y, considerando un peligro adentrarse en ellos, apartó sus ojos de la joven y a su vez trató de concentrarse en las carreras. Magdalena notó este súbito cambio en el joven doctor, y, para hacerlo fijarse en ella, le coqueteó con descaro, lanzándole una bocanada de humo al rostro para obligarlo a volver la mirada. Mario posó sus ojos en ella, y, en silencio, soportó aquel ataque inesperado de la muchacha. Con una sonrisa de picardía entreabriendo su boca, lo invitaba en silencio a atreverse a amarla. Sus ojos brujos reían junto con sus labios, y entornábanse coquetos para opacar su brillo de cuando en cuando... Su mano derecha lanzó escaleras abajo el cigarrillo, y, haciendo

como si fuera a acomodarse mejor en la butaca, puso suavemente, como una caricia, su mano tibia sobre la de él. Instintivamente, Mario apretó la suya por unos instantes, ambas palmas se juntaron voluptuosas, como en un beso ansiosamente escondido. Un escalofrío recorrió la espalda de Magdalena, y de súbito su sangre empezó a golpear con furia sus sienes. En la frente, dos venas abultáronse visibles y su respiración se hizo un tanto entrecortada, caliente. ¡Cómo la atraía aquel hombre! Las carreras finalizaron, y Magdalena tuvo que interrumpir su coqueteo. Como una ola, la gente congregábase en las salidas. Lentamente fueron desfilando hasta quedar desierto el gran hipódromo. En los estacionamientos para autos, Magdalena, Mario y su hermano encontráronse casi de frente con Juan Ignacio, que había buscado la oportunidad de ver de cerca a la muchacha. Sus ojos encontráronse y Magdalena en ese instante hubiera jurado que lo amaba. Estaba verdaderamente hermoso, pensó ella.

—Buenos días, Magdalena —saludó él, siguiendo su paso.

—Buenos días, maestro.

Juan Ignacio saludó a los dos acompañantes de Magdalena, y clavó una mirada dura y fría en el doctor Borja. Aquellos ojos parecieron advertir al doctor que se mantuviera alejado de Magdalena. Parecieron afir-

marle la seguridad de que la muchacha era suya, y que cualquiera que intentara acercársele se las vería con él... Todo esto creyó ver Mario en aquella mirada, y lo interpretó de inmediato.

En el auto regresaron a casa. Magdalena sentía un hambre atroz. Armando invitó al doctor Borja a almorzar con ellos. Él aceptó gustosamente y Magdalena alegróse con tal aceptación. En toda una tarde juntos, ya tendría oportunidad de ver hasta dónde era capaz de dominar ese hombre.

Permanecieron en casa, charlando como viejos amigos. El doctor Borja era un hombre muy inteligente y agradable. Su conversación surgía fácil, sin complicaciones. A él parecía cada momento más encantadora aquella jovencita. La velada amenaza que creyó ver en los ojos de Juan Ignacio espoleaba su interés. Ahora tenía un triple motivo para cortejar a la muchacha: le daría celos a Juan Ignacio, satisfaría su propio interés, y demostraría a Magdalena que un hombre no se dejaba jamás dominar por una mujer, por maravillosa e inteligente que fuera. Magdalena, ajena a los pensamientos de aquel hombre, sonrió feliz y tranquila, mientras su destino maquinaba para ella dolores, alegrías, satisfacciones, disgustos y preparaba a la muchacha sorpresas múltiples para su vida. Ella las aguardaba sin saberlo, y el destino, tal vez sin saberlo también, la había preparado magistralmente para recibirlos.

VIII

Al día siguiente, lunes, Magdalena fue a clase como de costumbre. Sentíase indispuesta, sin poder definir con exactitud dónde radicaba el malestar. Asistió con desgano a las lecciones y no puso mayor atención a las instrucciones de Juan Ignacio. Éste la notó rara y se lo dijo a la salida.

—¿Qué te pasa? Te he estado observando en clases y has bostezado todo el tiempo.

—No sé qué tengo. Creo que voy a enfermarme. Me duele la cabeza, siento que todo me da vueltas y los oídos me atruenan con un ruido horrible.

—Mejor cuídate. Ahora no trabajaremos y acuéstate temprano. ¡Pobrecilla, creo que he abusado de tu resistencia!

—Sí, creo que será lo mejor. Tengo fiebre.

—¿Tienes fiebre? ¿Cómo lo sabes?

—Lo siento perfectamente. Estoy tan acostumbrada a estar sana que el menor malestar se me vuelve algo enorme. Con seguridad que no es nada de cuidado, pero mejor me voy a casa.

—Te llevaré. Vamos.

Ya frente a la casa de ella, Juan Ignacio le dijo:

—Vendré mañana a preguntar por ti. No te levantes en unos días, y, por favor, llama al médico.

—¿Al médico? Hombre, no se me había ocurrido, tienes razón. Es preferible que lo llame.

—¿Quieres que vaya yo a buscarlo?

—Gracias, Juan Ignacio, no te molestes. Armando lo hará.

—Está bien. De todos modos, pasaré mañana. Que no sea nada serio, mi amor.

—Adiós, Juan Ignacio. Te espero mañana. Por favor, excúsame en la escuela.

Y sin una palabra más, Juan Ignacio se fue de su lado. Al quedar sola, Magdalena meditó en sus palabras. Sí. Cómo no lo había pensado antes. Llamaría al doctor Borja. En realidad se sentía mal, por lo que el médico daría cuenta que no era una excusa suya. Además, le serviría de pretexto para acelerar un acercamiento entre ambos. Al sólo pensarlo, se le iba el malestar... Llegó a casa y se dirigió al escritorio de Armando, entrando rápidamente, sin llamar.

—Armando, me siento mal. Quiero que llames a un médico.

—¿Qué te pasa? ¿Qué sientes? —como impulsado por un resorte, púsose en pie y se acercó a ella. No po-

día concebir la idea de que a su hermana le pasara algo, que sufriera, o que no se sintiera bien. Le tomó el pulso y posó su mano firme y segura sobre su frente.

—¡Por Dios, si tienes fiebre! Ve a tu cuarto y acuéstate. Llamaré inmediatamente al doctor Borja.

—¿A ese pesado?... Me gustaría que llamaras a otro.

—Lo siento, Magda. Se trata de ti. Así es que llamaré al doctor Borja.

—Bueno, si no hay más remedio...

Y dando media vuelta se dirigió a su habitación. Se desvistió, se peinó, puso un poco de pintura a sus labios y, bajando el hombro de su bata de dormir, dejó al descubierto sus hombros morenos, su carne tibia y mórbida. Se sentía muy mal. ¿Qué le pasaría? Sus ojos negábanse a permanecer abiertos. Sus dientes castañeban y sus manos agitábanse intranquilas. Tápese con el embozo de las sábanas hasta el borde de la barbilla y esperó... Una hora más tarde oyó los pasos de Armando y el doctor Borja que subían las escaleras. Detuviéronse ante su puerta y llamaron.

—Pase —dijo.

Mario llegaba con su saco de calle y el maletín en la mano. Armando penetró tras él y se detuvo frente al lecho. El doctor se sentó en el borde de la cama al lado de ella y tomó su mano de entre las sábanas. Antes de tomarle el pulso, se la acarició un rato, mientras inquiría:

—¿Qué pasa, muchacha? ¿Usted que encarna la vida entera también se enferma?

—Pues sí, doctor, y créame que me siento muy mal.

—Sí, tiene fiebre.

Descorrió las sábanas hacia abajo, dejando descubierto el talle de la joven. Comenzó a escuchar sus pulmones y corazón. Ella permanecía inmóvil, con sus grandes ojos clavados en él. El doctor sólo cambiaba de lugar su mano, sin mirarla. Descorrió completamente la bata de la joven, dejando al descubierto su seno moreno y palpitante. Armando se volvió con discreción hacia otro lado. Magdalena bajó sus ojos de los de él. Por un instante, la mano de Mario permaneció en el vacío, sin atreverse a tocar aquella piel lisa, estirada, perfumada. Al fin, colocó su mano entre ambos pechos de la joven, diciéndose en su interior que era perfectamente bella... Al fin, guardó sus aparatos en el maletín.

—Es un fuerte resfriado. He podido observar los escotes de sus vestidos, e imagino que con ellos permanece hasta la noche, sin preocuparse de cubrirse un poco.

—Siempre he sido así. No sé qué me pasó.

Y de pronto acudieron a su mente los baños que acostumbraba a darse con Juan Ignacio en la noche. Probablemente la salida después a la calle con la noche fría le había hecho daño.

—Sí, doctor. Tiene razón. Me he descuidado últimamente.

El doctor Borja sacó su recetario, hizo ligeras anotaciones y, con la recomendación a la muchacha de que permaneciera en cama unos días, se despidió.

Al día siguiente, después de la hora de clases, Juan Ignacio llegó a visitarla. Marina lo anunció desde la puerta del cuarto.

—Hija, tienes una visita. Creo que es tu profesor de pintura. ¿Lo paso?

—Por favor, Marina. Que suba —se arregló rápido el pelo y aguardó.

—Buenas tardes, Magdalena. ¿Cómo se siente? —saludó correctamente el maestro, que había subido precedido por la vieja criada.

—Mucho mejor; gracias, maestro.

La criada retirose, y al cerrar la puerta, Juan Ignacio se inclinó sobre el lecho, y tomando entre sus manos la cabecita de ella la besó con ternura.

—¡Amor mío, qué falta me hiciste! Las clases se sienten vacías sin ti...

—Ya estoy casi bien. Mañana me levanto de la cama y el jueves voy a clase de nuevo.

Charlaron un rato, comentaron sus cuadros, para no hacer notoria una visita demasiado larga, Juan Ignacio se despidió.

—Bien, mañana preguntaré por ti. Que descanses
—Magdalena tocó un timbre, y cuando hubo llegado Marina, le pidió que acompañara al maestro hasta la puerta.

A los tres días, Magdalena estaba bien. Se encolerizó con su naturaleza, que no le permitió la oportunidad de otra visita del médico, pues ya no era necesario. El jueves fue a clases como había prometido a Juan Ignacio, y su vida volvió a la normalidad.

IX

Esa tarde, Magdalena dejó la escuela con retraso. Había pasado a la biblioteca, y cuando salió ya no había nadie más que el portero en todo el edificio. La bibliotecaria fue con ella hasta la entrada principal y afuera se separaron. Magdalena sentíase satisfecha de que no hubiera nadie con ella. Le encantaba caminar y caminar sin rumbo fijo, y después, sentarse en cualquier lado a esperar la noche. Tomó la larga avenida donde se encontraba la escuela, y echó a andar despacio. Sus tacones producían un ruido metálico y agudo sobre la calzada. Al ritmo de sus pasos, entreteníase en pensar mil cosas diferentes. De su abstracción la sacó la bocina de un auto que sonaba con insistencia tras ella, hasta que al fin se detuvo a su lado.

—La fui a recoger a la escuela, y me dijeron que había salido hacía un momento.

Magdalena sonrió con verdadero agrado al doctor Borja.

—¿Qué tal, doctor? ¿Me creerá si le digo que en este momento pensaba en usted?

—No, mi bella criatura. No se lo creo; pase adelante. Nos iremos juntos.

Magdalena dio la vuelta y se sentó junto a él.

—¿Qué tal, ya completamente bien?

—Con los médicos que hay ahora, ya no se tiene ni la esperanza de enfermarse quince días. Ahora de gravedad sólo se enferma uno para morir.

—Ojalá fuera cierto. Pero desgraciadamente a diario muere un gran número de gentes. Y no sólo viejos. Mueren niños, jovencitos, hombres de mi edad...

—Y no parece posible. Si la muerte no debería existir para los jóvenes. La vida entera debería cifrarse en nosotros a esta edad, para abandonarnos ya viejos.

—Ojalá pudiera ser así.

—Yo no he visto morir jamás a una persona joven que conociera. Creo que me impresionaría muchísimo. Imagínesse usted que de pronto le contaran que me he muerto yo.

—¿Usted? ¡Dios libre! Usted no debería morir nunca. Es la encarnación más maravillosa que he conocido de la vida, la belleza y el arte. Es una fantástica conjugación de lo inmortal y lo que muere. Del espíritu y la materia. Del arte por el arte mismo. Algunas veces, a mi pesar, me he sorprendido pensando en usted, y créame, lo que más ha llamado mi atención es esa extraña conjugación de carne y espíritu que he podido apreciar en usted.

—Es extraño, en realidad. Yo también he pensado en usted últimamente. Me llamó la atención esa absoluta certeza que parece tener de que es capaz de dominar a una mujer, hombre u otro ser cualquiera.

—Así es, en efecto. No le digo que no puede llegar el día en que yo sea el más dócil y humilde de cuantos hombres hay en el mundo, pero, hoy por hoy, eso no ha ocurrido todavía.

—Pues ha tenido suerte. Cuántos hay que, al contrario, sólo han sido instrumentos de otras personas para sus planes, propósitos y, de pronto, el azar los coloca ante la gran oportunidad de su vida, y entonces se convierten en el domador, el amo y señor indiscutible de la situación y el pensamiento.

—Sí, es posible. Pero usted, por ejemplo, hace poco me aseguraba Armando, está acostumbrada, más bien dicho, imbuida por instinto en su condición de domadora. ¿Qué me dice a esto?

—Que tiene usted razón. Pero en mí eso no sorprende, pues yo soy quien menos culpa tiene de eso. El mismo Armando, que por ser hombre pudo haberse rebelado a mis caprichos, era siempre el primero en demostrar especial interés en satisfacerlos. Y la abuela, bueno, ella qué culpa tiene si yo vine a alegrarle su vejez sola y austera. Mis padres murieron en un accidente cuando yo tenía dos meses. Armando tenía casi ocho años, y, por

eso, yo crecí entre una aureola de adoración. Créame, doctor, que es desesperante darse cuenta a los dieciocho años de que, con tanto cariño, no han hecho más que acrecentar en mí la sensación de no estar rodeada de personas sino de objetos.

La voz de Magdalena había ido subiendo de tono, cambiando de matices, hasta volcarse toda ella en un grito de protesta instintiva ante ese daño involuntario que le habían hecho y que ella percibía vagamente...

La voz de Mario se hizo sentir por el contraste, pausada y grave.

—Y por eso ama usted a su maestro.

—¿Amarle, yo?

—Bueno, o se deja amar, que para el caso viene a significar lo mismo.

—Está equivocado, doctor.

—No. No lo estoy. Pero, por favor, llámeme Mario. Me molesta que me diga doctor. Pues bien, volviendo a lo mismo. Yo me fijé muy bien en el beso que ese hombre le envió en las gradas del hipódromo. Y así mismo, no pude dejar de notar la mirada de desafío con que pareció advertirme a la salida. Así pues, acepto el reto. Yo lucharé a su lado por ver a quién prefiere usted al fin de cuentas.

—¿Y si... me atreviera a preferir a ambos?...

—Ya se cuidaría muy bien de hacerlo, estando conmigo. Así pues, ¿reconoce sus relaciones con él?

—De ninguna manera. Sólo trataba de ver cómo reaccionaría —luego, Magdalena permaneció un rato en silencio.

Habían salido de la ciudad y el auto tomaba rápido la carretera del norte. Comenzaba a oscurecer y soplaban un viento frío que calaba. Magdalena se estremeció, y tomando su abrigo se cubrió con él. Después de un largo recorrido, Mario detuvo el auto bajo unos árboles al borde de la carretera, y volviéndose a ella le dijo mirándola a los ojos:

—¿Cuento, pues, con su anuencia al combate? —Magdalena rio largamente.

—Qué obstinado y qué terco es usted, Mario. Ya le dije que no hay tal combate.

—Pero yo quiero y creo que sí. Me gusta luchar por lo que deseo.

—¿Y a mí, me desea?

—En todas las formas imaginables. Deseo conquistarla, deseo dominarla, y más que nada, deseo amarla.

Sus cuerpos habían ido juntándose poco a poco. Ya casi se rozaban y Magdalena sonreía aún... Sus dientes blancos y agudos clavábanse en sus labios y, de vez en cuando, la punta de su lengua humedecía voluptuosamente su boca. Con la mano derecha revolvía sus cabellos, mientras recostaba indolente su cabeza en el respaldo del coche. Se sentía dueña de la situación, y

segura, se confiaba a sus encantos. Mario pasó su brazo alrededor de la cintura de ella, sin que por eso dejara de mirarlo con fijeza. Sus ojos reían acariciantes, su aliento suave le rozaba las mejillas y su mano acariciaba los lisos y estirados cabellos del doctor. Mientras su boca entreteníase en hacer gestos de voluptuoso placer. Por un instante, Mario trató de retardar aquel beso que temblaba ya entre ambos, pero el perfume de la joven se adentraba rápido en los sentidos. Fuerte, violento, así con la suya la boca de Magdalena, besándola con una mezcla de pasión, locura, cediendo poco a poco su ímpetu para terminar en una caricia suave, dulce, que fascinó a la muchacha... Después de unos instantes, se separó de ella, mirándola. Empezaba a nacer en él la incertidumbre acerca de si podría algún día dominar como deseaba a aquella muchacha, que, a la segunda vez de salir juntos, y siendo la primera oportunidad en que estaban a solas, se dejaba besar y acariciar. ¿Sería así con todo el mundo; a cualquiera le permitiría lo mismo? Magdalena le dijo de pronto:

—¿Qué pasa?, ¿por qué se ha quedado tan callado de repente? No ha cesado de mirarme ni un instante. Casi puedo leer lo que está pensando en este momento.

—No pensaba, Magdalena —le mintió—. Sólo la miraba. ¿Cree que mirándola se puede hacer otra cosa que no sea empaparse de usted?...

—En cambio, yo, en lo que usted me miraba, pensaba tantas cosas...

—No me interesa lo que pensaba. Puedo imaginármelo fácilmente, por lo que no quiero ni oírlo siquiera. Quizás comparaba mis besos con los de otro, tal vez con los de su maestro...

—¿Quiere hacer el favor de dejar a Juan Ignacio en paz, siquiera mientras está conmigo? No tiene nada que ver él en estas cosas. Además, cuando se comparan los besos, es en el momento de besar. Después, se olvidan tanto unos como los otros.

Mario rio satisfecho.

—¿Sabe una cosa? Me he pasado años enteros tratando de encontrar una mujer inteligente, y cuando ya desesperaba de no lograrlo, me la vengo a encontrar a usted de repente. Usted es inteligente, ¿sabe?

—Por lo que veo, Mario, se ha empeñado usted en hacerme sentir vanidosa.

—Pero usted sabe muy bien todo eso. A las claras se nota que se sabe inteligente y atractiva. Incluso creo que se sabe bella.

—Naturalmente. Tenga la seguridad de que toda modestia manifestada es fingida. Si usted le dice a otra mujer que es bella, se resistirá a afirmarlo, aunque en el fondo está perfectamente convencida. Yo no. Yo me sé hermosa, y no creo tener por qué negarlo u ocultarlo.

—¡Vanidosa! Y, sin embargo, en usted no molesta esa seguridad. Al contrario, me hace mirarla más hermosa todavía. Ya ve, me había fijado en el color de sus ojos y, sin embargo, hasta ahora estoy notando cómo cambian de tono. Hace un rato los tenía grises. Ahora están casi dorados. Parecen los ojos de un ciervo.

—Eso me recuerda algo que ha pasado siempre. Creo que alguien me lo debió haber dicho en alguna oportunidad, pero desde hace mucho tiempo he tenido la idea de que toda yo parezco un ciervo. No sólo los ojos; también las piernas, los brazos, las orejas.

Y alzándose el traje hasta el nivel de las caderas, Magdalena mostró sus esculturales piernas bronceadas al atónito doctor. Por un momento, se quedó en suspenso, con los ojos fijos en aquella piel palpitante, morena... Luego, extendió su mano tratando de acariciarle la pierna, pero Magdalena se la retiró con suavidad. El doctor Borja sólo entonces se dio cuenta que en ella había sido ese gesto suyo una explosión de su temperamento, y que, en el fondo de su alma, aun consciente de su hermosura, carecía casi por completo de coquetería o provocación. Ella le había afirmado que parecía un ciervo, y, natural, se lo demostraba. Mario permaneció un largo rato abstraído. Extraña mujer, en realidad. La admiraba enormemente; cada movimiento, cada gesto suyo lo extasiaba y fascinaba. La impresión recibida por

el insólito gesto de Magdalena lo hizo olvidarse de la momentánea pasión que experimentara al besarla primero, y al contemplar sus piernas después. Magdalena bajó su traje, y volviéndose a él lo contempló con sus ojos húmedos y acariciantes. Ella esperaba que Mario le dijese algo, que hiciera algún comentario.

Éste, mudo y absorto, no hacía otra cosa que contemplarla, sintiendo que una ola de ternura, desconocida para él, lo bañaba de arriba a abajo. Al cabo de un largo rato, con voz enronquecida, tomando suavemente su mano, le dijo:

—Magdalena, ¿qué es usted en realidad? ¿Qué son sus gestos? ¿Impulsivos y espontáneos, o deliberadamente premeditados para echar al suelo mi afán de dominarla?

Magdalena sintió que una ola fría la invadía.

—En realidad, doctor, mi intención no era hacerlo pensar cosa alguna. ¿Quiere hacer el favor de regresarme a casa?

—Por Dios, no sea niña. Yo sólo trataba de averiguar sus intenciones al hacer lo que hizo.

—Si no había ninguna intención, Mario. Pero le juro que jamás volveré a tener con usted un arranque de confianza o sinceridad. Está visto que, con los hombres, necesariamente hemos de ser hipócritas.

—No me ha entendido, Magdalena. Pero, ya que ha interpretado mis palabras en otro sentido, aprove-

cho para que toquemos este tema. ¿Es que no se da cuenta del peligro a que se expone con esas explosiones naturales de su carácter? ¿No comprende que, así como a mí me ha dejado confuso y me ha hecho reflexionar, podía haberse encontrado con otro tipo de hombre, que reaccionara violentamente ante lo que pudiera creer que es un acto de coquetería y provocación de parte suya y de su belleza, y hacer con toda su fuerza que accediera a sus deseos más locos? ¿No comprende todo eso, Magdalena? ¿O es que en el fondo se siente usted decepcionada porque yo no he reaccionado de esa manera, como tal vez hubiera sido su deseo? —las últimas frases de Mario aún temblaban airadas en el ambiente; la mano de Magdalena alzose violenta y cruzó dos veces la afeitada mejilla del doctor.

—¿Pero es que usted es estúpido o qué? ¿No se ha dado cuenta que yo no intentaba nada? ¿Con qué derecho se siente autorizado a darme consejos? Y sus reacciones, ¿qué me importa a mí que sean de una forma u otra? ¿Para qué me iba yo a molestar en perder mi tiempo de esa manera, si hubiera querido lo que usted insinuó? Si ésos hubieran sido mis deseos, sépalo, doctor Borja, que no hubiera necesitado recurrir a ningún truco para lograrlo. Es usted un hombre como otro cualquiera, con sus mismos deseos y pasiones, y no hubiera necesitado de ningún medio especial para hacer

de usted lo que hubiera querido. ¿Quiere hacer el favor de regresarme a casa? No quiero seguir hablando con usted.

—Extraña forma de reaccionar la suya, en verdad, Magdalena. ¿Por qué aceptó venir conmigo, entonces? Y ¿por qué ha dejado que yo la bese y a la vez me ha besado usted?

—Porque cuando eso sucedió, deseaba hacerlo. Hoy, en este momento, ha dejado de interesarme. Eso es todo.

Mario lanzó una carcajada incontenible. Seguía riendo por varios minutos, mientras Magdalena, furiosa, lo miraba con desdén. Cuando al fin pudo calmar la risa, aún entrecortada la voz y con una amplia sonrisa, volvióse a Magdalena diciéndole:

—Es usted una chiquilla. Maravillosa, bella y encantadora, pero una chiquilla. ¿Por qué trata de jugar a ser mujer, si aún no ha aprendido?

—Ya no quiero seguir hablando con usted. Le he dicho que volvamos a casa.

—No sea terca, Magdalena. Déjeme que yo le enseñe todo lo que le hace falta aprender de la vida.

—Está equivocado. La vida, por ella misma, se nos enseña a vivir sin maestros. Y no creo que haya algo aún que desconozca de ella. Y si lo hubiera, créame que usted sería la última persona en enseñármelo.

La voz de Magdalena sonaba agitada y aguda. Por primera vez, había logrado un hombre encolerizarla de verdad. En el fondo de su corazón, aun cuando ya no quisiera volver a verlo, se prometió a sí misma demostrarle cuán mujer podía ser. Ya vería ese vanidoso doctor quién era quién, y cuando le suplicara por una sonrisa, por un beso, Magdalena tendría presentes sus palabras de ahora, para arrojárselas al rostro con todo su desprecio. En silencio, dio Mario marcha al coche y, sin cruzar una palabra, hicieron el trayecto de regreso. Al llegar, Magdalena apeose sin despedirse del doctor Borja. Éste bajó tras ella y, alcanzándola en la puerta del jardín, le dijo:

—¿Puedo pasar a buscarla un día de éstos a la escuela?

—No lo creo necesario; muchas gracias, doctor. ¡Ah, se me olvidaba! Ha sido muy amable de su parte el haberme llevado a dar tan maravilloso paseo. Buenas noches —y se dirigió resuelta a la puerta de su casa. Mario la observó marchar. Pensaba, pensaba... ¿No estaría aventurándose demasiado al tratar de conquistar a aquella mujer?

Aunque fuera demasiado tarde, aunque tuviera que recurrir a toda su energía y carácter para ya no buscarla, evitaría con todas sus fuerzas el volverse a encontrar con ella. Sí, ¿por qué no confesarlo? Le temía. No sólo

se sentía derrotado de antemano, sino que reconocía que la clase de vida que llevaría con ella no sería precisamente edificante para sus propios principios y convicciones. Indiscutiblemente, mientras más lo pensaba, más se arraigaba en él la misma idea: la dejaría de ver, de buscar... Sin siquiera sospechárselo, Mario la amaba ya. Por eso, mientras no lo supiera, sería mejor para él que la olvidara... Aquella mujer no se había cruzado en su camino más que como un sueño...

X

En su estudio, Juan Ignacio Marín paseábase nervioso de un lado a otro. Los cigarrillos sucedíanse unos a otros sin interrupción. De cuando en cuando, su enorme mano alisaba sus negros cabellos, como si con este gesto sus dudas y problemas evaporáranse de su mente febril y calenturienta. En sus agitadas vueltas, deteníase a ratos frente al cuadro de Magdalena. Lo miraba larga y acariciadoramente, y lanzando furiosas bocanadas de humo, volvía en su constante pasear por el estrecho cuarto del estudio. Sus pasos sonaban fuertes, desacompañados... Sus ojos posábanse ávidos en la imagen desnuda de Magdalena, que desde el lienzo parecía invitarlo con su boca entreabierta y húmeda a adentrarse en ella hasta fundirse en una sola forma... Nervioso, dejábase caer sobre el diván, partícipe íntimo de las primicias del amor carnal de Magdalena. Su mente deleitábase en torturarse. Una y mil veces imaginaba verla allí, tendida con languidez, como tantas veces lo estuviera junto a él. Creía aún percibir su entrecortada respiración y el loco aleteo de su corazón aquella tarde

memorable en que fue suya por primera vez. ¡Loco, insensato, al recordar cuán gloriosamente la había sentido suya en ese entonces! Unos celos brutales lo acosaban.

¿Por qué Magdalena tenía varios días de estar a su lado como ausente?... La había observado en silencio y había podido notar que, en medio de su tranquilidad, de pronto surcaban sus ojos dos ráfagas de furia, y, hundiendo las uñas en los brazos, agitada levantábase de un salto para cruzar la estancia de un lado a otro, como lo hacía él en ese momento... ¿Qué le pasaba?...

¿Tendría la inquietud de otros amores? Los dientes de Juan Ignacio clavábanse con furia en sus labios hasta hacerlos sangrar. Si eso era cierto, si tal era lo que sucedía, ¡mataría, desharía en pedazos al que tratara de tocar a Magdalena aun con el aliento! ¡Esa mujer era suya, solo suya! Él le había enseñado a gozar con el arte y con su amor sublime. De él eran sus emociones todas, sus despertares a la vida del amor, su juventud maravillosa y exaltada. Suyos eran sus secretos goces, su arte infinito que habíase desbordado porque él le enseñara a descubrirlo en el fondo de unos ojos, en el brillo de una sonrisa, o en la musicalidad sonora de los truenos en una tarde de tempestad. Suyas eran las ráfagas de dulzura después de las exaltadas notas del amor pasional y candente. La caldera de sus deseos todos era

suya porque despertaban indómitos a su lado. De nadie podía ser la húmeda tibieza de sus ojos pardos y el roce leve y ardoroso de sus labios, flores de amor que bajaron a él como dones del cielo en el casi sin esperanza mediodía de su vida.

Juan Ignacio sentía dos lágrimas de impotencia prenderse trémulas en sus ojos tristes. Primero morir, antes que truncar su vida de arte. No podía vivir si algún día le faltaba la presencia sutil y poderosa de Magdalena al lado suyo. Sentiría venir a la muerte con ansia y desesperación, si antes tenía que ser testigo de otros amores de su Magdalena. Su voz quebrábase en un sollozo. Sus manos fuertes y morenas hundíanse en su pelo y reposaba doliente su hermosa cabeza en las palmas de sus manos. ¡Dios, si fuera posible aclarar esa duda!

No se sentía con fuerza ni para reprocharle que diera su amor a otro. La amaba tanto que incluso hubiera considerado la probabilidad de compartir su amor con cualquiera, con tal que ella no le negara una sonrisa. Tras las ráfagas violentas, en las que quería deshacer al que intentara aproximarse a ella, surgía la humilde mansedumbre del que ama tierna y apasionadamente, sobre todas las cosas.

En su mente empezó a bailotear la idea de abandonar por completo sus relaciones con Magdalena. Aho-

ra, arrepentíase de no haber puesto freno a su pasión cuando todavía era tiempo. Ya hoy era demasiado tarde. Su férrea voluntad hacía tiempo que estaba anulada por la fragancia de ella. Su recia personalidad, opacada y sometida a la de ella, mil veces más poderosa, cuanto que ella no amaba con la misma intensidad que él. Sólo entonces comenzó Juan Ignacio a pensar si realmente lo había amado alguna vez. Sus besos tibios y violentos ¿serían, en realidad, sinceros, de amor, o simplemente exaltados reflejos de su pasión desenfrenada?... Pero ¿por qué se había entregado a él, si no lo amaba? Juan Ignacio era un hombre inteligente, artista, acostumbrado a estudiar las características personales de cuanta gente tenía a su alrededor en su mundo artístico. En su carácter de maestro, la había estudiado como a su discípula. Y sólo en ese momento, fatal momento de desesperación para él, recordó que su primera impresión de la muchacha había sido que necesitaría el desbordamiento de un amor pasional para poderse volcar completa dentro de su arte. Y venía a recordar esto ahora, cuando en su afiebrada mente la veía ya casi perdida para él.

¡Oh, dolor infinito! Juan Ignacio Marín, el Gran Maestro, con su hermosa figura abatida, su cabeza descansando al azar sobre sus brazos, apoyado en su escritorio, por primera vez en su vida lloraba por una mujer. Y no sentía perderla, más que nada sentía dejarla en otras

manos, que no sabrían apreciarla como él lo hacía. ¡La pobre almita solitaria de Magdalena! Esto era lo que acongojaba tremendamente al muchacho. Aquella alma maravillosa de artista; aquellos luceros de sus ojos que miraban más allá de este mundo, hasta el fondo... Aquellas manos blancas, cuidadas y expresivas. Toda ella: su cuerpo moreno de diosa, su empaque de reina, su altivez de ciervo y su humildad de niña. ¿Quién otro podría amarla con tanta integridad como él la amaba? Habíase dejado dominar por la pasión estando con ella, era cierto, pero, así mismo, la había comprendido tanto... ¿Cómo no vio a tiempo que ella no podría amarlo nunca en la misma forma? Su alma toda, su vida entera, a cambio de aquella felicidad que creyó no perder jamás.

Juan Ignacio, cansado de pensar, se dirigió de nuevo al centro de la habitación, en donde estaba el cuadro. La media luz de la tarde habíase vuelto una semipenumbra oscilante, densa... Con ese fondo, los ojos del cuadro parecieron a Juan Ignacio más humanos y tiernos que nunca. Con su mano acariciaba los muslos, los hombros y el rostro en la imagen de la joven. A su garganta subían entrecortadas, incontinidas, mil frases de amor, y, sin embargo, estrellábase con su frío orgullo que aún luchaba por ahogar dentro de sí aquel sentimiento. El último vestigio de su raciocinio aún defendía encarnizadamente sus antiguas ideas, agonizantes ya dentro de

su enfermo amor. A pesar de sus esfuerzos, sus labios aún musitaron débiles, tiernos, con su cabeza apoyada en el caballete del cuadro:

—¡Magdalena!... ¡Magdalena mía!

XI

Magdalena penetró en su habitación, cerró la puerta con llave. Necesitaba estar sola. Quería pensar largo tiempo, razonar, tratar de unir en su cerebro el tropel de descompasadas ideas que casi la estaban agobiando. Sentía un malestar tan insólito, una especie de intranquilidad, que no la dejaba estar en paz ni un momento. Ahora, estaba decidida a poner en claro todo el enredo que se estaba haciendo, y, así, trazarse un plan. Eran las siete de la tarde. Al salir de la escuela, se dirigió a casa; con las luces apagadas, en la semioscuridad del cuarto, pensaría más claramente. Quitose el vestido, pues el calor sofocante la mareaba. Abrió las ventanas de par en par, y, acodada en el umbral y con las piernas apoyadas en una pequeña mesa, adentrose decidida en su mente, tan profundo que en un instante olvidose de cuanto la rodeaba; perdió la noción de la realidad de las cosas y objetos, y ante ella sólo veía, como reflejada en un espejo, la imagen en cuerpo de su alma... Lo que acudía a su mente con tenaz persistencia eran las últimas palabras de Mario la tarde aquella:

¡Que ella, Magdalena, la intrépida enamorada del amor, cuya voluntad estaba acostumbrada a oír como voz de mando desde que naciera, no había aprendido, no sabía ser mujer! Con sólo evocar de nuevo este incidente, volvía a sentir su sangre calentarse y correr frenética por sus venas. Parecíale inaudito; le sonaba a algo que jamás hubiera concebido. Sucederle eso a ella, con un hombre. De pronto, la expresión violenta de sus ojos cambió por completo y una lucecilla de inteligencia brilló momentáneamente en ella. ¡Tonta! Estaba a punto de pensar y obrar a ciegas y en ese instante vinieron a su mente las cosas como en realidad eran. Por un momento, Mario Borja, sin sospecharlo, tuvo en sus manos el poder de dominar a Magdalena, que en el ofuscamiento de la primera impresión había nublado la sagacidad de sus facultades pensantes. Pero había sido tan corto y efímero este lapso de insensatez que ahora le parecía ridículo. Una amplia sonrisa dibujose en su boca. ¡Cómo pudo pensar por un momento que las palabras de Mario eran sinceras! De tal manera divertía su estúpido pensamiento, que, sin poderlo evitar, soltó una carcajada, que, en la soledad de la habitación, quedó flotando cálida primero, metálica y aguda después, hasta que se desvaneció en el ambiente... Pero si la mentalidad de Mario no era ni más ni menos sutil que la del resto de los hombres. Trató de encender en ella la llama

del amor propio, para hacerla doblegarse a él. Ahora lo veía todo perfectamente claro. Y ¿entonces? Lo dejaría estar así. Su indiferencia volveríase tan marcada que no tendría ni para ella misma otra significación que eso: indiferencia. Mario había tratado de empuñecerla a sus propios ojos. Como que fuera posible destruir en un momento la obra de toda su vida. Como que pudiera hacerla dudar de ella misma, cuando a diario se afirmaba más y más en la perfecta posesión de su voluntad. Si sabía que no había ser humano capaz de competir con ella. Si conocía cada una de las reacciones masculinas, de acuerdo con los diversos estados de ánimo, momentos y ocasiones. Cuando tuviera oportunidad de estar con Mario una vez más, comportaríase con él como si nada hubiera sucedido. Le coquetearía, reiría con él, y pasaría un rato agradable hasta cuando ella misma decidiera darse por aburrida. Y en cuanto él intentara reanudar la intimidad breve que se estableciera entre ambos, cambiaría de tema sin que ni siquiera él mismo se apercibiera de ello. Después de un rato de pensar en ello, cuando ya llevaba largo tiempo divirtiéndose, pensando cuán rápido cambian en la mente los pensamientos, así, de pronto, vino a su memoria Juan Ignacio, con toda la vida de amor vivida al lado suyo. Una sensación de soledad la embargó al notar palpablemente la ausencia del Gran Maestro. Con Juan

Ignacio Magdalena claudicaba ante su propio corazón. Sí, lo amaba. No con ese amor desenfrenado y absoluto que reconocía en él para ella, no. Lo amaba con una mezcla de egoísmo y orgullo, despreocupación y ansias. Enamorada de él sabía que no lo estaba. No sentía la imperiosa necesidad de verlo a su lado todo el tiempo ni pasábale por la mente la idea de sentir celos. ¿De qué o de quién? Juan Ignacio era suyo, ella lo sabía. Suyo, como una más de sus posesiones. Reconocíale su gran atractivo, admiraba su arte maravilloso y su inteligencia; deleitábase contemplando la serena expresión de tristeza de sus ojos, y los pausados movimientos de sus grandes manos morenas. Le fascinaba sentarse sobre sus rodillas y con sus manos acariciarle el cabello rizado. Era feliz cuando sentía sus manos rodear su cintura y sus besos violentos y dulces a la vez la posesionaban de una pasión extraña... El roce de su barba irritaba sus mejillas cuando se amaban violentamente, y dejaba en su rostro una ola de calor que la embriagaba... Juan Ignacio significaba mucho para ella sin que pudiera precisar exactamente cuánto o qué. Por otra parte, desde que iniciara sus relaciones con él, había logrado alcanzar muchísimo en el arte, no sabía si por la compenetración de sus sentimientos, o si él habíale enseñado mucho más de lo que solía. Recordaba sus múltiples discusiones, en las que sus opiniones se trenzaban audaces. Su

amor por Juan Ignacio era para ella un enigma. Lo amaba por costumbre de verlo, y no podría prescindir de él. Sin embargo, ¿por qué entonces buscaba indefinible e invariablemente otros amores?... ¿Qué era lo que ella en realidad ansiaba? Si creía tenerlo todo, si Juan Ignacio la amaba y ella sentíase feliz con él, si ella estaba dispuesta a admitir que no lo cambiaría por ninguno, ¿por qué entonces ese afán indescriptible de conocer el amor de otros? Ella deseaba amar a Mario Borja, sentirlo suyo; deseaba volver a besar a Adolfo, y si Ricardo Montes tomara la iniciativa para amarla, se dejaría amar de él también... ¿Por qué? Y, además, era innoble que hiciera eso a Juan Ignacio, ya que por muchas oportunidades que se le presentaran, no pensaba abandonar jamás el amor del maestro. ¿Qué era esa febril necesidad de que la buscaran y desearan tantos? ¿No sabía acaso que cualquiera de ellos lo dejaría todo por ella?... ¿No comprendía que con todo ese afán de nuevas cosas y aventuras lo único que lograría sería destruir el futuro brillante de su vida? Sí, todo se alcanzaba clara y perfectamente a la mentalidad de Magdalena. Ella trataba de dedicarse sólo a su carrera, pero, ante sus instintos, su férrea voluntad estrellábase, todo su carácter desvanecía... o tal vez en el fondo las cosas sucedían así porque ése era su deseo. El destino de Magdalena parecía impulsarla hacia un final. ¿Cómo será este final?

¿Qué sería de su vida diez años más tarde, aún en plena juventud, pero agotada ya su sed de novedades? En realidad, con todas sus características extrañas, Magdalena era un ser excepcional. Sin otra moral que la de sus propios designios, sin otra idea que la de satisfacer sus deseos, Magdalena no se había percatado de que era una mente enferma. ¿Cómo iba a suponerlo? ¿Cómo podía admitir la idea de una anormalidad en su maravillosa y perfectamente constituida naturaleza? ¿Cómo podría suponer que su vida era una parte representativa de la maldad, como es, como se supone que existe en la actualidad en nuestro mundo?... Ella no era otra cosa que el producto concentrado de las degeneraciones mentales de la época. En el escenario fatídico del mundo se estaba actuando una comedia, en la cual Magdalena representaba uno de los principales papeles. Y ahora, enfrentada a ella misma, pensaba solamente en su posición ante los hombres. Era al único problema que concedía la importancia de pensar en él. Si intentaba juzgarse, no era capaz de descubrirse algún defecto. Primero, admiraba y aquilataba su apariencia física. ¡Qué hermosa se sentía! Observaba detenidamente, con mirada crítica, su cabello negro y sedoso, sus ojos claros y sensuales brillaban de dicha al contemplarse toda ella. Su piel suave y tersa como fruta madura, su boca de labios gruesos y húmedos, que entreabierta de-

jaba al descubierto el brillo de sus dientes... Sus brazos redondos y torneados, su cintura esbelta, que cabía holgada en el cerco de las manos de Juan Ignacio, sus caderas redondas y ondulantes, sus piernas, en fin, toda ella, mientras más se contemplaba, se miraba más hermosa. Físicamente se consideraba perfecta. Ella misma, tratando de encontrarse algún defecto que la afeara a sus ojos, inventaba cosas que no existían, para acabar convenciéndose de su magistral perfección.

Y luego, analizaba sus capacidades mentales. Había tenido muchas oportunidades de demostrarse a sí misma lo que podía lograr, lo que podía esperar en este otro aspecto. Y siempre había salido airoso de las pruebas que se imponía para perfeccionar al máximo ambas cosas: intelecto y belleza. Confiaba en ella misma tan ciegamente que ni siquiera habíase molestado en percatarse de ello.

Amaba la naturaleza, porque le hacía pasar momentos de éxtasis, en los que olvidábase por completo de cuanto la rodeaba, y, embebida en su maravillosa contemplación, sus ojos serenos llenábanse plenamente con la luz irreal de su fantasía que volaba, y casi, casi se sentía buena... Tal vez por eso amaba a Juan Ignacio: porque el muchacho a veces le parecía una obra puesta frente a sus ojos para entretenerla. En silencio lo contemplaba, y su serena seguridad le fascinaba. Ante él,

sentíase, en realidad, con un hombre. El olor de la piel de Juan Ignacio la obsesionaba. Era un olor a madera tierna, a bosque, que, confundido con su aliento viril y ardoroso, le parecía una mezcla de juventud y arte... Los pensamientos de Magdalena la llevaban ágiles por los mundos de la pasión. Y una vez más evocaba sus amores con el maestro. ¡Cuánto recordaba su primer encuentro en el estudio! Ahora comprendió claramente que no había estado ansiosa por entregarse a él, sino hasta el momento en que sintió su boca prenderse cálida en sus senos. ¡Sí! Entonces había sentido como un brusco despertar, como un rebullir inquieto de su sangre, que no cabía, que no podía ya correr libremente por su cuerpo, y buscaba escaparse por el fuego de sus piernas, hasta las musculosas y morenas de Juan Ignacio. Un escalofrío recorrió su cuerpo al evocar aquella escena. Sí, ella era una diosa del amor, creada por algún ser fantástico y puesta en la tierra para eso, para enloquecer de amor a cuantos quisiera, y al mismo tiempo casi morir ella misma en esas ráfagas de locura. Magdalena tenía toda la mente llena de amor, por ella, por los hombres, por el arte y la naturaleza. En ese momento ansiaba estar con Juan Ignacio. Tomó su traje, se vistió y se dirigió a la calle. Iría en su busca y pasaría con él todo el resto de la noche. Sí, nadie podría detenerla, ni tendrían que averiguar qué hacía. A nadie interesaba su vida más que a

ella, que la gozaba plenamente, sin un escrúpulo, sin un remordimiento, inconsciente y feliz...

XII

Cuando se despertó aquella mañana, sin saber por qué, entreveía la proximidad de algo extraño. Como si fuera a ocurrirle algo, o le tuvieran deparada alguna sorpresa. ¿Por qué lo presentía? ¿Qué podría ser? ¿Y por qué esa intuición tan súbita? Se levantó temprano. Era domingo. Vistió unos pantalones negros, ceñidos, un suéter color fresa, escotado, y calzó unas zapatillas negras de tacón bajo. Tranquilamente, se sentó a leer. Media hora después sonó el timbre del teléfono. De un salto se puso de pie y se acercó al aparato.

—¿Hola?...

—Magdalena, ¿eres tú? —la voz de Juan Ignacio llegó a ella varonil, recia.

—Sí. Buenos días, Juan Ignacio.

—Buenos días. Te llamaba para ver si es posible que salgas conmigo hoy, fuera de la ciudad.

—¿A dónde?

—Me han ofrecido en venta un terreno; me aseguraron que es algo maravilloso y quiero que tú lo veas conmigo para decidir si compramos o no. ¿Vamos?

—Me parece algo difícil, pero... bueno; está bien. No diré que voy contigo. Espérame en la escuela dentro de quince minutos.

Y al cabo de ese tiempo, Magdalena se reunía con él en el lugar convenido. Juan Ignacio la esperaba en el auto. Salieron de la ciudad, enfilando la carretera del occidente. En el trayecto pararon un momento a comprar víveres para el almuerzo y continuaron su rumbo. Dos horas largas pasaron en el auto, por un camino lleno de exuberante vegetación. Al cabo de ese tiempo se desviaron de la carretera, tomando por una senda empinada de piedras y tierra. Magdalena permanecía en silencio contemplando con avidez el panorama. Juan Ignacio callaba también, pues conocía hasta el fondo los secretos goces de ella cuando sus ojos observaban... La vegetación íbase haciendo más tupida a medida que avanzaban, por lo que al poco rato tuvieron que detener el auto y continuar la marcha a pie. Poco a poco, la senda iba estrechándose, hasta que al fin desapareció por completo, teniendo entonces que abrirse paso con las manos. Árboles frutales daban sombra a su paso caluroso por aquella vía. Al rato, Juan Ignacio la estrechó entre sus brazos deteniéndose, y le preguntó:

—¿No te has cansado?

—No, hombre, qué va. El ambiente todo, el paisaje, son maravillosos. Te digo que me gusta.

—Pues todavía no hemos llegado a donde quiero llevarte. Espera y verás.

—Entonces, ¿ya lo conocías tú?

—Sí. Vine hace unos días. Quise verlo primero para asegurarme que era digno de ti.

—Y ¿sí lo es?

—En mi concepto todavía estás un poquito, fíjate, sólo un poquito encima de esto. Pero es el primer lugar que encuentro que se parece tanto a ti. Ver desde lejos lo que voy a llevarte a conocer es como sumergirse un poco en lo más profundo de tus ojos de selva. Apresúmonos y podrás darte cuenta de lo que te digo.

La tomó de la mano y continuaron el camino. La marcha era ascendente, a través de un páramo donde el verde imperaba en una amalgama variante de tonalidades. Flores silvestres daban un aroma de salvaje quietud a la mañana esplendorosa, brillante. De cuando en cuando, Magdalena secábase el sudor que en menudas gotas empezaba a empapar su frente. Sus mejillas sonrosadas y su respiración jadeante por el esfuerzo de la subida ponían un encanto desconocido en la muchacha. Juan Ignacio a ratos deteníase para contemplarla, y un nudo apretaba su garganta emocionadamente. Las distintas facetas de la personalidad de Magdalena le apasionaban. Cada vez la amaba más, sintiendo que ya le sería muy difícil en adelante prescindir de ella.

La verde maleza crujía al soportar el peso de sus cuerpos. Lentamente, la claridad iba extendiéndose y el calor se hacía más sofocante.

—Juan Ignacio, tengo hambre. Comamos algo.

—Bueno. Sentémonos bajo aquel árbol grande. Nos dará buena sombra.

Magdalena dejase caer en el sitio indicado por Juan Ignacio y ambos comieron con apetito. Ella se recostó en el tronco y cerró los ojos.

—¿Quieres dormir un rato?

—Sí. Acuéstate tú también. Quiero apoyarme en tu brazo.

Juan Ignacio tendiose a su lado y ella acarició el pecho del muchacho con su pelo. El maestro extendió su mano y acarició largamente la cabeza de ella, que fue cerrando los ojos. Un sopor delicioso la invadía. No podía hacer el menor movimiento. Su respiración entrecortada iba tranquilizándose paulatinamente. Juan Ignacio, con su mano izquierda apoyada en la cabeza de ella y su brazo derecho alrededor de su cintura, con los ojos clavados en el cielo pensaba... Sí, él deseaba adquirir aquellas tierras para llevarse con él a Magdalena, y en medio de esa soledad bravía, amaría, con la confianza plena de que nadie se le acercaría nunca. Comprendió que su amor se estaba convirtiendo para él mismo en un infierno, y si no remediaba en una u otra forma

aquella situación, acabaría por volverse loco. ¡Y quién sabe si no sería mejor la muerte! Pero ¿y su vida artística, prometedora para su amada patria y para el grueso número de sus discípulos? ¿Truncaríase así nomás su vida por un amor? Pero Juan Ignacio comprendía y aquilataba la magnitud de aquel amor. ¿Acaso no era cierto que millones de seres desfilaban por el mundo sin sentir ni la milésima parte de ese gran cariño suyo? Se sufría, sí, pero en medio del gran sufrimiento, los minutos de goce se volvían inenarrables, plenos, en una comunión perfecta de Dios, carne y espíritu. Amar así, ¿no era acaso la esencia de toda una vida? ¿No había él vivido como incompleto y descentrado hasta el día aquel en que sus ojos ávidos se posaron por primera vez en Magdalena? Un suspiro de la joven lo hizo volver a la realidad. Inclínase hasta rozar con sus labios la boca de ella, y sacudiéndola con suavidad le dijo:

—Sigamos, que se nos va a hacer tarde y necesitamos llegar con luz.

Ella se desperezó y sentándose en la hierba extendió su mano hacia él, que habíase puesto de pie.

—Ayúdame a levantarme, maestro.

Suavemente, tiró de la muchacha, y estrechándola entre sus brazos, aplastó su boca contra la suya, que temblaba... Magdalena pasó los brazos alrededor del cuello de él y ardiente devolvió la caricia con un calor

distinto. El olor de la selva penetraba rápido los sentidos. Un deseo poderoso iba invadiendo a Juan Ignacio. Sus manos aprisionaban fuertes el cuerpo de Magdalena, que temblaba entre sus brazos. Con la boca entreabierta y los ojos brillantes, lo miraba... De pronto le dijo:

—Ámame aquí, Juan Ignacio, aquí mismo.

—No. Espera todavía. Quiero que antes empapes tu alma íntegra con lo que veremos allá arriba. Y entonces, allí mismo, te amaré como no lo he hecho nunca en la vida, y tú corresponderás a mi amor con igual fuerza.

—Entonces, vamos, pues.

Emprendieron el camino de nuevo, el cual iba aumentando, ensanchando el radio visual y haciéndose cada vez más ascendente. Media hora más tarde, detuviéronse ante un pequeño montículo, surgido como de improviso ante ellos.

—Bien, Magdalena. Detrás de este cerro, apréstate a ver lo más bello en tu vida.

Rápido, sin esperar, soltose de la mano de él y salvó la distancia que la separaba de aquello. Su boca se abrió para decir algo, trató de hacer un movimiento para indicar a Juan Ignacio que se acercara, y su mano trémula permaneció suspendida en el vacío sin hacer nada, y su boca volvió a su posición normal sin emitir un sonido. El corazón golpeábale fuertemente y un temblor desconocido agitaba su cuerpo entero. Juan Ignacio acercose

a ella por detrás, rodeándole el cuerpo con sus brazos. Su mejilla apoyose sobre la cabeza de ella, y ambos contemplaron juntos aquel cuadro. Una niebla suave bajaba del cielo y caía tenue en aquel abismo. Al fondo, aquel lago maravilloso de su patria, rodeado de volcanes enormes, majestuosos. El sol penetraba a través de una nubecilla, e iba a dorar la brillante superficie del agua ondulante, quieta... Dos rayos de luz surcaban el cielo de arriba abajo encendiendo todo el paisaje en rojo y fuego. Las montañas azulverdosas, vistas desde aquella altura, adquirirían también la extraña sensación de irrealidad que envolvía todo el resto del cuadro y penetraban hasta medio lago pareciendo que iban a cortarlo por completo en dos mitades, para reaparecer más lejos adentrándose hasta el fondo de ellas... Ni una sola ráfaga de vida interrumpió la serena placidez de aquella perla, soltada al azar del collar que en sus manos poderosas jugaba Dios desde su altura. Nada. Todo era silencio y calma. Sólo los corazones de aquellos dos seres artísticamente llegaban hasta el cielo, confundiéndose con el ardoroso clamor de su sangre joven.

—¡Juan Ignacio, esto... Esto es Dios!

—Sí, tienes razón. ¡Cuánto se le ama desde aquí arriba! ¿Ves, Magdalena, por qué te decía yo que era un pedazo de ti misma? Cuando vi esto por primera vez, sentí en

mi alma una luz misteriosa, como una inspiración, igual a lo que sentí cuando te vi por primera vez.

—¡Pero esto es grandioso! Sí, tan enorme, que me siento reducida, y entonces viene a mi conciencia la certeza innegable de nuestra insignificancia. Fíjate, ¿qué somos nosotros, tú y yo, ante esto? Ni una partícula pequeñísima de la más bella de sus partes. ¡Y esto, a su vez, no es nada comparado al enigma eterno del universo!

—Sí, ante el universo indudablemente no es nada. Pero yo los tengo aquí a los dos, al alcance de mis sentidos; a ti y al lago. Y no puedo menos que compararlos, Magdalena. Ese lago son tus ojos. Míralo ahora, tranquilo, sereno, lleno de una luz irreal y con un pedazo de sol agonizando en él. Y yo veo tus ojos, me hundo en ellos y ¿sabes tú qué veo, Magdalena? ¿Sabes qué llega de ellos hasta mí? Una serenidad de frescura y un sol de fuego pasional ahogándose lentamente en su embrujo espectral y eterno. Tú eres un pedazo de este lago, y él a su vez es un trozo de Dios, que emerge del fondo de tus ojos pardos, y muere en la misteriosa lujuria de tu sangre. Todo eso veo en ti. Te he traído aquí, para que vieras a través de esto lo que siento por ti, de qué forma mi corazón hambriento de tu ser te adora loco. Ya no eres para mí la montaña lejana de antes, aquella que yo creí me estaba prohibido escalar. Ahora

eres mi Agua-Amor misteriosa, mis sueños más locos, mi realidad desconcertante y adorada. Agua-Amor, eso eres tú, eso son tus ojos bellos, profunda y misteriosa fuente que me atrae, y lentamente me sumerge en el fondo de ellos. Te amo, Magdalena. Y cuando vine aquí, antes que otra palabra cualquiera, te llamé. Mi ser entero se volcó por mis labios y te llamé. ¿Por qué? Largo tiempo estuve meditando en este extraño detalle, y ¿sabes a qué conclusión he llegado? Estoy convencido de que vives en mí. A veces me preguntas por qué no he llegado a buscarte y he estado a tu lado todo el tiempo. Estoy viéndote toda, pero más que nada veo tus ojos. Me vierto por dentro de ellos hasta el fondo, y no te das cuenta. Eso es porque no sientes como yo siento, ni me quieres como yo a ti.

—Tú no puedes saber cómo te quiero. Mi corazón no exterioriza tanto como el tuyo, pero te amo, sí, en una forma distinta a como tú me amas.

—Ojalá pudiera estar seguro de lo que dices. ¡Y pensar que te he encontrado en mi vida cuando ya no buscaba, cuando ya no esperaba! No te burles nunca de mi amor, no lo hagas, que me herirías muy hondo...

—Juan Ignacio, yo... Yo sería feliz si pudiera expresarte lo que para mí eres, en la misma forma, clara y precisa en que tú lo haces. Pero... no sé qué es lo que me pasa. ¿Sabes una cosa? En el fondo me siento

extraña para mí misma. A veces me da la impresión de que en este momento me estoy conociendo. Me siento extrañamente sola, vacía, incompleta...

—¿Qué es lo que tengo, Juan Ignacio? ¿Qué es lo que en realidad hay en mí? ¿Por qué no puedo decirte cuánto te amo? ¿Por qué no lo sé?... ¿Por qué creo desear una cosa y al realizarla pierdo todo interés en ella? Contigo me siento más tranquila, más encontrada dentro de mí misma, pero ¿por qué no puedo decirte todas esas cosas bellas que tú me dices nacidas del fondo del alma? Juan Ignacio, yo no tengo alma. Eso es lo que pasa. No tengo ese algo misterioso que nos hace ser sinceros, tiernos, dulces... ¿Será eso? Ayúdame, por favor. Ayúdame conmigo misma. No sabes tú la desesperanza que siento”.

Magdalena asiose con violencia a la camisa de Juan Ignacio y le suplicaba implorante... Él posó su mano en la cabeza de ella y atrayéndola hacia sí la hizo recostarse en su pecho.

—¿Qué cosas dices. ¿Tú, no tener alma? Y, ¿crees tú que esos ojos tuyos podrían haber sido puestos en un cuerpo sin alma? Y ese arte, ¿crees que nace de algún rincón oculto de tu cuerpo? No, Magdalena, eso es algo puesto por Dios en el alma, fíjate bien, en el alma de determinados seres, y brota fuera porque esa misma alma lo impulsa por sus reacciones divinas. Lo que pasa

contigo es que no estás acostumbrada a amar. Yo te enseñaré tantas cosas, amor mío. Dame tu mano, déjame guiarte, cierra los ojos... Yo te diré cuándo los deberás abrir. Mientras tanto, ciérralos, mi vida, duerme... No pienses en cosas que puedan intranquilizarte... Olvídate de todo lo que pueda hacerte llegar a este estado de pesimismo... No temas nada... Haz de caso que tú existes, vives, respiras, porque yo estoy a tu lado. Verás cómo te enseñaré a vivir feliz y despreocupada. Alma mía, si tú eres única. Cierra los ojos a lo que no sea mi amor, mi gran amor. No pienses más, Magdalena.

XIII

Ya maneció para Magdalena el día más trágico en su vida. Mucho tiempo pasó hasta que se dio cuenta, hasta que aquilató en su verdadero valor la magnitud de su tragedia. Y después, largo tiempo deambuló perdida en su propia alma; sin una guía, sin una protección, notando por primera vez en su existencia cuán poca cosa era ella ante el entero enigma de la vida y de la muerte. Cuán insignificantes todas las que ella creyó sus facultades extraordinarias y su maravilloso talento. Qué poca cosa, qué miserablemente reducida llegó a sentirse después de aquella tragedia que envolvió en una oscuridad densa su ser entero. De qué manera su pobre alma percatose de la soledad y frío en que habíase mantenido siempre. Cuánto tiempo después sus pasos la encaminaron a los lugares eternos de lo que hasta ese momento comprendió que pudieran haber sido Amor. En qué forma tan pobre estaba viviendo, después de aquella agitación que había sido hasta entonces la vida suya.

Se levantó aquella mañana, dos días después de su paseo al lago, despreocupada y feliz. Se vistió y salió a la calle

como siempre. Al cruzar la cuadra de la escuela, gran número de gente entraba... ¡También como siempre! Magdalena subió las escaleras, y de pronto detúvose, como hipnotizada... Sus ojos se clavaron atónitos en la enorme pizarra que había sido colocada en el salón central. Las letras bailaron frente a sus ojos, y un tropel de confusas sensaciones aturdió por completo su cerebro. Un apretado nudo atenaceaba su garganta y la ahogaba... ¿¡Qué era aquello, Dios suyo!? ¿Soñaba acaso? ¿Sus ojos veían en realidad lo que estaba escrito, o era una cruel burla de su imaginación fatídica? ¿Era cierto lo que veía? Las piernas le flaqueaban y se sentía desvanecer. ¡Y entonces se dio cuenta que toda la gente que entraba vestía de negro! Aquella gente, que no le llamó la atención ver aglomerada en la puerta de la escuela, vestía rigurosamente de negro. Una mano se posó en su hombro; se volvió como un autómatas. Elena le sonreía a través de un velo de lágrimas, con una sonrisa como de comprensión y lástima...

—Quise avisarte antes, Magdalena. Pero ya habías salido de tu casa cuando te llamé. Por favor, trata de no impresionarte tanto. Para todos ha sido un golpe terrible.

¡Entonces, era cierto! Juan Ignacio había muerto... Ya no quiso oír más. Una nube de inconsciencia pareció flotar frente a sus ojos, pero fue dominada por su voluntad. Con mano vacilante, apartó de su frente un mechón de pelo que caía flojo, y despacio, muy despa-

cio, como si sus piernas pesaran enormemente, dio la vuelta y emprendió el camino de regreso a su casa.

—¡Me vestiré de negro, debo vestirme de negro! —repetíase una y mil veces, sin lograr captar el significado de estas palabras.

—Dios mío, ¿qué ha pasado? ¿A qué se ha debido esto? ¿Se mataría...? ¿Qué ocurrió, Dios, que hago para saberlo? —en su alma no había entrado aún el dolor que debería ocasionarle. Todavía no se había dado mayor cuenta de la realidad de las cosas, y, en el fondo, esperaba que fuera una broma o quizá un error. Sus ojos iban adquiriendo una tonalidad sombría, adusta... Su boca se apretaba con fuerza para impedir el temblor nervioso que comenzaba a sacudir todo su cuerpo.

—Si ayer estuvo conmigo hasta tarde. Si estuvimos juntos en el lago hace dos días y estaba sano, tan bien. ¿Y si es cierto, Dios mío? ¿Cuánto tiempo tardaré en acostumbrarme a ya no sentir de cerca nunca más la caricia sensual de su mirada?... ¿Ha muerto, de veras? —sus pasos tornábanse vacilantes y hubo de hacer un esfuerzo para continuar la marcha. Al llegar a su casa, empujó la puerta de calle y penetró, dejándola abierta. Armando salió en ese momento.

—Magda, ¿qué haces de regreso tan temprano? Pero... ¿Qué te pasa? ¡Estás pálida! ¡Estás temblando! ¿Qué ha pasado, Magdalena?

Armando estaba alarmado. Su hermana, tan serena y tan dueña de sí misma, a punto de llorar. Él no recordaba haber visto llanto en sus ojos desde que era una niña.

—Dime, cariño, ¿qué te pasa? —Magdalena hizo un gesto, como apartando de su cabeza todos sus pensamientos y respondió con voz firme, segura:

—Nada. Que Juan Ignacio murió anoche. Eso es todo, ¿ves? No ha sido nada. ¿Por qué pretendes que esté yo intranquila o nerviosa? ¿No ves que no tengo nada? Total, morir es lo que nos espera a todos. ¿Qué importa cuándo o de qué forma? Por favor, no me mires como si no me conocieras. Te estoy diciendo que no es nada. Si no me importa, ¿sabes? Ni creas que voy a sufrir por eso ¿Por qué? Si es natural que haya muerto.

Y tratando de convencerse a sí misma de la indiferencia que pretendía sentir, inició una sonrisa que se petrificó en su garganta, quebrándose en un sonido horrendo y, arrojándose en los brazos de Armando, sollozó entrecortadamente, sin poder contenerse. ¡Cuánto bien hicieron a Magdalena aquellas lágrimas! Su tibia humedad rodaba por sus mejillas, llevando a su corazón un despertar brusco de la sensibilidad humana que dormía en ella, aletargada, hipnotizada por su materialismo brutal alimentado durante tantos años. Cuánto tiempo hacía que Magdalena no se dejaba llevar de un

impulso de esta naturaleza. Su orgullo aún luchaba por apaciguar aquel llanto, pero los ojos intangibles de su femineidad y su ternura miraban como a través de un velo de lejanía y ausencia los ojos tristes de Juan Ignacio, tan bellos, tan maravillosamente tiernos, tan patéticos en su trágica partida. Y su corazón presentía con horror la verdad. En ese instante percibió clara la realidad de la muerte. Ya no lo vería más. Sí, a sus oídos gritaban brutales estas palabras diez mil demonios implacables, que se gozaban con su sufrimiento atroz. Ya no lo vería más, nunca. ¿De qué servía que intentara a toda costa recordar la tibia y cálida expresión de ternura de sus ojos amados, si ya no los vería más junto a ella? Se habían ido para siempre. Sí, sus ojos, su arte infinito y supremo, que quedaba inconcluso en el mundo. Sus besos, ¡oh! También sus besos y toda la reconfortante alegría de su virilidad junto a ella. Tampoco sus manos estarían ya. Sus manos grandes, fuertes y morenas, deberían desaparecer para siempre, y con ellas la idea de saberse suya y sentirse tranquila entre sus brazos. ¡Ya todo eso había acabado! En adelante, sólo deberían quedar en sus ojos dos lágrimas de angustia y en su boca el sabor de la sonrisa de Juan Ignacio. Magdalena continuaba llorando, llorando... Todo su amor, oculto a sus propios ojos, todo su sentir exaltado, brotó afuera, con asombrosa claridad. Ella había amado. Y en medio de su do-

lor, una sonrisa de consuelo brilló pálida y desmedrada en sus labios. Sí, se gozaría en sufrir por él, haría a su recuerdo un altar donde poder volcar sus ternuras muertas. Y en la oscuridad de su alma, en la soledad de su infortunio, descubrió el amor. El sentimiento que mueve, la voluntad que mina. ¡Amaba! Aunque fuera ya muy tarde, amaba; había amado; amaría. Su alma no estaba muerta al sentimiento cumbre de las reacciones emotivas. Y el alma de él vivía a través de su muerte. Ella llamaría a esa alma errante de Juan Ignacio y la invitaría a vivir en la suya, para siempre, para siempre... Lentamente, se separó de los brazos de Armando, y con una luz diferente brillando en sus insondables ojos claros se aprestó a acompañar a Juan Ignacio en su último viaje...

XIV

Cómo habían ocurrido las cosas? ¿Cuál había sido la realidad? Juan Ignacio en la noche de su muerte había estado con Magdalena hasta muy tarde. Sus ojos la miraban con ávida tristeza y su alma tenía encerrado dentro, muy dentro, un presentimiento de tragedia... ¿Le iría a pasar algo a Magdalena?... ¿Por qué estaba mirando todos los objetos de su recuerdo con brillo diferente, irreal? ¿Por qué la luz de la tarde estaba brumosa, y en el cielo las nubes formaban figuras tan fantásticas y absurdas?... Cuando se despidió de la muchacha, permaneció en su estudio largo tiempo. Sin saber por qué se puso a contemplar el cuadro de la joven y sus manos aplastaban su cabello en gestos violentos y duros. Un sordo malestar invadía todo su ser, indefinidamente. No era un malestar físico, era como una presencia indescifrable... Arrancó una hoja de papel y frente a ella estuvo absorto... Su mano tamborileaba con un lápiz grueso, y de pronto, comenzó a trazar nervioso un par de ojos. ¡Y esos ojos nacieron de sus manos! Eran unos ojos negros, negros, profundos, con profundidades de

abismo, con negrura de muerte. ¡Y esos ojos expresaban! Decían amor, decían soledad, gemían dolores, y eran los de Magdalena. Absortos, estáticos, fijos. Eran unos ojos bellos, más bellos aun que los de ella. Y en su mente martilleaba como una obsesión, la idea de despedirse de Magdalena. ¿Pensaba marcharse? ¿Pensaba abandonarla? ¡No! No pensaba nada. Su mente estaba en blanco. Fue otro ser escondido dentro de su sangre el que le dictó aquella despedida... La ventana estaba abierta y soplaban un viento fuerte.

El papel fue arrancado de sus manos por el aire y voló, voló dentro de la habitación por cinco, diez segundos, y cayó al suelo en el centro de la pieza, permaneciendo allí, quieto, fijo, con los ojos dibujados en él misteriosamente abiertos y expresivos. Se levantó, apagó las luces y salió. Ya en su casa, se dejó caer en su lecho y cerró los ojos... Principió a soñar en cuanto se durmió. Soñó que caminaba, caminaba, sin rumbo fijo, y que de pronto se encontraba frente al lago que visitara con Magdalena dos días antes. Y se quedaba mirando al fondo, con una fijeza hipnótica... Y una luz salía del agua y subía, subía hasta él cegándolo por completo. Y entonces un zumbido ensordecedor empezó a llenar todo el ámbito, y cuando ya se hacía insoportable, principió a desvanecerse la luz, y el zumbido a hacerse menos intenso. Y después, una oscuridad pro-

funda reinó en todo el lago. Y con una fuerza misteriosa, una mano firme lo lanzó al precipicio. Y él caía, caía... Ya llegaba casi al fondo, cuando el papel con los ojos de Magdalena apareció volando por el cielo, pero enorme, gigantesco. ¡Y en su desesperación, en su afán de subsistir, se aferró a él y clavó su mirada en los ojos que él mismo creara! ¡Y esa noche, los ojos tenían una expresión de amor infinito, de ternura, de dulzura, como no los había visto nunca en ella misma! Le hablaron de amor, le hablaron de pasión y de un cariño que no moriría ni con la misma muerte. Y una paz inmensa lo fue envolviendo. Una sonrisa dulcificó su boca y sin despertar siguió profundizando el sueño, más, más, hasta que sintió dejar atrás el mundo de la materia, del espanto, de la miseria, y traspuso el umbral de la vida etérea, mayestática dentro de su luz y su gloria. Y al día siguiente fue encontrado así, dormido, sonriente, feliz, pero frío, muerto... Con la boca entreabierta en una mueca sonriente y las manos pendiendo flojas a ambos lados de la cama. ¡Así había muerto! Y quizá en medio de su sonrisa hubiera podido leerse que estaba feliz, que se sentiría tal vez en otros lugares, satisfecho de haberse liberado al fin de aquel amor. Tal vez un instante antes de morir, como una ráfaga, habría pasado por su mente como proyectada en una cinta toda su historia de amor con Magdalena; y quién sabe si, al juzgarla desde

ese plano, le pareció tan intrascendente y carente por completo de importancia que se sintió dichoso de poderse desligar de aquella influencia. Pero lo único cierto, de lo único que tuvo certeza él mismo, fue de su último pensamiento, de su último latido, concentrados en aquel instante casi como una inspiración: ¡Magdalena!

SEGUNDA PARTE

XV

Magdalena subió hasta el cuello las anchas solapas de su abrigo de piel, y se apoyó más contra la pared del puente. ¡Otra ciudad, otro ambiente, y cuánto tiempo detrás de ella! Hacía un frío intenso, tremendo, como no lo sintiera nunca en su país cálido y tropical. ¡Su patria! Al rememorarla, cuánta tristeza acudió a sus ojos. Qué lejano y perdido estaba ya para ella todo su pasado. Las aguas del río corrían abajo, muy abajo, con una lentitud desesperante. Una niebla espesa opacaba todos los contornos en forma tétrica, y las luces eléctricas luchaban por traspasar con su débil luminosidad aquel telón persistente. Su alma estaba igual que aquella niebla. Su corazón, tan lleno aparentemente de satisfacciones, estaba solitario, extremadamente solitario y frío. Sus ojos se clavaban con fijeza en el fondo del agua, y era tal su penetrante absorción que unas lágrimas ardientes escocían de pronto sus pupilas. Parpadeó varias veces para calmar esa sensación desagradable y se

puso a evocar... Desde la muerte de Juan Ignacio, todo había sucedido tan precipitado para ella. Aún recordaba con exagerada nitidez el día que entró al estudio de Juan Ignacio con el exclusivo propósito de llevarse el cuadro que él pintara, y allí había encontrado en el suelo el bosquejo de aquellos ojos que él creara unas horas antes de morir, y que ahora conservaba doblados y arrugados en el fondo de su cartera. Y a su memoria escapaban tantas cosas que pasaron desde entonces: la muerte repentina de su abuela, la conclusión de la carrera de Armando, el logro de su máxima aspiración en su carrera y, después de todo eso, el inicio de una serie de triunfos en su vida artística, hasta que abandonó su patria para venir aquí, donde todo parecía más favorable para sus fines, y donde el ambiente se parecía más a la clase de vida que siempre soñó llevar.

Y como una afirmación a ese pasado que se iba evaporando tan completamente, la imagen de Juan Ignacio ya no era más que un borroso recuerdo dentro de su memoria, a pesar de que había sufrido tanto a consecuencia de su muerte. ¡Cuatro años hacía ya! Si había pasado rápido al olvido aquel año corto de su felicidad, ¿por qué habrían de persistir esos cuatro de incertidumbre y hambres espirituales? Ya pasaría también esta época dolorosa. Sí; también ahora estaba inconforme. Era lo único de similitud que conservaba con su vida de

antes. Aún ansiaba algo que no era nada de lo que había tenido. La semana anterior había cumplido veintidós años. ¡Qué diferente este último cumpleaños de aquéllos que le celebraban tan ruidosamente! Lo había pasado ella sola, con una botella de whisky sobre la mesa...

Volvió a apretar el abrigo contra su cuerpo, y emprendió una marcha lenta. Los tacones de sus zapatos golpeaban metálicamente la calzada, pero el sonido ya no era ágil y alegre. Era un sonido de compás, de ritmo, una consecuencia lógica del choque de los zapatos contra el suelo. Al pasar bajo un farol, la luz dio en pleno rostro a la muchacha, que alzó la cabeza para ver si la niebla empezaba a ceder... Sus facciones se iluminaron al recibir el chorro de luz directamente sobre ellas. ¡Estaba bellísima! Sus rasgos seguían teniendo el mismo encanto indescifrable, su juventud seguía conservando toda su frescura; sus gestos todos habíanse perfeccionado, su personalidad madura, su talento evolucionado, sus ojos seguían siendo el mismo pozo de secreto atractivo que embrujaba y ahogaba... Pero... había una expresión diferente, nueva. Sus ojos inmensos y rasgados ahora estaban rodeados por un círculo morado, oscuro, que, si bien llenaban el fondo de ellos de una luz honda, extraña, daban a su expresión una máscara de dolor, de hastío, de disipación. No parecía que fueran sólo cuatro años los que hubieran pasado por ella,

sino no diez. Y aún en su alma la negrura de la noche no había dejado a la luz penetrar, abrir una brecha en su incógnita desesperación de niebla. Esos cuatro años, vividos al parecer con tanta intensidad, no eran nada, no le habían dejado nada que valiera la pena, fuera del pedestal de gloria en que estaba brillantemente colocado su nombre. Pero esa gloria, perseguida con tanto afán, no era todo; es más, ahora que la poseía por completo se daba cuenta que no era la felicidad que soñaba... Y, en cambio, por el otro lado, esos cuatro años le habían hecho mucho daño. Ahora, definitivamente sus ideas habían escapado por un mar abierto de libertad extrema; ahora hacía los dictados de su voluntad por ley, porque la satisfacción de sus deseos era una imperiosa necesidad, no un simple capricho, como antes. Y, además, ahora bebía. Sí, lo hacía muy a menudo, sobre todo, cuando su alma atravesaba por aquellas crisis tremendas de soledad a inconformidad, de desolación a infortunio. Pero siembre bebía sola. Por lo menos, trataba de estar sola cuando ya no debería seguir bebiendo, y, sin embargo, seguía... Su mundo nuevo se le estaba viniendo encima con proporciones aplastantes y gigantescas...

Continuó su camino absorta, sumida en sus meditaciones. Las calles estaban ya casi desiertas. Eran las tres de la madrugada. El suelo estaba mojado, pegajoso. La marcha se tornaba obligadamente lenta, pues los

zapatos se resbalaban con facilidad. A su lado, iba dejando atrás varias parejas, que ajenas a todo movimiento o vida se besaban felices; Magdalena las miraba y sonreía, al parecer con indiferencia, y, sin embargo, más que nada con envidia. Por qué no sería ella un ser vulgar... Al atravesar una calle, un auto negro, lujoso, que en ese momento cruzaba con rapidez, salpicó de barro sus piernas. El conductor frenó, y lanzando una mirada elocuente sobre ella, le dijo con una sonrisa:

—Perdón, señorita... —sus ojos permanecían clavados sobre ella, como esperando... Magdalena lo miró a su vez. La luz incierta no le permitía ver sus facciones. Sólo advirtió que era un hombre joven; más que nada, lo adivinó por su voz cálida y varonil.

—No tenga cuidado, señor... —y sacudiendo sus pies contra el suelo, continuó su camino. Aún estaba muy lejos de su casa, pero le encantaba caminar sola; así podía pensar un poco. Eran tan contados los momentos que tenía ahora para hacerlo. Sus múltiples actividades artísticas le robaban casi todo el tiempo.

¡El Viejo Mundo! Casi no lo creía, y, sin embargo, ya llevaba cuatro años viviendo en él. Había llegado a conocer la ciudad grande, populosa, perfectamente bien. Era una ciudad hermosísima, llena de encantos, de atractivos ocultos, de ese sabor clásico, incomparable, que no llegarían a poseer nunca las ciudades america-

nas, a pesar de todo su dinero. Edificios gigantescos, característicos, calles irregulares, parques, museos, manzanas disformes... Y, sobre todo, un campo ilimitado para triunfar. Pensando, pensando, iba desapareciendo poco a poco su depresión, y su juventud imperiosa se imponía para abrir paso al optimismo. Lo que más le agradaba de su vida de ahora era indudablemente el vivir sola. Ahora no dependía de nadie. Armando estudiaba en el extranjero, en goce de una beca que consiguiera gracias a la influencia de Mario Borja. ¡El doctor Borja! De repente lo recordó, y sonrió al evocar el disgusto que le ocasionaran sus palabras aquella tarde tan lejana ya. Quizá él tenía razón. En ese entonces, ella no había aprendido aún a ser mujer, y ahora cada día lo estaba olvidando más.

Al fin, desembocó en la cuadra de su casa, y en pocos minutos estuvo frente a ella. Era una enorme casa de apartamentos, donde ella tenía el suyo en el vigésimo piso. Subió por el ascensor y penetró en el amplio salón. Era un apartamento lujoso. Ganaba mucho dinero, y vivía bien. El apartamento constaba de una sala grande, amueblada con gusto y sencillez. En las paredes había unos cuantos cuadros, creaciones suyas que le gustaba contemplar siempre cuando volvía a casa. Los muebles eran muy bajos, casi al nivel del suelo y a lo largo de la pared del fondo, una jardinera con plantas exóticas daba

una nota de vida al salón. Una ventana amplia daba a la calle, con una vista fantástica sobre la luminaria de la ciudad. La parte más grande del departamento la constituía lo que ella llamaba su estudio, un salón grande, espacioso, lleno de pinturas, desordenado y revuelto. A la derecha, su dormitorio y un cuarto de baño. Al otro lado, una cocina pequeña, con una puertecita interior que daba a un patio. Una criada llegaba todas las mañanas a poner orden en el piso.

Se dirigió al cuarto, se quitó el abrigo, y lo dejó caer sobre un sillón. En la pared del fondo, sobre su cama, el cuadro que le pintara Juan Ignacio presidía majestuoso la estancia. Se dejó caer en la cama horizontalmente y encendió un cigarrillo. Lo fumó despacio, sin pensar ya en nada. ¡Las cuatro de la madrugada! A esa hora se acostaba casi todos los días. Al día siguiente tenía una entrevista con el secretario de la embajada norteamericana y debería estar allí a las tres de la tarde. Así que podría dormir varias horas. Se desvistió maquinalmente y se acostó. Ahora ya no se dormía con tanta facilidad. La soledad le pesaba en la noche más que nunca. Al fin, se quedó dormida. El reloj de la vieja catedral dio cinco campanadas, que resonaron lentas, vibrantes en la semiquietud de la ciudad.

XVI

Después de la niebla del día anterior, la tarde presentose radiante, sin calor, con una temperatura deliciosa y agradable. Impecablemente vestida, Magdalena llegó a la embajada a las tres en punto. La actividad más grande reinaba en todas las oficinas, dentro de la más estricta disciplina. Varios empleados iban y venían con papeles y documentos, pasando a su lado casi sin reparar en ella. Se dirigió a la oficina de información y dijo a la empleada:

—Buenas tardes, señorita. El señor Christopher Andrews me ha citado a esta hora.

—Sí, señorita, espere usted un momento. ¿A quién anuncio?

Magdalena sacó de su bolso una tarjeta y la entregó a la secretaria.

—Perdón, señorita. El doctor Andrews la espera. Pase usted —y saliendo de su escritorio, la precedió a través del corredor, hasta la puerta del fondo, abriéndola y cediéndole el paso. La puerta se cerró tras ella,

quedando sola de pie ante otra sala de espera, con una secretaria más.

—Buenas tardes —saludó nuevamente—. Me han informado que el doctor Andrews me espera. ¿Sería tan amable de anunciarme?

—Usted es la señorita Magdalena, ¿verdad? —al ver el gesto de afirmación de Magdalena, continuó—: Hace un momento ha preguntado por usted.

La secretaria penetró en la oficina y al poco rato salió de nuevo.

—Tenga la bondad de pasar adelante, señorita. El doctor Andrews la espera.

Magdalena traspuso el umbral de la oficina y se encontró ante el escritorio enorme del doctor Christopher Andrews. La oficina entera era enorme, alfombrada, lujosamente equipada y poseedora de una innegable sensación de confort. Sus ojos tropezaron con el hombre sentado atrás del escritorio, que se puso inmediatamente de pie.

—Buenas tardes, señorita —comenzó—. Le agradezco muchísimo que haya descuidado sus múltiples ocupaciones para acudir a esta cita. Siéntese, por favor.

Y le señalaba un sillón, en el que Magdalena se sentó, haciéndolo él frente a ella. El hombre la miraba de pies a cabeza, con discreción, pensando que la había visto antes en algún sitio... Magdalena vestía de negro, con un

traje ceñido y escotado. Su figura estilizábase inverosímilmente con el negro. Su pelo caía sobre los hombros negro, brillante, ondulado. Ya no lo usaba corto. Desde que llegara a Europa, lo había dejado crecer y le sentaba muy bien.

Mientras Christopher la estudiaba, ella a su vez examinó con atención al diplomático. Era un hombre de unos treinta años, altísimo, delgado, con el cabello de un rubio ceniciento, liso y estirado. Nariz recta, pómulos un tanto prominentes, ojos azules, enérgicos, fríos. En ese momento, su boca de labios finos se curvaba en una sonrisa. Sacó su cigarrera, ofreciendo un cigarrillo a Magdalena, y guardándosela después de tomar uno para él, se dirigió a ella. Magdalena recordaba su voz, pero no sabía de dónde...

—Señorita —le dijo—. Mi país acaba de concluir en esta ciudad una obra que iniciara hace unos meses. Probablemente habrá oído hablar de ella. Se trata de una sala de exposiciones y representaciones artísticas en el Centro de Educación Artística del Obrero. Este centro, como usted sabe, tiene por finalidad el proporcionar estudios de música, pintura, danza, etcétera, a personas cuyas condiciones económicas no pueden permitirles el lujo de pagar sus estudios en centros particulares o de otra naturaleza. Como se hacía imperiosa la necesidad de contar con una sala de exposiciones,

que a la vez fuera un lugar apropiado para conciertos, recitales, exhibiciones o representaciones teatrales, por deseo expreso de nuestro país y a través de la embajada, se emprendió esta obra, que ahora se encuentra ya concluida.

El doctor Andrews hizo una pausa como esperando algún comentario de la joven, pero, al observar que ella continuaba fumando, con sus ojos atentamente fijos en él, continuó:

—Durante varias semanas hemos planeado la organización del acto inaugural de esa sala, y hemos pensado que para esa oportunidad debemos contar con una actividad artística a la altura de la obra. Se pensó en conciertos, alguna obra teatral contemporánea, y, en fin, en tantas cosas que pudieran servir para este objeto. Pero hace unos pocos días recibimos la sugerencia de realizar una recepción, y que usted presentara una exposición de algunas de sus obras. En realidad, la idea nos ha parecido maravillosa, ya que su nombre en la actualidad goza de una fama que sería difícil de superar en estos momentos. Es por eso que me tomé la libertad de solicitarle esta entrevista, para conocer su opinión y esperar su aceptación.

Christopher Andrews se detuvo y cruzó las piernas, reclinándose en el respaldo del sillón, aguardando la respuesta de Magdalena.

—La obra de ustedes es admirable. Ya tuve la oportunidad de conocerla antes, aún en su fase de construcción, y había estado siguiendo paso a paso su marcha, si bien no esperaba ser la elegida para inaugurarla. Muchísimas gracias por su elección, y desde luego acepto encantada; pero he de advertirle que en estos momentos no poseo más de diez cuadros que verdaderamente ameriten una exhibición de este género. Creo que usted sabe que, entre mis trabajos particulares, las clases que doy en la Escuela de Artes y mis estudios superiores sobre pintura, no dispongo de mayor tiempo. ¿Cree que serían suficientes las que ya tengo preparadas?

—Por supuesto. No requerimos mayor número de obras, ¿comprende? Lo que exigimos es que sean de valor indiscutible. Por eso hemos pensado en usted.

—¿Para cuándo han programado la inauguración?

—Exactamente dentro de quince días.

—Muy bien. Creo que en ese tiempo aún podría intentar una obra nueva, aunque no se lo prometo.

—No sabe cuánto le agradezco su interés, señorita. Yo estaré comunicándome con usted para ultimar detalles, por si quiere hacer alguna sugerencia, o escoger el sitio en que deban colocarse sus cuadros. Además, necesitaré una lista de ellos para los programas.

—Hoy mismo puedo empezar a escogerlos y le enviaré la lista en unos cuantos días.

—De acuerdo —hizo una pausa y después, sonriéndole, le dijo con voz un poco más cordial—: ¿Sabe que me ha sorprendido usted?

—¿Sí? ¿Por qué?

—Pues, francamente, dada la aureola de fama de que está rodeada, no creí encontrar una mujer tan joven. Además, me la imaginaba más..., más... ¿Cómo le dijera?

—Más vieja, ¿no es eso? Usted mismo lo ha dicho antes.

—No, no es eso. Menos bella, ¿sabe?

—Eso es cuestión de apreciaciones —rio—. La belleza es una de las cosas más difíciles de determinar, y así, lo que a unos les parece bello, a otros tal vez ni siquiera los conmueve.

—Eso será en cuanto a la belleza que usted espera encontrar para reproducirla, o bien la belleza que llegue a imaginar para crearla. Pero la belleza de una mujer es indiscutible, innegable, y creo que todo el mundo la sabe apreciar en su única expresión.

—Sí. Es posible que en eso tenga razón.

—Y en que es usted bella también la tengo. ¿Qué edad tiene usted?

—¿Por qué me lo pregunta?

—¿Le molesta? No creo que en su juventud le parezca atrevida esa pregunta. ¿O también a usted le gusta ocultar su edad?

Magdalena rio francamente divertida. ¿Dónde había oído ella antes esa voz?

—No, claro que no. Tengo veintidós años.

—¿Veintidós? No se burle. Claro que es joven, pero no creo que sea tanto.

—Pues sí, doctor. Esa edad tengo. ¿Le enseño mis documentos?

—Vea que a mí tiene que decirme sólo la verdad. Necesito todos sus datos biográficos, ¿sabe?

—¡Claro! Por eso se los enviaré junto con la lista de mis cuadros.

Magdalena se puso de pie, disponiéndose a poner fin a la entrevista.

—Bien, doctor Andrews. Entonces estamos de acuerdo en todo. Ya hablaremos después, y cuente conmigo para cualquier cosa. Y una vez más, muchas gracias, que, a pesar de mi fama, aún necesito mucho campo para actuar.

—Magdalena, encantado de haberla conocido. Será un placer conocerla más a fondo. Y mil gracias a usted por su magnífica colaboración.

La acompañó hasta la puerta del ascensor, y regresó a su despacho.

Christopher Andrews tenía veintinueve años, hijo de padres norteamericanos, estudiaba la carrera diplomática en Londres, y desde hacía unos años iniciaba

sus labores con cargos representativos. Había subido muy rápido en su carrera. Desde sus estudios, perfilóse como un valor para la diplomacia, suscitando un cúmulo de envidias entre sus compañeros. Aun los viejos diplomáticos, ya en pleno ejercicio de su carrera, tenían una incomprensible aversión a él, tal vez por su carácter recto e indeclinable, que lo hacía trabajar dentro de las más estrictas normas de la honorabilidad y la decencia. Él sabía de esas envidias, sabía de dónde venían y en quiénes podía confiar. Y le tenían sin cuidado todas las maquinaciones que constantemente hacían contra él. Su prestigio estaba creado, su futuro era brillante, y comprendía que esas constantes aunque pequeñas dificultades, que tenía con sus colegas, lo ayudaban a subir más y más, ya que, a la vez que lo estimulaban, haría pensar a sus superiores que, en realidad, si tanto lo tomaban en cuenta, sería porque tanto valía. Su exagerado amor propio lo hacía girar siempre en el círculo de sí mismo, del que raras veces se saliera para concentrar su atención en alguien o algo ajeno a su vida o su trabajo. Él amaba su carrera, y estaba dedicado a ella tan de lleno que no se había preguntado a sí mismo si en realidad con lo que tenía bastaba.

—¡Magdalena, preciosa muchacha! —se dijo—. ¿Dónde la he visto antes? Estoy seguro de que no la conocía, pero me recuerda haberla visto no hace mucho...

¿Dónde, dónde la vi? Va a ser encantador tratar con ella. Debe ser una mujer muy inteligente. ¡Y qué hermosa es! Tiene un par de ojos como dos abismos. ¿Qué hará en Europa ella sola, tan joven? Ya tendré tiempo de averiguarlo.

Y sin pensar más en Magdalena, se sentó en su escritorio, y se dispuso a trabajar. Largo tiempo estuvo escribiendo, haciendo proyectos. Su capacidad de trabajo aumentaba cada vez más. Largas horas permaneció encerrado en su oficina, yendo del escritorio a sus archivos, consultando programas, y dedicado a un sinfín de actividades que a él agradaban. Su trabajo le absorbía su vida entera. No tenía ningún otro objetivo que ¡trabajar, trabajar! Ahora, planeaba la inauguración próxima, y debería salir lucidísima, brillante, tanto por el prestigio de su país como por crear un marco adecuado a la bellísima mujer que sería el centro de atracción de la reunión.

XVII

Y queriendo dar todo el realce que se merecía la inauguración de esta sala, la presencia de nuestra joven pintora latinoamericana ha dado un tinte de gloria y prestigio a la ocasión, encontrándonos maravillados ante sus magníficas producciones, que ponen muy de manifiesto ante nosotros la indiscutible calidad de su arte y su talento...”.

La voz sonaba en los oídos de Magdalena monótona y aburrida. El director del Centro tomó la palabra después del embajador de los Estados Unidos para presentar a la concurrencia a Magdalena y sus obras. Casi la totalidad de los representantes del cuerpo diplomático se hallaban presentes. Además, las más notorias personalidades en el mundo del arte, periodistas, fotógrafos y la alta sociedad de la ciudad.

Magdalena era el centro en el que convergían invariables miradas de todos los presentes. Los viejos la miraban con ternura y admiración ante su extremada juventud. Los hombres jóvenes, con una admiración diferente, ya que gustosos hubieran perdonado que

artísticamente no valiera nada, siendo como era, tan bella, tan atractiva... Las mujeres hacían resaltar entre bulliciosos comentarios sus obras, como queriendo demostrar que sólo a ese aspecto de su personalidad concedían importancia. Entre ellas, en voz baja, admiraban su vestido y elegancia indiscutible. Pero su belleza, su maravilloso atractivo, lo callaban y sólo lo reconocían en el fondo de sus almas... Magdalena, de pie en el centro del salón, con un cigarrillo en los dedos, sonreía a todo el mundo. Christopher Andrews se constituyó en su pareja y con ella recorrió todo el salón, deteniéndose frente a uno de los cuadros de Magdalena.

Vacío

Leyó en la tarjeta colocada debajo.

—¿Por qué le ha puesto así?

—En realidad, si no lo puede ver usted, no se lo puedo explicar.

—Sí, en realidad, a pesar del colorido tan maravillosamente logrado, y dejando a un lado el contenido visual de la obra, por encima de la gama rica de los colores denota una soledad y un vacío extremados. Esos ojos de la parte superior del cuadro, ¿son los suyos, Magdalena?

—Sí... y no. Fueron los míos en una época, pero están copiados. Me los dio una persona que en un tiempo los pintó copiándolos de los míos.

—¿Un pintor? ¿Era algo suyo?

—Fue mi maestro. A él le debo lo que soy ahora.

—Eso es exageración. A él le deberá una parte. ¿Se quedó en su patria?

—Se quedó una parte de él. Ha muerto —y en su voz tremoló por un instante una nota de honda tristeza, que no pasó desapercibida a Christopher Andrews.

Continuaron su recorrido contemplando los cuadros. El director del Centro se acercó a ella.

—Señorita —dijo tomándole una mano y llevándosela a los labios—, su colaboración ha sido verdaderamente inapreciable. Hay allí un señor que está muy interesado en adquirir una de sus obras.

—¿Sí? ¿Quién es él?

—Es el pintor Maurice Lacroix.

—¿Pintor? Me gustaría conocerlo.

—Él me ha pedido ser presentado a usted. Ahora lo llamaré.

El director se alejó, volviendo al poco rato acompañado de un hombre. Magdalena lo observó y con una mirada rápida, experta, apreció de un golpe la presencia del pintor. Era un hombre de poco más de treinta años, de tez pálida, cabellos negros, rostro anguloso y ojos

profundos, negros. Lucía con gran soltura el traje de etiqueta, que lo hacía parecer aún más pálido. Su boca sensual, viciosa, caía indolentemente hacia abajo, por el peso de su labio inferior, que era muy grande en comparación al superior.

—Es un verdadero honor para mí conocerla, señorita. Sus obras me han impresionado muchísimo. ¿Sería posible para mí adquirir una?

—¿Para qué la quiere?

—Pues... para tenerla conmigo. Porque vale la pena, en verdad.

—¿Cuál es la que le interesa?

—*Exaltación*.

—¡Ah!... ¿Ésa? Es una de mis favoritas. Le tengo un gran cariño. Es mi hija mayor, ¿sabe?

—Entonces... ¿No? Pagaría por ella lo que quisiera.

—Es suya. Con una condición. Se la cambio por una de usted.

—¿Cómo?...

—Sí. ¿Por qué le sorprende?

—¿Pero... así, sin venderla?

—¿No se da cuenta que se la estoy vendiendo a un precio más elevado que otro cualquiera? Yo no voy a perder nada. Es más, voy a ganar una nueva.

—Está bien. Por mi parte, encantado. Nunca soñé lograr una de sus obras tan fácilmente.

—¿Fácilmente? Los dos estamos arriesgando mucho. ¿No ve que, entre pintores, en general, entre dos de la misma profesión, se destrazan unos a otros en forma implacable? Toda la perfección de *Exaltación* quedará barrida cuando pase por el examen crítico y severo de su observación solitaria.

Maurice Lacroix rio.

—Qué bien nos conoce, ¿eh? Pues entonces, la mía no va a ser nada comparada con su crítica.

—Que no le quepa duda. Y le advierto que, en medio de mi ignorancia, seré implacable, todo lo implacable que me lo permitan mis conocimientos.

—Entonces, ¿me llevo el cuadro hoy?

—No, hombre. Cuando tenga en mi poder el suyo, le mando el mío.

Y sacando de su bolsa una tarjeta con su nombre, escribió con letras grandes, separadas:

VENDIDO

Y la colocó en el marco del cuadro ofrecido.

—Gracias. ¿Cuándo escogerá el mío que desea para usted?

—Mañana, de las seis de la tarde en adelante, tengo tiempo.

—¿Dónde puedo recogerla?

—Anóteme la dirección. Yo iré.

La reunión estaba en su apogeo. Los camareros se multiplicaban para servir a todo el mundo. Magdalena bebía copiosamente. El doctor Andrews, parado a su lado, la observaba vaciar un vaso y tomar otro casi al instante. Sus ojos iban adquiriendo un brillo diferente, sin que sus gestos, movimientos o el tono de su voz alteráranse en lo más mínimo. Al principio, Christopher pensó que estaría muy contenta por esa exhibición de sus obras, ya que, a pesar de no necesitar ningún empuje dentro de su fama, su juventud la haría entusiasmarse por esta nueva oportunidad, a la par que halagaría su orgullo y su vanidad. Sin embargo, cuando ya tenía una larga hora de estarla observando que bebía, que reía sin descanso, que bromeaba y comentaba con ingenio y gracia, empezó a pensar que debería estar bastante habituada a beber para hacerlo con tal continuidad y en tales cantidades. ¿Por qué lo hacía? ¿Qué estaba tratando de matar en el fondo de su alma, que así lo ahogaba con esas cantidades de alcohol? El contraste que Magdalena significaba con el tipo de mujer que su rectitud y su decoro intachables admiraban, le hizo reaccionar violentamente de la especie de fascinación que lo empujaba a ella, y, en el fondo de su ser, sintió una repugnancia sorda, implacable... En su imaginación la veía borracha, perdida toda su elegancia y distinción, abandonada a las múltiples

reacciones que producía el alcohol. Y en esa naturaleza joven, bella, solitaria, ¿qué efectos causaría? La personalidad novelesca que creara a Magdalena en sus pensamientos se le estaba viniendo abajo.

—Qué tonto he sido —pensaba—. ¿Cómo no imaginé que en este ambiente y con su profesión es lógico que lleve esa clase de vida que yo detesto? Y con mayor razón viviendo sola. Pero... ¿por qué lo hará? En medio de todo, nada pierdo con tratar de averiguarlo. La emborracharé después de la recepción. Bien puedo hacerlo. Aquí sería de mal gusto, claro, pero en mi casa, por ejemplo...

—¡Al fin me dejan un rato sola! —la voz de Magdalena lo sacó de su abstracción. Con mirada atenta, la observó: ni un solo cabello fuera de su lugar; ni un pliegue de más en su vestido negro, escotadísimo; ni un ademán fuera de lo correcto...

—¿Muy cansada?

—¿Cansada? No. Aquí, entre nosotros, esta gente que tanto habla de pintura no sabe nada de nada. He oído cada cosa...

—¿No le gustaría bailar un rato después?

—Me encantaría. Adoro el baile, sobre todo, con alguien que lo haga bien. ¿Qué tal baila usted?

—Pues... No del todo mal.

En realidad, bailaba muy bien. Magníficamente bien. A Magdalena le parecía que nunca antes había bailado

tanto ni tan alegre. Los brazos del doctor Andrews la estrechaban fuertes, sin fingimientos, sin pretender un acercamiento fuera de lo corriente. Sólo la mano que posaba sobre su espalda desnuda a veces presionábala un poco más fuerte, para ceder casi de inmediato la presión. Bebieron ambos casi todo el resto de la noche. En los oídos de Christopher la música empezaba a sonar más alegre; ya se había olvidado por completo que quería averiguar por qué bebía la muchacha. Sólo quería seguir bailando, seguir sintiéndola cerca, muy cerca, hacerla dar vueltas con su rostro muy junto al suyo, para que, al girar, el pelo de ella azotara sus mejillas y le llegara ese olor a limpio que desprendía.

—Me estoy emborrachando —pensaba—. Si no, no me gustaría tanto esta mujer, que es del tipo exacto de las mujeres que yo más desprecio. ¡Y yo que pensaba emborracharla a ella! —y en voz alta, agregó:

—¿Todavía no la ha mareado tanto whisky, Magdalena?

—No. ¿No se ha dado cuenta que usted ya se tomó tres sin que yo le hiciera compañía?

—¿Sí? No me había fijado. ¿Por qué lo hizo?

—Porque uno de los dos tenía que estar sereno. ¿No cree? Y estaba usted tan alegre que quise cederle el lugar en la borrachera. Otro día me tocará a mí.

Christopher se echó a reír.

—¡Me he dejado burlar de usted completamente! —le dijo—. ¡Yo que estaba planeando llevarla a su casa en brazos, y resulta que, si me descuido un poco, me hubiera llevado usted!

Su mano tomó una de las de ella a través de la mesa y, llevándola a sus labios, la besó en la palma.

Magdalena sonríole a través de una larga mirada de ternura. ¡Era tan interesante el tipo de aquel hombre!

Christopher pagó la cuenta y salieron. La llevó a su casa en el auto, y la acompañó hasta la puerta de su apartamento.

—Buenas noches, Magdalena.

—Buenos días, querrá decir.

—Sí; en realidad, ya son buenos días. Una noche de éstas la llamaré por teléfono y repetiremos esta fiesta.

—Encantada. Adiós.

Le alargó la mano que él estrechó entre las suyas, y penetró en su casa. Ya dentro, se puso a pensar en él. “Qué cosa extraña —se dijo—. Es el primer hombre que no trata de besarme o enamorarme. En realidad, no tiene nada de extraño pero, como no me ha sucedido antes, me llama la atención”. Y en el fondo de su ser, tan hastiado de halagos e insinuaciones, le agradó más que nunca la conducta del joven diplomático. Su recia personalidad, viril y enérgica, la impresionó harto favorablemente. ¿Cuándo volvería a tener la oportunidad

de estar con él? Ya no quiso seguir pensando en ello, y maquinalmente apagó las luces de toda la pieza. Había sido en realidad una noche muy agradable y llena de sorpresas. ¡Y qué bien bailaba el doctor Andrews!

XVIII

Desde el día de la inauguración, Magdalena estableció contacto con Andrews. Al día siguiente recibió una nota estrictamente oficial, en la que se le invitaba a tomar parte en el ciclo de conferencias sobre arte organizado por la embajada de los Estados Unidos. La elaboración de los temas y discusiones debería llevarse a cabo en el edificio de la embajada y Magdalena debería acudir todos los días de las seis de la tarde en adelante para este objeto. Aceptó y comenzó a trabajar con Christopher, con sus secretarias y todo el personal bajo las órdenes de él. Y fue entonces que tuvo oportunidad de observar al doctor Andrews a través de su trabajo. Se sumía por completo en él, ignorando cuanto acontecía a su alrededor. Daba órdenes, y sus secretarias las ejecutaban al instante. Todo el personal bajo su dirección mantenía ocupado constantemente, impulsado por la corriente de dinamismo que se desprendía de él. Entre sus empleados, había varios que abiertamente no congeniaban con él... A las claras se les notaba la aversión que le tenían y la ira que les causaba tener que acatar

sus órdenes. Andrews parecía ignorar estas antipatías y, concentrado en su trabajo, no reparaba ni siquiera en Magdalena, que era una invitada de honor entre sus empleados.

Poco a poco, Magdalena fue aquilatando todo el valor de aquel hombre, y una gran admiración por él fue naciendo en el fondo de su alma, admiración que, sumada a su propia sorpresa al confesársela a sí misma, crecía y crecía. Después, casi sin darse cuenta, empezó a buscarlo cuando escuchaba su voz, a desear su proximidad, y fue feliz de trabajar con él, de sentir su voz cálida dando todas aquellas órdenes que de vez en cuando la alcanzaban a ella misma. Y empezó a temer el analizar esa sensación, hasta que un día no quiso engañarse más, y se dio cuenta que se había enamorado de él. Sí; con un amor nuevo, diferente. Ella, que siempre habíase dejado amar por varios hombres a la vez, se aferraba a la idea de quererlo, con el propósito de amarlo solo a él. Y ella, que había exigido el máximo de amor de quienes la amaban, no sería capaz de exigirle a él lo mismo, y, en cambio, sentiríase feliz de poderlo amar con toda su alma, sin pedirle nada más que aquella mirada llena de ternura, que parecía ser patrimonio eterno de sus ojos.

Y entonces comenzó a pensar si él la amaba, si le agradaba sentirla cerca. Y se dio cuenta que, a pesar de no conocerlo antes, lo había amado siempre, cuando

era amante de Juan Ignacio, cuando buscaba sin cesar algo que no podía definir. Y entonces supo que ese amor era lo que esperaba, que ese sentimiento, personificado ahora en Christopher Andrews, había sido el ideal de sus aspiraciones. Y agradeció a su destino que, aunque tarde, lo hubiera encontrado. Y deseó que ese amor, así como lo sentía en ese instante, fuera en realidad todo el tiempo. Que no cambiara en ella misma; que no pretendiera evolucionar tanto, que convergiera tarde o temprano nuevamente en aquella incertidumbre y confusión de sentimientos. Y se dedicó por completo a ser feliz con su presencia, a desear sus besos, que tal vez no tendría nunca.

Christopher Andrews sentíase molesto con la presencia de Magdalena en su oficina, no obstante que se encontraba allí porque él la había invitado. Le daba cólera notar cuánta falta le hacía verla, y su cólera aumentaba cuando la veía llegar sonriente, elegante, bellísima. ¿Por qué le gustaba tanto aquella mujer? Y se daba cuenta que a pesar de gustarle tanto, no se le acercaría nunca, porque a la par que la admiraba por su talento y su belleza, a la par que la admiraba porque su cuerpo lo atraía como un maleficio, la despreciaba por lo que creía adivinar de su vida en el gesto de hastío de su boca; en la cansada expresión de sus ojos que miraban con frialdad, con vicio, y a veces, muy raras veces, con

una ternura tibia, húmeda, acariciante... Christopher pensaba en ella todo el día. Si la tenía cerca, porque no podía dejar de verla. Si estaba ausente, porque su imagen no se borraba tan fácilmente y su perfume persistía en los sentidos sin evaporarse... Le empezó a temer, y al mismo tiempo comenzó a amarla con un amor fiero, rabioso, colérico contra sí mismo, y, al contrario de ella, que pensaba concentrar toda su mente a la idea de quererlo, él luchaba cada minuto de su vida por destruir aquel amor. Y mientras más luchaba, la amaba cada vez más. Y mientras más quería renunciar a ella, más se aferraba en su alma aquel sentimiento nuevo. Y comenzó a vivir en un infierno creado por sus propias dudas y restricciones. Amaba, con deseos de no haberlo hecho nunca; sin haber tenido el menor contacto, deseaba ya no haberla conocido. Y Magdalena, por el contrario, vivía feliz con la sola idea de que lo amaba, y en el fondo de su corazón alimentaba cada día más y más aquel sentimiento, porque para ella era una imperiosa necesidad el revelarse completamente a sí misma que amaba. Más que amar, admiraba. Y ese era el aspecto de su amor que la hacía convencerse de su realidad indiscutible. Ella, que sólo había conocido la autoadmiraación, se volcaba ahora en él para admirarlo: admiraba su carácter, su rectitud, su inteligencia, admiraba su físico, su ternura, su mirada de indefinible dulzura... Y empe-

zaron a vivir ambos dentro de un vértigo de amor, que los dos se empeñaban en ocultar por diversas razones, y que, por eso, pasaba desapercibido a ellos mismos, y era percatado claramente por las personas que los rodeaban. “¿Esos dos? —decíanse en voz baja—. Se aman. Sólo un loco no se daría cuenta”. Y Magdalena decía en su interior:

—Dios mío, ¿me amaré algún día?

Y Christopher en el fondo de su alma suplicaba:

—¡Señor, que ella no me ame nunca!

Hasta ese día pudo ir al estudio de Maurice Lacroix. Entre su nuevo trabajo en la Embajada y sus acostumbradas ocupaciones, había olvidado por completo que tenía un compromiso adquirido con el pintor. Llegó a la casa de él a las seis de la tarde. Llovía, y el cielo presagiaba horas más de lluvia. Había avisado a la embajada que ese día no llegaría, ya que, al recordar su cita con Lacroix, había parecido imprescindible ir cuanto antes. Se apeó del taxi que la llevó hasta allí, y llamó a la puerta.

La casa era una especie de pensionado para artistas. Magdalena penetró en el vestíbulo oscuro, lóbrego, y atravesándolo llegó a una especie de sala, que podía ser museo, casa de oración, templo de meditaciones y manicomio. Era un salón enorme. En el fondo, un viejo piano de cola, donde, reclinado, un joven de lentes es-

cribía incesante y rápidamente. Junto a la puerta, en el suelo, dos muchachas jugaban damas y mascaban chicle. Un joven de cabellos rojizos caídos sobre la frente estaba sentado en un cojín, quieto, con la mirada fija en las jugadoras. Y en el fondo, junto a la ventana que daba al exterior, un muchacho corpulento, con mirada de imbécil, tocaba melancólico un violín que sonaba maravillosamente bien. El resto de la habitación estaba lleno de figuras, cuadros de pinturas modernistas, jarrones, alfombras colgadas de las paredes, trofeos, y muchos objetos más. Magdalena iba a saludar, pero dióse cuenta que ninguno había reparado en ella. Así que como ya sabía que el estudio de Lacroix estaba en el interior de la casa, atravesó entre toda la gente. Se despojó de la amplia chaqueta que cubría medio cuerpo, y con ella bajo el brazo cruzó el pasillo oscurísimo, que seguía al cuarto aquel, y llamó a la puerta del pintor.

—¡Magdalena, informal! ¿Cómo está? Ya creía que no vendría nunca.

—No había podido venir antes. Pero al fin aquí estoy para escoger a mi gusto el sustituto de *Exaltación*.

—Pase. ¿Quiere tomar algo?

—Si, gracias. Whisky, si tiene.

—Maurice preparó dos tragos, alargándole a Magdalena el suyo. La muchacha vestía pantalones negros, blusa del mismo color y calzaba zapatos bajos. Su pelo

caía suave, húmedo, sobre sus hombros. Dejó sobre un sofá el cuadro que había llevado, y curioseó alrededor de todo el cuarto. Maurice se abalanzó sobre el cuadro y lo estudió por todas direcciones.

—¡A esta hora es aún más bello! Qué colorido más perfectamente logrado. El alma del cuadro, lo que yo llamo el alma de una obra está un poco velada, como si a propósito la estuviera ocultando. ¿Por qué?...

—Sabía que sólo usted sería capaz de darse cuenta de eso. Y no sé por qué. Es condición sin excepción de todas mis obras. No sé por qué será así. Todas son una demostración palpable de lo que he querido expresar en ellas, pero todas ocultan más de lo que enseñan.

—Sería interesante estudiar eso juntos, ¿no cree?

—Verdaderamente. Pero... ¿valdrá la pena?

—¡Claro! Supóngase que ahora pinta usted de esta manera, y de pronto comienza a crear en otra forma. ¿Y qué sabe si va a ser aquélla mejor, mil veces mejor que ésta? Además, éstas son creaciones suyas. Me gustaría ver alguna copia del natural, para compararlas.

—Tengo algunas, pero últimamente casi sólo me he dedicado a creaciones. ¡Hace tanto tiempo ya que estuve por completo dedicada a copiar del natural! Tuve muy buenas copias, pero casi todas las dejé en América. Bueno... Ahora muéstreme sus obras, que ha llegado el momento de escoger la mía.

Maurice fue sacando lienzo tras lienzo, que colocaba en una mesita, uno sobre otro. Magdalena los miraba rápidamente, sin detener la mano del muchacho. De pronto, puso su mano sobre un lienzo y lo apartó de los demás. Lo detuvo y, sin verlo, continuó observando los que Maurice le seguía mostrando. Tenía una cantidad enorme. Al finalizar, Magdalena se volvió a él.

—Soberbios. Todos son maravillosos, pero muy fríos. O mienten, o bien son muy impersonales. ¿Qué, no les tiene cariño?

—Los amo, pero así son ellos. Así nacieron, como los suyos, que teniendo tanta alma la esconden. ¿Cuál escogió?

—Éste. Le dolerá deshacerse de él. Es indudablemente el mejor —Maurice sonrió cuando Magdalena le enseñó el cuadro.

—Lo sabía —le dijo—. Si yo escogí *Exaltación*, usted tenía que escoger éste.

Magdalena lo apartó de ella para contemplarlo a sus anchas. Representaba una mujer completamente desnuda, con el cuerpo vuelto un poco hacia atrás, girado hacia un lado, como buscando ocultarse. La cara miraba completamente a un lado, lo que se adivinaba por las líneas del cuello, ya que el cabello cubría por completo todas las facciones. Era un cabello rubio, ceniciento, liso y no muy largo. Las manos elevábanse frente a la cara

en un gesto de patético dolor. El fondo del cuadro era luminoso, irradiando todo a él una claridad que prestaba al cuerpo escultural una aureola de timidez, como si avergonzarse de aquella desnudez, y el rostro cubierto por el cabello fuera lo único que se salvara de aquella impudicia. Las piernas estaban abiertas en un semiángulo; los pechos erguíanse majestuosos y casi parecían elevarse al influjo de la respiración. La vitalidad entera del cuadro era de una realidad asombrosa.

—Éste sí tiene calor y vida, verdaderamente —díjole Magdalena—. ¿Cómo se llama?

—No tiene nombre. Yo nunca bautizo mis obras. Sólo las enumero.

—La colocaré en mi cuarto, junto a un desnudo que yo tengo.

—¿Obra suya?

—No. Me la hicieron a mí hace años.

—¿Años?...

—Sí; cuatro aproximadamente. Es una obra bellísima. Cuando quiera la vemos juntos. La maestría de la obra entera denota una superioridad que creo aún nos falta mucho a ambos.

—¿De quién es la obra?

—De mi maestro en América. Juan Ignacio Marín. Murió hace casi cuatro años.

—¿Era joven?

—Tenía 34 años cuando murió.

—Dios mío, pobre hombre. ¿De qué murió?

—¡Quién sabe!

En la voz de Magdalena volvió a tremolar la misma tristeza que la acompañaba cuando hablaba de él. Su corazón aún recordaba de vez en cuando aquel idilio. Pusiéronse a conversar de multitud de cosas. Ambos comentaban su trabajo, discutían sus técnicas y conocimientos, y después entraron a hablar del ciclo de conferencias en el que Magdalena trabajaba en la embajada. Maurice notó la tendencia casi imperceptible en ella de hablar constantemente de Christopher. La naturalidad con que lo nombraba hacía que pasara desapercibida la continuidad con que lo hacía, pero cierta expresión de sus ojos al mencionarlo, la cual brilló en ellos siempre que lo hizo, despertó una curiosidad morbosa en Maurice. ¿Qué había entre ellos? ¿Por qué Magdalena había concedido tanta importancia a unas conferencias que, si bien eran hartamente interesantes, no encajaban con la rama del arte que Magdalena practicaba? En fin, después de pensarlo, llegó a la conclusión que no le importaba absolutamente nada lo que aquellos seres hicieran de sus vidas. Magdalena se despidió, y quedaron en que Maurice la recogería al día siguiente en la embajada para visitar el estudio de la joven y conocer sus obras.

XIX

El ciclo de conferencias estaba programado para la semana siguiente, así que Magdalena ya no iría más que unos pocos días a la embajada. Se sentía enormemente triste de dejar aquel trabajo, pero al mismo tiempo se alegraba. Aquel amor estaba adquiriendo proporciones obsesivas, y quería a toda costa poner tierra de por medio entre ella y el doctor Andrews. ¿Qué se sacaba con alimentar aquel extraño sentimiento?... Había llegado a esta conclusión cuando se dio cuenta que él no intentaría nunca una aproximación. Así que, contra sus primeros propósitos, trataría de ya no pensar en ello o, al menos, procuraría pensar en él cuando esporádicamente viniera a su memoria. Sabía que no podría, porque era lo que había estado esperando. Y sentía un imperioso deseo de amarlo con todo el renunciamiento de que fuera capaz, a pesar de que nunca había renunciado a nada en su vida. A propósito, inició una amistad íntima con Maurice Lacroix.

A todas partes iban juntos. Se les veía en conciertos, en el teatro, en cabarés. Quiso conocer de cerca a los compañeros de pensión de Maurice, y así, comenzó una vida alo-

cada con las amistades más extrañas que había tenido en su vida. Sin embargo, la personalidad del grupo en general, sin particularizar, encajaba con la compleja y extraña amalgama de las reacciones y facetas que constituían su carácter.

El joven escritor de cabellos revueltos y lentes gruesos como fondos de botella se llamaba Jean Paul Baudin. Escribía una obra que se desenvolvía en un ambiente existencialista. Hablaba todo el tiempo del triunfo que alcanzaría cuando publicara su novela, y decía tener un miedo horrible al día en que, copiada en limpio, la diera para su publicación. Encariñose con Magdalena como un perro con su amo.

—¡Cómo no te conocí antes! —le decía—. Hubieras sido la protagonista de mi obra. Ahora ya no puedo destruir a la que hice, porque... ¡Pobrecilla! Me da tanta lástima. Es tan buena e inocente.

Magdalena reía todas las ocurrencias de este muchacho. Le encantaba ese grupo de amistades de Maurice, porque todos eran inteligentes, bohemios y alegres. El violinista con cara de imbécil era un alemán desterrado. Se llamaba Karl Krausse, y no hablaba de otra cosa que del día en que pudiera regresar a su patria. Había dos muchachas llamadas Ivonne y Annie, que asistían a la escuela de danza en la tarde, dormían toda la mañana y por la noche andaban de juerga con todo el grupo. Y estaba también El Poeta, como lo llamaban todos. En realidad, nadie

sabía su verdadero nombre. Se presentó un día cualquiera pidiendo un cuarto donde poder dormir, y como su personalidad encajaba muy bien con los otros habitantes de aquella casa, se quedó allí sin más comentarios. El Poeta era un muchacho muy joven, extremadamente delgado, con aspecto de tuberculoso. Siempre estaba tosiendo, sus ojos brillaban febriles y todos sus movimientos eran ágiles y nerviosos. Todas las noches Magdalena se reunía con ellos en un bar llamado Los Tres Gallos, situado en el barrio de la casa de pensión. Era una taberna localizada en el sótano de la casa. Las escaleras para bajar eran viejísimas y oscuras. No tenía ningún decorado especial. Sólo en las paredes había unas pinturas que representaban batallas y danzas estilizadas; mujeres semidesnudas y otras cosas por el estilo. Lámparas en las paredes daban una luz roja que iluminaba a medias todo el bar. Siempre era visitado por la misma gente. Allí todo el mundo se saludaba; se reía, se bailaba, se hablaba de arte, y, a veces, se reñía.

Esa noche llegaron como de costumbre todos juntos, sentáronse en la mesa grande que tenían para ellos. Magdalena se les reunió al poco tiempo. Ella siempre llegaba sola. Cuando se sentó a la mesa, ya se había comenzado a beber. Había una botella de whisky sobre la mesa. A veces una misma botella les alcanzaba para dos noches, y entonces la dejaban guardada en el bar para pedirla al día siguiente. Todo lo que consumían era pagado en

partes iguales por todos, menos por El Poeta, que nunca tenía un centavo. A él solía pagarle Magdalena su parte.

—Vaya, viniste temprano —le dijo Maurice al verla llegar.

—Sí. Hoy estuve libre antes de tiempo.

—¿Cómo va esa vida?

—Así, así... No la paso muy bien, pero ya no se puede hacer más.

—Oye, Magdalena —le dijo El Poeta—, ¿quieres oír mi último verso? Precisamente lo terminaba cuando tú llegaste.

—¡No vayas a empezar a aburrirnos, por favor! —saltó rápidamente Annie. Era una muchacha pelirroja, de cara graciosa. Tenía veinticinco años, pero aparentaba dieciocho o veinte. Era delgada y frágil, y siempre estaba peleando con El Poeta.

—Déjalo, por Dios, Annie —díjole Ivonne—. No te está haciendo ningún daño.

El Poeta lanzole una mirada de agradecimiento y comenzó a leer el verso en voz alta. Magdalena lo escuchaba atentamente.

¡Le daba tanta lástima ese muchacho! No sabía por qué, pero le inspiraba una ternura casi maternal.

—En la niebla sombría que descende sobre la oscuridad del pensamiento, mis ojos vagan con pavor de infierno... —comenzó a decir con voz dulce.

Annie se levantó dirigiéndose al estrado donde los músicos descansaban y habló en voz baja con uno de ellos. Casi al instante, un jazz principió, vibrante, y la voz de El Poeta fue ahogada por el estrépito de las trompetas y baterías. Annie bailaba en la pista con un hombre que no pertenecía a su grupo. Magdalena puso su mano sobre el brazo de El Poeta.

—No te apenes por tan poca cosa —le dijo—. Anda, mañana me lo leerás a mí sola.

El Poeta la miraba embelesado y sonreía.

—Sí, Magdalena. No te preocupes por mí.

—¿Quieres otro trago, Magdalena? —le preguntó Jean Paul—. No te he visto tomar casi nada.

—Las conferencias me dejaron muy cansada. Afortunadamente terminaron hoy. ¡Tanto que trabajamos para organizarlas, y en un rato se terminaron!

—Por eso, toma más para que descanses bien. Magdalena se sirvió casi medio vaso de whisky y lo bebió por sorbos. Un calorcillo agradable la iba invadiendo. Y de pronto, su corazón dio un brinco, sus piernas temblaron durante un segundo y la sangre pareció detenerse un instante en sus venas...

¡¿Christopher en aquel lugar?! ¿Qué hacía allí? ¿O sería una alucinación de su mente?... No. El doctor Andrews se hallaba de pie junto a la escalera, con un cigarrillo entre los dedos. Buscaba a Magdalena con la

mirada. Sabía que ella iba allí todas las noches. Durante cerca de un mes se estuvo dominando para no ir a buscarla, y esa noche, después de la clausura de las conferencias, donde Magdalena estaba tan bella, no pudo resistirse más, y llegó allí con el único propósito de estar con ella. Cuando la vio, atravesó el salón y se dirigió a donde se encontraba todo el grupo.

—Buenas noches —saludó.

Magdalena lo presentó a sus amigos y lo invitó a sentarse con ellos. Su corazón saltaba de alegría. En ese momento, se alcanzó con plena nitidez a su mente que Christopher la amaba. Muchas veces creyó estar segura, cuando descubría cierta mirada especial en sus ojos. Y al verlo allí esa noche, ya no lo dudó. Pero ella no daría un paso para acercársele. Que actuara él. Ya ella tendría más adelante oportunidad de decirle tantas cosas... Christopher tomaba un trago en silencio. De pronto, se puso de pie y dijo a Magdalena:

—¿Quiere bailar?

Por toda respuesta Magdalena se puso de pie. Él la siguió y se dirigieron a la pista. Magdalena vestía pantalones y suéter azules. Casi siempre se vestía así para ir allí. Christopher la tomó en sus brazos y principiaron a bailar. Era una pieza suave, pero no muy lenta. Magdalena se acercó a él instintivamente y sintió cómo Christopher apretaba su cintura con fuerza y pegaba su mejilla a la de ella.

Poco a poco, todo lo que los rodeaba fue perdiendo realidad, y en unos segundos no existió ya nada más que ellos y su supuesto amor inmenso. Empezaron a platicar. Christopher le hablaba de ella misma como si la conociera de toda la vida. Y Magdalena asombrada oía cómo él le decía ciertas cosas que ni ella misma había atrevido a confesarse. Después, bailaron largo rato en silencio, hasta que Magdalena le dijo:

—¿En qué piensa?...

—En el miedo que le tengo, temo que me den unos deseos inmensos de verla más allá de los ojos, porque siento que la distancia que hay entre nosotros es un abismo, y quiero estrecharla más, más...

Magdalena no podía decir una palabra. Su corazón saltaba como un loco, su cabeza daba vueltas ¡y percibía en él la misma emoción que sentía ella! De pronto, sintió la boca ardiente del doctor Andrews sobre su cara y oyó su voz que le decía enronquecida:

—Magdalena, ¿vamos a poder resistirnos por más tiempo?...

—No sé. ¡No quiero pensar nada! Déjeme estar así, sin pensar en lo que pueda sucedernos después.

—¿Se da cuenta hasta dónde podemos llegar si continuamos este camino?...

—No. ¡No me doy cuenta de nada! ¿Por qué se adelanta?... No piense en mañana. Simplemente, espere...

Christopher la acercó más a él, hasta que sus cuerpos parecieron amalgamarse el uno con el otro, en una fusión íntegra de todas sus partículas... Magdalena temblaba y él sentíase ahogar dentro de un vértigo de deseos. ¿Por qué la desearía tanto?... ¿Qué misterioso hechizo anidaba en el fondo de aquella mujer, que, mientras más luchaba él por olvidarla, una voz enigmática, como canto de sirenas, impulsaba hasta la última gota de su sangre al encuentro de ella?... Christopher había hastiado su cuerpo de aventuras, pero sus sentimientos habían permanecido invulnerables a través de todos sus amoríos. Las mujeres que había tenido en su vida eran incontables. No recordaba a una sola que tuviera algo digno de ser immortalizado en sus recuerdos. Le había huido al matrimonio, porque detestaba los yugos que unían con lazos eternos. Además, y éste era su principal defecto, estaba sumamente pagado de sí mismo. Y con todo esto ocupando un platillo de la balanza, venía ahora Magdalena a posesionarse del otro, que se inclinaba peligrosamente de ese lado. ¿Por qué habría de enamorarse de ella en esa forma? Y precisamente de ella, a quien atribuía todas las cosas que por instinto lo repelían. Pero su mente había llegado a un punto en que ya no pensaba... Más allá del cuerpo de ella, no existía en el mundo nada, nada... Pero no era sólo su cuerpo. Tantas veces había recordado aquellas

conversaciones tranquilas, guiadas magistralmente por ella dentro de los temas que escogían. Y su voz tibia y dulce acariciaba sus oídos a solas, sintiendo una necesidad imperiosa de la presencia de Magdalena para poder seguir viviendo. Y ella le había demostrado el mismo interés. ¿Lo haría así con todos?... Por encima de su amor, él era un hombre y, como tal, debía probar a Magdalena.

La música cesó, encontráronse de pronto con que habían ido apartándose del centro de la pista hasta una de las mesas más próximas a la puerta, y que estaba vacía.

—Sentémonos un momento, Magdalena. Quiero hablarle.

Se sentaron ambos y Christopher, tomándole la mano, le preguntó:

—¿La puedo ir a dejar yo a su casa?, o ¿es necesario que se vaya con esos locos amigos suyos?

—Ni son locos, ni me voy nunca con ellos.

—Entonces, ¿se va conmigo?... ¿No ve que es necesario que la lleve yo esta noche?

—Vámonos pues. No quiero despedirme de los muchachos.

Se levantaron y salieron del brazo. Afuera, frente a la puerta, el auto de Christopher esperaba. Se subieron a él y rápido emprendió la marcha por las callejas estrechas y tortuosas de aquel barrio. El bullicio de Los Tres

Gallos iba quedando atrás. La niebla comenzaba a bajar sobre el río. Los faros del carro parecían hacer guiños entre la incierta penumbra de la madrugada. Magdalena sintió la mano de Christopher buscar la suya sobre el asiento. Sus dedos se asieron violentamente a los de él. En ese momento, desde ese instante, sus manos se besaron con un amor tierno, inmenso...

XX

Magdalena abrió los ojos. El sol entraba a chorros por la ventana. ¿Qué hora sería?... Un sabor de felicidad y dulzura empapaba en torrentes todo su cuerpo. El recuerdo de la noche anterior manteníase vívido en su memoria. ¡Había sido tan feliz!... Ojalá no fuera tan efímera esta dicha que en forma tan inesperada había llegado a ella. Sus manos acariciaban fuertemente todo su cuerpo, recorriendo uno a uno los sitios donde hacía unas horas todavía tenía los labios ardientes del doctor Andrews. ¡Sí! Había sido totalmente suya, por primera vez, en cuerpo y alma. Las sensaciones fuertes y violentas de su cuerpo habían sido anuladas por el inmenso sentir de sus reacciones subjetivas. Christopher había guiado el auto hasta el apartamento de ella, sin detenerse y sin hacerle ninguna pregunta... Y había bajado de un salto, la había ayudado a bajar, la acompañó hasta la puerta de su casa, y con los ojos le pidió entrar. Y ella simplemente hízose a un lado y le franqueó la entrada. Christopher penetró despacio, mirando a todos lados, sintiendo la presencia de Magdalena en

las alfombras, en las paredes, en los cuadros colgados en ellas... Se sentó y ella lo hizo a su lado, permaneciendo callados por un tiempo. Entre ellos, intangible, flotaba poderosa la presencia de su mutuo deseo. En el ambiente, sus sentimientos se entrelazaban y compartían el éxtasis, sin que ellos se dijeran una palabra. De pronto, sus ojos se encontraron. Magdalena vio ante ella los ojos más profundamente azules que había visto en su vida. ¡Y la miraban con amor, con fiebre, con deseo...! Y Christopher vio ante sí un par de ventanas, por donde escapaba en torrentes la promesa más loca de felicidad momentánea. Unos ojos pardos, claros como la miel, que se perdían en ellos mismos con asombrosa profundidad. Y veía entre ellos como gotas de agua que chorreaban frescura. Veía como llamas que sofocaban de calor intenso; veía una espantosa negrura de inconsciencia, y en medio de todo eso, triunfal, tiránico, el último vestigio de su resistencia, que en ese momento se desmoronaba y caía a los pies de él en vértigo prometededor de lujuria. Su deseo martilleaba en sus sienes tan fuerte como el de ella. Magdalena sentía en sus manos un calor incomprensible. Su cara ardía por todos los puntos. Su boca temblaba en emocionada espera. En su mente sólo permanecía fija, estática, la misma idea: ser suya, en ese instante, o ya no serlo nunca. Ya no podía pensar otra cosa. Cuánto tiempo imaginó imposible

este momento, que ahora debía vivirlo al máximo de intensidad, aunque fuera por muy corto tiempo...

¡Y sus cuerpos se encontraron! Los brazos de Christopher la rodearon en un cerco irrompible. Su boca se aplastó brutal contra la de ella. Magdalena sentía en sus ojos dos lágrimas de triunfo... Y besaba, se dejaba acariciar por todo el cuerpo, sentía los besos de él apoderarse hasta del último rincón de su cuerpo. Sus dedos trenzábanse entre el cabello rubio y suave de Christopher. Su boca mordía la de él y sentía sobre sus labios el sabor de su propia sangre, al responder él con el mismo ímpetu a sus mordidas salvajes. Fue inmensamente feliz, y ahora, estaba sola. Físicamente sola. Pero ya no lo volvería a estar nunca, porque aquel recuerdo era capaz de llenar el vacío más grande. Y mil veces oyó junto a su oído la voz de él diciéndole: “¡La quiero, con toda mi hambre, con toda mi necesidad, con toda mi sangre!”. Y mil veces dijo ella misma: “¡Lo quiero, con toda la revelación de mi egoísmo agonizante, con toda mi soledad, con toda la incomprensión de mí misma. Hasta donde la función de mi mente alcanza, lo quiero, lo necesito, lo deseo junto a mí!”.

Su cuerpo adolorido estrujábase contra las sábanas del lecho al recordar. Sus muslos resistíanse a estirarse, por el dolor intenso que sentía. Al poner sus dedos en medio de sus senos, le dolía todo el pecho. Ese dolor era

un grito de victoria. Su naturaleza impulsiva, reprimida por tanto tiempo, bailaba una danza frenética en su cuerpo. Al fin se liberaba de aquella esclavitud impuesta. Y Magdalena sonreía, con una sonrisa extraña, que hubiera podido congelarse impávida en su boca y eternizarse así. Sonreía porque su cuerpo estaba adolorido, y ese dolor la enloquecía de dicha. Sonreía, porque había comprendido que ésa era la expresión de la vida, del amor, del deseo... Y más que nada, sonreía porque los besos violentos de Juan Ignacio, aquellos besos que por tanto tiempo constituyeron un obsesionante recuerdo, habían sido al fin derrotados. Su sombra ya no podría perseguirla, porque estos besos nuevos eran la verdad, su verdad, eran su eterna sonrisa; su causa ilógica de sonreír, su deseo imperioso de seguir sonriendo... Y lo que le había parecido ya imposible ahora se le revelaba con toda claridad. Al fin, creía haberse encontrado a sí misma. Su alma, errante siempre entre su incógnito misterio, eterna deambulante en su tenebrosidad espiritual, creía haber encontrado el camino que debería seguir desde entonces. ¿Y qué le importaban ya los desvíos que pudiera encontrar en ese camino?... ¿Qué importancia podría ya tener para ella en adelante su vida sentimental? Su alma había encontrado la fuerza que le era necesaria para cesar en su deambular eterno. Su espíritu hambriento se escapaba raudo por la perspec-

tiva de su hallazgo, que saciaría con creces esa angustia de saberse sola. Ella sabía que Christopher podría comprenderla en todos sus aspectos disímiles. Y algo más, que esa disimilitud era buscada por él, deseada por él, admirada y apreciada en su magnífica expresión. Sólo un temor se le estaba agarrando con fuerza en la mente: ¿sería esta extraña conjugación suya de sentimientos, pensamientos, arte y deseo, lo suficientemente poderosa para mantener vívido su mutuo interés? Pero igualmente desechaba al momento este temor, porque en caso de que finalizara algún día todo esto, le bastaría con lo que hubiera tenido. No quería pedir más. No se atrevía a hacerlo. Y fiel a su eterna costumbre, corría una pesada cortina de obligada indiferencia ante el futuro; el pasado lo consideraba más muerto que nunca, y el presente, poderoso, se erguía con toda su majestuosidad ante ella, anulando toda otra expresión. Era feliz, sí, inmensamente feliz, sin restricción alguna.

¿Qué haría en adelante con Christopher? Buscar la íntegra comunión de ambos espíritus. Recuperar todo el tiempo que había perdido dedicada sólo a ella misma, y se entregaría en pleno a buscar, a bucear en el fondo del alma de él, todas aquellas secretas reacciones que creía eran patrimonio de aquel hombre. Se levantó de la cama, y se asomó a la ventana. La ciudad inmensa, con su actividad cotidiana en todo su esplendor, verti-

ginosamente continuaba su marcha imperturbable por el tiempo... Los autos parecían de juguete desde arriba. La gente, como hormigas, pululaba hasta el fondo. ¡Qué miserable pequeñez, que absurdamente minúsculos le parecían a Magdalena todos aquellos seres desde arriba!

Y pensó que, en la mente de cada uno, anidaría quizá la misma tragedia, el mismo dolor, el mismo despertar que en ella. Y le pareció que, desde algún lugar, en el espacio, en el cosmos, algo o alguien jugaría con ellos como marionetas.

¡Parecía tan fácil desde allí que por una simple entretención se tomara con ambas manos el cuerpo de los seres humanos, y fuera arrojado violentamente al espacio para que volara, volara!... ¡Y cuán lógico resultaría que después de crear una confusión terrible entre los cuerpos, de un soplo se barriera el alma, se revolvieran en la mente todos los pensamientos, todas las ideas, que no anidan en ninguna parte visible del cuerpo, y por lo tanto no ocupan ningún lugar en el espacio! En qué forma tan absurda estaba pensando. Qué cosas más raras se le estaban ocurriendo aquella mañana, cuando debería estar pensando simplemente en que, al bajar a la calle, ella también confundiríase entre la cómica pequeñez de los que ya estaban abajo. Sólo debería pensar que, afortunadamente, ella estaba mezclada con la vida y su vulgaridad. Debería pensar nada más que su cuerpo

entero reaccionaba como lo hacían los millones de mujeres existentes sobre la Tierra. Que la satisfacción de su cuerpo iba más allá que cualquier esfuerzo mental que pudiera realizar, o que dejaba de realizarlo porque a veces su mente sentía la necesidad de no existir, de no ser... En fin, no debería conceder a un ser o su existencia ningún atributo que la hiciese sentirse diferente, que la hiciese pensar diferente. Y, sin embargo, pensaba diferente, se sentía diferente, se sabía distinta. ¿Por qué? Porque lo era, simplemente. Porque ella había nacido diferente, y con toda la vida no la podrían cambiar. Si ella fuera igual a todas, Christopher no la hubiera amado nunca. Y si él fuese uno más dentro del concierto de seres que vegetan por el mundo, Magdalena no hubiese reaccionado junto a él, su sensibilidad no hubiera despertado nunca, su genio creador hubiérase detenido de pronto donde se encontraba, y su mente, paralizada, hubiera proseguido su trayecto dentro de la misma escala.

XXI

Éxtasis. Eso era lo que estaba viviendo. Un éxtasis completamente inconsciente. Su mente no pensaba, su intelecto dormía... Sólo su cuerpo disfrutaba aquella dicha sin concentrar su pensamiento en otra cosa. Sin embargo, sus íntimas y constantes conversaciones solían estar saturadas de una honda espiritualidad. A través de ellas, Magdalena logró que Christopher se diera cuenta del hambre espiritual que había mantenido siempre, casi tan grande como la de ella misma. Poco a poco, fue conociéndolo cada vez más; sólo dábase cuenta que él no la conocería nunca por completo... ¿En dónde anidaba esa secreta y amarga convicción?... ¿Por qué lo presentía, lo pensaba tanto como una innegable certeza de tragedia?... Habíase dado cuenta que en la mente de Christopher existía una extraña sobrestimación por sí mismo. Su vida entera y cuanto acontecía a su alrededor cifrábase exclusivo en su persona. Su egoísmo gigantesco competía parejo con el de ella, que, por el momento, no tenía ningún interés en hacer el suyo superior al de él. Pero no por eso deja-

ba de observar ese extraño fenómeno en Christopher; no por eso dejaba de admirarse ante lo que creyó que no descubriría nunca en un ser humano. Y disfrutaba y se divertía cuando por cualquier causa era puesto de manifiesto ante ella. Y sí, ¿por qué no reconocerlo? Ese descubrimiento la atraía cada vez más a él. Luchaba por ir destruyendo poco a poco el reconcentrado egoísmo de Christopher, y espiaba celosamente todas sus reacciones para descubrir el día en que él dejara de ser así. Lo cambiaría, lo deseaba tanto, que su mente deleitábase morbosa en hacer converger esa idea mil veces al mismo pensamiento: su decisión de cambiarlo, aunque tras ese cambio viniera como consecuencia lógica el que ella dejara de amarlo, o llegara a la conclusión que estaba temiendo cada día más: que no lo hubiera amado nunca en la forma exaltada y sublime que ahora creía. ¿Por qué el temor se arraigaba tan cruelmente?... ¿Por qué temblaba al contemplarse meses, años más tarde, de nuevo sola, otra vez vacía y más triste que nunca?...

—Oye, Chris..., enciende la luz un momento.

La mano de Christopher pasó encima de su cuerpo y encendió la pequeña luz de la mesa de noche.

—¿Qué te pasa?... ¿Por qué la quieres encender, cuando se está tan bien en la oscuridad?...

—No sé... De repente me dio miedo...

—Miedo, ¿conmigo aquí?

Christopher la abrazó y violento la atrajo hacia él, hasta que el cuerpo desnudo de Magdalena quedó completamente sobre el suyo. Los ojos aún febriles de él acariciaban con su mirada las facciones excitadas de Magdalena.

—Vamos, cuéntame, ¿por qué tienes miedo?...

—No sé. Fue una sensación extraña. De pronto, dejé de oír el ruido de la calle, dejé de percibir tu respiración. Sin duda, fue porque te estabas calmando y por eso de repente se me hizo notorio que no respiraras igual. Lo cierto es que supuse, sentí que estaba sola. Y me dio miedo... Y estuve mucho tiempo temiendo decirte que encendieras la luz. Imaginé que iba a pedírtelo y que no me responderías. Y que con miedo atroz iba yo a encender las luces de toda la casa, te iba a buscar por todas partes y tú no ibas a estar conmigo...

—¿Conque todo eso has pensado? ¿No temiste entonces que al iluminarse el cuarto fuera yo el que estuviera aquí, cuando tal vez hubieras deseado que fuera otro?

—¿Por qué lo dices en esa forma? Si quisiera que fuera otro, no estaría contigo, tenlo por seguro. Ahora, ya con toda claridad de las luces, me doy cuenta que fue un temor absurdo, ridículo, pero no lo pude evitar.

Guardaron silencio por un rato. Christopher continuaba mirándola. Ella lo miraba absorta a su vez, y

acariciaba sus cabellos constantemente. Su mano derecha enredábase en el vello del torso de él. Sus ojos lo miraban como si en ese momento se estuviera dando cuenta de lo mucho que creía amarlo, de lo mucho que lo amaba.

—Magdalena..., ¿tú me quieres?

—Christopher, hombre, ¿me quieres tú a mí?...

—No sé, Magdalena; no sé. A veces creo que te quiero con una locura enfermiza. A veces creo que te odio y desprecio, de tanto que te admiro. Pero de lo que sí estoy seguro es de no querer perderte...

—Pues yo estoy siempre convencida de quererte. Pero lo que temo es que, de repente, deje de hacerlo. Porque entonces sí ya no podría volver a quererte, aunque me lo propusiera, ni tampoco podría querer a otro más adelante. Si tú no has de ser el Amor, no ha de serlo nadie más.

—¡El amor! ¿Qué es en realidad el amor, Magdalena? Contigo he llegado a convencerme que nunca antes había sentido algo como esto que tú has hecho nacer en mí. Pero no puedo estar seguro de que sea el amor que se sueña locamente desde la adolescencia. ¿Estaré condenado a morir sin llegar a dilucidar en mi mente si es esto amor, si no lo es, o qué es en realidad ese sentimiento que parece estar al alcance del ser más vulgar, y que yo no puedo conocer como deseara?...

—Yo pienso igual que tú. ¡Pero yo he creído sentirlo ya antes, y tarde o temprano me doy cuenta que no lo era! Y entonces empiezo de nuevo a buscar, y cada vez lo voy haciendo con menos esperanzas. ¿Qué es lo que hay en realidad en el fondo de nosotros, Chris? ¿En pos de qué corremos como locos? Creo que eso es lo que deberíamos tratar de aclarar, antes que nada: ¿Qué esperamos, qué buscamos? A veces creo sentirme tan completamente fuera de ambiente y, a pesar de ello, no puedo decirme a mí misma en qué ambiente me hubiera gustado estar. Las cosas de cada uno que parecen ser tan importantes, en la vida, no lo son en realidad. Ya ves, yo amo la pintura, no puedo negarlo. Y con ella he logrado tal vez más de lo que me había propuesto. Puedo asegurar que el triunfo rotundo que he alcanzado es más de lo que esperaba. Y lo he conseguido con mi propio esfuerzo, sin ayuda de nadie, pero no me costó alcanzarlo. Tengo dinero, vivo como quiero hacerlo, soy hermosa, en fin, lo tengo todo. ¡Y a pesar de eso, cada día se me había ido agigantando más y más esa densa sensación de soledad y vacío, de inconformidad y eterno buscar insaciable, hasta que te encontré! Cuando te empecé a conocer, creí haberme encontrado a mí misma. Personifiqué en ti la aspiración loca de mi alma. ¡Y ahora que soy tan feliz contigo, que cada día encuentro en ti algo nuevo que despierta mi interés, no puedo

asegurar que te amo! Cuando me acabo de despedir de ti, siento que una felicidad inmensa me llena toda, pero estoy segura de que es más que nada por la enorme convicción de saber satisfecho mi eterno deseo sexual. ¿Es que las reacciones del cuerpo son tan tremendamente poderosas que anulan por completo la hermosa y tranquila comprensión de nuestra mente?... Y de un soplo parecen quedar barridas todas nuestras íntimas confesiones de hambre y locura, de positivismo y negaciones, de realidad y fantasía. ¡Por favor, dime que a ti no te pasa esto! Dime que en ti es más importante lo que puedes encontrar de mí más allá de mi cuerpo, más allá de nuestro mutuo placer.

Magdalena sentía en su garganta el sabor de un sollozo. Estaba a punto de llorar, con un llanto que llevaba en sí la expresión de su sentimentalismo a punto de derruirse.

—Magdalena, afortunadamente nosotros podemos hablarnos con toda claridad de nuestros sentimientos extraños. ¡Cuán extraños son, en realidad! No me ha importado oírte decir que tu deseo es más grande que tu supuesto amor. Y siento no poderte decir que a mí me sucede lo contrario, aunque tampoco te digo que sea igual. Tu cuerpo me apasiona. Es la fuerza más poderosa que me liga a ti. Cuando estoy contigo, sé que hasta la última partícula de mi atención está concen-

trada magnética en el hecho innegable de que te estoy poseyendo, que, en ese instante, tampoco tú puedes pensar otra cosa, porque al llegar nuestros cuerpos al clímax de su vibración, siempre simultáneo, no podríamos ni tú ni yo apartarnos el uno del otro, y, al contrario, querríamos incluso morir para perpetuar nuestra unión, y así evitar el momento en que empieza nuestra mente a trabajar buscando la realidad de nuestras almas, porque sabemos que ese momento fatalmente llega siempre... Nuestra batalla será grande, Magdalena. Pero ambos poseemos lo indispensable para vencernos. Y si esto no es amor, tampoco me importa. Ha sido lo suficientemente bello como para nulificar aun al mismo amor. Y tal vez le encontremos un nombre apropiado, que significará todo lo que ha representado para ambos, y que será sólo nuestro, sólo de tu sentir y el mío, de tu entrega y la mía, de tu posesión y la mía.

—¡Gracias, Christopher! Desde lo más hondo de mí, gracias por tus palabras. ¿Sabes cómo podríamos llamar a este sentimiento nuestro?... Simplemente deseo. Cuando hablemos de él, no diremos nunca “nuestro amor”. Diremos “nuestro deseo”, porque sabemos los dos que deseo es esta necesidad de poseernos; deseo más grande aún, la necesidad de conocernos. Y todavía más grande que esos dos, deseo es esta incertidumbre que se arraiga en nuestra mente, y crece, crece, hasta alcanzar proporciones fan-

tásticas; incertidumbre de saber por qué nos deseamos; simple incertidumbre de saber si el poder de nuestro deseo será tan fuerte que subsistirá a pesar de no ser amor.

Magdalena apagó la luz y se apretó con fuerza contra el cuerpo de Christopher. ¡Allí estaba una vez más, aquel amor-deseo! Sus bocas se unieron hasta hacer chocar los dientes. Las manos de Christopher recorrían todo el cuerpo de la muchacha, que continuaba sobre el suyo. Sus cabellos largos cubrían la cara de él, que aspiraba como loco el olor que salía de ellos. Magdalena frotaba sus pechos contra el torso velludo de Christopher, sintiendo una descarga de placer sacudirla de arriba a abajo. Ambos excitábanse hasta el exceso, hasta ya no poder resistirse más. Y de pronto, con un gemido sordo atravesado en la garganta, Christopher se incorporó a medias y, lanzando a Magdalena a su lado, pasó sus piernas sobre su cuerpo... Por unos minutos, sólo se oyó en la estancia el rumor de su respiración... Al rato, un suspiro de satisfacción que brotó simultáneo, un beso cansado, agradecido, y la voz de Magdalena que se esparció en la habitación con un timbre extraño...

—¿No es amor, Chris?... ¡Pues si no lo es, no quiero conocerlo nunca, que tendría que ser muy bello para superar esto!

Y en este constante delirio de pasión y pláticas, el tiempo iba transcurriendo sin que ninguno de los dos

quisiera poner fin a la conjugación de sus sentimientos. Y entonces principió una época nueva totalmente para Magdalena. La revelación. Fue la revelación de su arte que culminaba en el clímax de sus capacidades. Su mentalidad producía y producía, fue una época de triunfo soñado en su necesidad de expandir su arte plenamente. Para ella misma, fue una sorpresa incomprendible. ¡He ahí que de pronto toda la perfección de su arte anterior, quedaba barrido ante sus propios ojos por aquella desorbitada y magistral revelación de lo que aún llevaba dentro!... ¡Su alma, sí, allí estaba aquella alma que Lacroix aseguraba mantenía oculta en todas sus obras! De pronto, se le revelaba; cuánta razón había tenido el joven pintor al notar ese vacío espiritual de sus propias obras. ¡Y entonces con mayor justificación se le afianzó la idea de la eterna estupidez del mundo! Pero... ¿no estaba siendo exagerada al juzgarse a sí misma? En realidad, reconocía que esta nueva forma de expresión fuera superior, tan superior que anulara su anterior producción. ¡Pero eso no quería decir que lo de antes no había valido! Si no tuviera valor, no hubiera triunfado... Pero ansiaba dar a conocer esta última obra suya, ante la que extasiábase ella misma, contemplándola, estudiándola, sintiendo una ola de invencible orgullo sacudirla totalmente de arriba a abajo. Y ella sentía dentro de su cuerpo flotar palpable su inspira-

ción constante, como una presencia... Veía casi con los ojos la existencia dentro de sí de aquella fiebre. Y pintaba, pintaba, sin detenerse, casi todo el día. Y nacieron de ella sus obras más grandes, las que habrían de perpetuar su nombre, las que indiscutiblemente constituirían la gloria. Y dejábase llevar por aquella corriente, sin intentar ponerle freno. Ya vendría después la época de la apatía más grande, más densa, más pesada... ¿Cuánto tiempo tardaría aún en ella ese extraño vuelco dentro de sí misma?... ¿Mientras tuviera el amor-deseo de Christopher?... ¿Mientras estuviera en Europa?... ¿Mientras su mente sintiera la influencia poderosa que ejercía sobre ella el ambiente?... No sabía. No quería saberlo. Por eso no pensaba. Por eso simplemente abría sus ojos asombrados y los volvía hacia dentro...

Y como sintiera tantos años atrás, frente a aquel lago que visitara con Juan Ignacio dos días antes de su muerte, como en esa ocasión, sus ojos se llenaron de una transparencia de agua y de frescura... Sus ojos traspasaban el futuro, y proyectábanse audaces más allá de su propia comprensión, más allá de la revelación aquella de su despertar maravilloso... Contemplaba su última obra como si en realidad no fuese una obra suya... Y sus ojos la recorrían impávidos, imperturbablemente seguros y orgullosos. ¿Había ella creado aquello? ¿O tal vez en un instante el alma errante de Juan Ignacio habíase

volcado en su sangre?... ¡Qué absurdo! ¿Por qué pensaba esas cosas?... Esa obra no sólo era suya, sino que era su creación. Había nacido de ella.

Se encontraba en su estudio. Eran las dos de la mañana. Con una bata larga llena de colores y de manchas disformes, recorría toda la estancia en una fabril felicidad. De pronto, con una decisión rápida, se dirigió al teléfono, marcando un número.

—¿Sí?... ¿Quién habla?

—...

—Hola, Poeta, ¿cómo estás? Habla Magdalena. Hazme un favor. Llámame a Maurice, ¿quieres?

Esperó unos segundos. Mientras aguardaba, su pie golpeaba con ritmo en el suelo; sus ojos recorrían la habitación y volvían a converger invariables en el cuadro colocado en el caballete, aún fresco.

—¿Maurice?... Hola. Hazme un favor, si no estás ocupado. ¿Puedes venir a mi casa en este momento? ¿Cómo?... No. No es ninguna sorpresa. Quiero enseñarte mi último cuadro, pero tiene que ser ahora, porque necesito tu opinión. ¿Vendrás? Bien. Te espero. Gracias. Adiós.

A los quince minutos, Maurice llamaba a la puerta del apartamento. Magdalena atravesó la sala y abrió.

—Pasa. No sé qué pensarás de esto, pero necesitaba que vinieras precisamente tú. Prepara dos tragos,

mientras yo pongo música. Quiero que cuando vengas a verlo, se oiga música, bebamos un trago a la salud de él, y me des tu opinión franca y desinteresada. Pasaron al estudio, y Magdalena giró el caballete hacia la puerta, de modo que, al entrar, Maurice pudo apreciarlo en todo su esplendor, de golpe...

La impresión que sufrió fue tan grande que Magdalena consideró que su opinión verbal importaría ya muy poco en realidad... Los ojos de Maurice fueron hartos elocuentes cuando estudiaron el cuadro. Sus manos apoyadas en los extremos aprisionábanlo con fuerza. Al cabo de un largo tiempo, durante el cual los ojos de Magdalena iban de él al cuadro, volviose a ella y la miró sin decirle una palabra.

—Y bien... ¿Qué me dices?

—¡Magdalena! ¿Qué has hecho para lograr esto?... ¿A qué secretos has recurrido para poder hacerlo?...

—Entonces, ¿te gusta?

—¿Gustarme? No es ésa la palabra. ¿Recuerdas cuando te dije que sería muy conveniente para ti que analizáramos tus obras? Bien, pues ahora creo que ya no es necesario. Por lo que veo, has pasado tú misma por ese análisis. Y tan es así que tú lo sabes muy bien, y por eso me has llamado. ¿Verdad? Magdalena, he aquí mi opinión: este cuadro es el alma que ha faltado en todos los otros.

Largo tiempo permanecieron observando el cuadro. Una sonrisa vagaba en los labios de Maurice, casi imperceptible. Sin embargo, Magdalena la captó en el momento en que comenzó a sonreír.

—¿De qué te ríes?

—No estoy riéndome. Estoy pensando... ¿Sabes qué pienso? Que en el mundo las cosas están tan mal distribuidas... Fíjate, a mí me hubiera sido suficiente el saber que bajo mi influencia habías llegado a crear esto. Después de ello, no me importaría ya más nada en el mundo. Y, en cambio, a ese secretario de embajada será a quien debas esto, y él ni se dará cuenta, o tal vez no le importará en lo absoluto.

—¿Qué dices?!...

La voz de Magdalena fue un grito extraño. No era una protesta; era una pregunta que necesitaba imperiosamente una respuesta, una aclaración a aquella duda que de pronto se abría ante ella.

—Sí. ¿Por qué te extraña? ¿Es que acaso no te habías dado cuenta que ha sido la influencia de ese hombre la que te ha hecho crear y crear, en esta febril inspiración que tal vez no vuelvas a tener nunca en tu vida? Di, ¿no lo sabías acaso?

—No. ¡No lo puedo creer! ¿Por qué va a ser?... ¿Qué ha hecho Christopher en mí para significar tanto así?

—No te engañes a ti misma, Magdalena. ¿Acaso no has notado el cambio tan grande que has sufrido?...

Ya no eres como cuando te conocí. Ya no buscas aturdirte e incluso emborracharte para no pensar. Desde que conociste a Christopher, has cesado tu lucha contigo misma. No sé si será porque lo amas, o si es porque tu ser entero está satisfecho con lo que has encontrado en él. Sea como sea, has cesado de competir con tus extrañas y complejas ideas. Pero si es porque lo amas, no te engañes, Magdalena. Sé lo suficientemente inteligente para reconocerlo... No dejes pasar a tu lado con indiferencia un sentimiento así. Piensa que debe ser muy grande, cuando ha sido capaz de revelar el alma tuya a través de esta obra.

—Pero si no puedo saber si lo amo o no. Ya hemos discutido este asunto los dos, y no pudimos sacar nada en claro. ¿Cómo voy a saber si lo quiero con el amor único, cuando ya no siento más el deseo de renunciar a todo por él? Lo sentí mientras no lo tuve. En cuanto logré la certeza de saberlo mío, me empezó a parecer que no sería necesario dejar nada, abandonar nada por él. Y mientras más lo tengo, mientras más feliz soy con él, me importa menos perderlo. Sé que sufriría horribilmente, pero así mismo sé que me acostumbraría muy rápido a estar sin él. Por eso te digo que no puedo saber si lo amo o no. Por eso estoy casi segura de no amarlo en esa forma, y con mayor razón, de que no es él el causante de esta inspiración mía.

—No es ése el camino que debes seguir para encontrar tu verdad. ¿Cómo puedes saber que no lo vas a extrañar o que te vas a acostumbrar a estar sin él? Piensa, ahonda en ti misma, analiza todas tus reacciones y búscalas la causa lógica. Mira, por ejemplo: ¿es que sexualmente te satisface tanto, es por eso que te atrae y te tiene ligada a él? No, porque ya lo has hecho otras veces. No es tu primera aventura de amor, ni es la primera vez que encuentras la satisfacción sexual. ¿Es porque su personalidad polifacética te atrae? No, porque has conocido personalidades mucho más fuertes que la suya, que te han pasado desapercibidas por completo. ¿Es porque te comprende y aprecia en todas tus fases y aspectos de disimilitud tan extraña? No, porque yo te he comprendido y admirado más que nadie, y ni siquiera te has dado cuenta que te amo. ¿O será porque su egoísmo inmenso parece anular el tuyo y te sientes impulsada a destruirlo para hacer nacer en él el deseo de vivir sólo por ti y para ti, concentrado exclusivamente en toda tu persona? No, porque tú eres tanto o más egoísta que él, y no te hace falta ningún sentimiento débil o fuerte a tu lado. Tus propias reacciones te son más que suficientes. Ni tampoco es por su extremada vanidad, tan similar a la tuya, ni por su orgullo, ni su posición, ni su dinero. Todas esas cosas, separadas unas de otras, pierden toda la significación

que tienen al estar totalmente vinculadas. Lo amas por todas esas razones que parecen no ser la causa de tu amor. Por todo lo que pareces no amarlo, lo amas. Pero unidas todas ellas te van a llevar a descubrir ese amor que no quieres reconocer, que no quieres confesar a pesar de saberlo tú mejor que nadie. Así, lo amas porque sexualmente te tiene dominada, como sabes que lo tienes tú a él. Porque las fases extrañas de su personalidad te atraen, como las tuyas encienden en él la misma incitante necesidad de seguirte buscando; porque su egoísmo y el tuyo corren tan parejos que se compensan en pleno; porque tu inmensa vanidad sólo con la suya se podría sentir suficientemente halagada. No te sigas engañando. Convéncete, y vive ese momento cada vez que estés con él.

Magdalena miraba con fijeza a Maurice, sintiendo que, a medida que sus palabras llegaban a ella, una cortina íbase descorriendo de sus ojos, dejándole ver todo aquello que no había querido percibir ella sola. Y su subconsciente se aferraba a las razones por él expuestas como si fuesen indiscutibles, y aceptaba aquella lógica a ciegas. ¡Necesitaba tanto aquella certidumbre!

—No sé si así será en realidad, pero voy a tratar de convencerme, y cuando deje de quererlo, tú deberás encontrar el medio para ayudarme a soportar ese nuevo fracaso.

—Siempre que me llames, yo estaré contigo. Ojalá pienses en esto. Estoy tan convencido de no equivocarme que, ya ves, te dejo en sus manos sin una protesta, cuando debería luchar por ti. Tú sabes que te quiero desde que te conocí. Pero yo no necesito de ti. Yo necesito más tu arte que tus besos. Por eso considero que lo que yo puedo esperar de ti lo he recibido ya con creces.

Magdalena lo miraba como si en ese momento lo estuviera conociendo. Por primera vez notó la tierna expresión de cariño con que los ojos de Maurice se clavaban en los suyos. Y por primera vez se dio cuenta que ese descubrimiento la dejaba impávida, sin que en ella naciera aquel impulsivo y constante deseo de dejarse amar, que siempre había saltado imperioso dentro de sí al conocer un sentimiento semejante de un hombre cualquiera hacia ella.

Y entonces, bruscamente, empezó a pensar que el deseo por Christopher tenía más significación de lo que creía. Y su mente entera olvidó en ese momento la presencia de Lacroix y pensaba que estaba aclarándose la incógnita de sus sentimientos por el diplomático. Al fin, se dirigió a Maurice.

—Gracias, Maurice. Por tantas cosas y a la vez por una simple y sencilla. No olvidaré nunca que, si llego algún día a sentirme volcada dentro de mí misma, te lo habré debido a ti.

Y de nuevo volvieron ambos a contemplar el cuadro, que colocado en medio de los dos parecía simbolizar con toda su perfección la presencia del alma de Magdalena, revelada de improviso ante ella misma. El cuadro estaba dividido por una doble línea recta en dos secciones. El lado izquierdo representaba un pasado que había existido tal y cual se mostraba en aquella confusión de colores, de signos, de manos que intentaban aferrarse a algo que no era nada más que vacío. Y entre los dedos de cada mano se escurrían unos ojos tétricos, que expresaban un hondo resentimiento, una oscuridad rabiosa... Y el fondo azul oscuro de esta parte del cuadro contribuía con su densa pesadez a hacer más clara la expresión de pavor que reinaba majestuosa dentro de cada una de sus líneas... La doble línea que separaba con rasgos débiles ambos lados parecía denotar un presente lleno de incertidumbre, como si no existiera nada más que en su presencia, y estuviera a punto de desvanecerse sin dejar una huella. Y entonces, el lado derecho destacaba como una revelación: el fondo amarillo claro brillaba como una luz de realidad. Y en medio de él, la figura de una mujer-futuro presidía todo el cuadro. Era una figura que a su vez había sido partida, dividida en dos por una línea recta que principiaba en el cabello y terminaba hasta abajo, a la altura de los pies. El lado izquierdo de la mujer había sido delineado con toda la

escultural perfección de un cuerpo real. De cabellos rojizos, hombro torneado, cadera redonda, falda ajustada y corta, pierna perfecta, apoyada en un zapato de alto tacón. La cara no tenía facciones. Del lado opuesto, la otra mitad de la cara era una media rueda de engranaje; el hombro, una palanca; el brazo, una simple línea recta que ramificaba en la mano cinco sendas, cada una de las cuales debía significar el progreso, el triunfo, el arte, el amor y la verdad. Y el cuerpo, en triángulos cuyos vértices se encontraban en el centro, con una profusión de colores fantásticamente logrados, vestía lujosamente de promesas la avara concepción de aquel futuro. La parte donde debía ir la pierna era una raíz extendida absorbente que descendía hasta asentarse en el borde inferior del cuadro. En el suelo, donde el pie-futuro de la mujer se apoyaba, yacía hecho un ovillo, un montón de ropa vieja, sin forma, empapada de sangre, que casi sentíase chorrear afuera del cuadro. Y entonces, dentro del horrendo pasado que quedaba completamente atrás, el presente incierto hacía a un lado para dejar paso con toda plenitud a aquel futuro que extendíase indefinible. El cuadro era enorme. Colocado sobre el caballete, alzaba encima de la cabeza de ellos más de medio metro.

—Es toda una creación esta obra, Magdalena. Te felicito, te admiro y te envidio, porque no podría nunca hacer algo similar.

—Bueno, Maurice. Esperaba que me dieras una opinión así. Lo que ha sido una sorpresa fue que a través de este cuadro me señalaras el camino para seguirme buscando. Gracias. Ahora, puedes irte —lo acompañó hasta la puerta y regresó a su estudio.

Sobre una mesa, el trago de Maurice se encontraba intacto. A su lado, destacaba como un contraste cómico, el vaso de Magdalena completamente vacío, manchado en los bordes por el crayón de labios. El cigarrillo de Maurice habíase consumido solo; el de ella, retorcido, yacía en el fondo del cenicero, con la misma mancha de carmín. Sonrió al pensar que casi podría crear otro cuadro con sólo la idea de aquellos vasos y aquellos cigarrillos...

XXII

Magdalena soñaba; se revolvió inquieta en su lecho y sudaba copiosamente. En medio del sueño, creía sentir su boca seca; una sed devoradora la abrasaba, y percibía, a lo lejos, una sensación de ahogo... Una mano enorme parecíale que presionaba con fuerza sobre su cara, empujándola... Despertó sobresaltada. Su cuerpo entero estaba empapado. Su corazón golpeaba en el pecho, y el cuarto giraba a su alrededor vertiginosamente. Sus oídos zumbaban. Encendió las luces, pasándose una mano por la frente sudorosa, pegajosa. ¡Qué sueño más horrible! No lo recordaba. Sólo sabía que la había llenado de un pavor inmenso, y sentía aún la presencia de esa mano sobre su cara, ahogándola... Se levantó de la cama y se sirvió un vaso de agua fría.

Poco a poco fue tranquilizándose. Se sentó en el borde de la cama y apoyó la cabeza sobre su mano. Los dedos acariciaban el cabello revuelto, desordenado, que caía sobre su bata de dormir como un pedazo de la noche... ¿Qué horas serían?... Sobre la mesa de noche estaba su reloj de pulsera. Las cuatro de la madrugada.

Sentía un miedo indescifrable helarse brutal entre sus venas. El silencio en que se encontraba sumido todo el apartamento parecía deambular por toda la estancia con sonoro mutismo. Se tendió en el lecho sin cubrirse, y sus ojos se clavaron asombrados en el techo. Las ventanas de su nariz dilatábanse como las de un potro. En sus sienes martilleaba un zumbido que la sumía en una semiinconsciencia. No podía volver a dormirse. Temía hacerlo, y que, al cerrar los ojos, de nuevo estuviera allí aquella mano, empujándola, ahogándola... ¡Aquella fue su primera y extraña manifestación de que iba a tener un hijo!

Repentinamente, empezó a frecuentar de nuevo Los Tres Gallos. Sentía la necesidad de dejarse llevar por el vértigo de sus amigos, que la envolvían en un ambiente de distracción. Se sentaba en la mesa, y oía a Jean Paul leerle pasajes de su absurda novela. Tomaba entre sus manos los versos de El Poeta y los leía en voz alta, tranquila. Bailaba con Maurice, discutía con las muchachas, y, más que nada, absteníase por completo de pensar. La certeza, innegable ya, de su próxima maternidad había venido a abrir de pronto una brecha de estupor en ella. No sentía orgullo, ni satisfacción ni alegría. Simplemente, nunca había cabido en ella tal posibilidad. Y ahora, enfrentada de lleno ante el hecho indiscutible, no sabía qué pensar. ¡Un hijo! Ella iba a tener un hijo de Chris-

topher. Bien, ya que no había nada que hacer ante ello, se alegraba de que fuera de él. Con las palabras de Maurice aquella mañana, que estuvo en su casa, decidió no cruzarse de brazos ante la incógnita de sus sentimientos, y se hundió completa dentro de sí. Combatió con sus convicciones y descubrió que la influencia de Christopher era lo suficientemente grande para ser el amor. Trató de imaginar su vida sin volver a saber nada más de la vida de él. Buscó, analizó, destrozó, hasta que estuvo convencida de amarlo. Y entonces descubrió que su amor pudo haber sido el verdadero, el que renuncia, el que acepta cualquier cosa, el que da sin restricciones. Y se sintió hondamente satisfecha, materialmente halagada, espiritualmente saciada. Y ahora, que sabía que iba a tener un hijo, no quería que Chris lo supiera nunca, porque tras ello vendría implícita, como una sentencia, la incertidumbre de perderlo. Por eso, porque no quería que él lo supiera nunca, decidió decírselo esa misma noche. No esperaría ya más. No seguiríase engañando con la supuesta idea de que no lo perdería nunca.

Para Christopher fue un golpe tremendo. La sorpresa primero, la alegría y el orgullo después anularon de momento su amor por Magdalena. Y luego, la quiso con toda su alma. Se sintió empapado en aquel efluvio de felicidad constante. ¡Un hijo de aquella mujer maravillosa, que por sí sola constituía un mundo! Ahora la acapararía

para siempre, para siempre... Sólo sentía una honda tristeza al comprender que Magdalena no ansiaba aquel hijo, que hubiera deseado que no viniera nunca, que rehuía hablar de él, como si realmente no lo fuese a tener jamás.

Magdalena sonrió al escuchar las risas de Christopher confundidas con la vocecilla del niño. Aquel día cumplía un año. Había sido tan feliz con esos dos seres sólo suyos. Los sentimientos que su hijo despertaba en ella eran una mezcla extraña de ternura y necesidad. Jeffrey era un niño sano y hermosísimo, igual a Magdalena en todo. Sólo el azul intenso de sus ojos era como el de su padre.

Christopher estaba loco de orgullo con el muchacho. Y esa tarde, mientras retozaba con él tendidos en el suelo, pensaba cómo daría a Magdalena la noticia de su próximo retorno a América. No se atrevía a hablarle de ello, pero ante la inminencia de su partida, debía pensar en solucionar cuanto antes aquella cuestión. Por eso, se puso de pie y con el niño en brazos penetró en el estudio donde Magdalena pintaba.

—Magdalena, quiero hablar contigo. ¿Puedes dejar eso un momento?

—Te escucho. Puedes hablar lo que quieras. No es necesario que deje de pintar para ponerte atención.

Se detuvo un momento, indeciso... Al fin, se decidió de golpe; sus palabras salieron firmes, frías.

—Me han notificado que debo regresar a América dentro de un mes.

La mano de Magdalena descendió violenta sobre el cuadro que pintaba. El pincel embadurnó toda la superficie del lienzo, echando a perder la obra. Sus ojos relampaguearon con destellos de ira e impotencia. Christopher la contemplaba con un sabor de llanto en todo el cuerpo. Dejó a Jeff en el suelo y se acercó a ella. Su mano se posó con suavidad sobre su hombro. Sus ojos observaron la reacción de Magdalena a través de aquella pincelada que destruía su cuadro. Su boca se posó tibia sobre su mejilla. No quería ver la expresión de su rostro. Lo imaginaba tan palpablemente, que temía arruinar toda su carrera al verla. Pero ella se volvió a él con decisión, enfrentándose a un mutuo dolor. En sus ojos había un excitante brillo de lágrimas, que no llegarían a salir de ellos nunca, nunca...

—¿Qué hago, Magdalena? ¿Vendrás conmigo? No puedo desatender esa orden. Es un ascenso en mi carrera. ¿Cómo puedo convencerte, asegurarte la veracidad de mi amor por ti y por Jeffrey?

—Yo sé que nos amas a ambos, Chris. Aunque sé también que yo los quiero más. Por eso, ándate, vete a América. Yo no puedo ir contigo, porque aquí está mi carrera, como está la tuya lejos. No puedo detenerte, porque entonces mi egoísmo llegaría a ese máximo que

he querido evitar desde hace tanto. Vete, haz tu vida en otro lado, y poco a poco, mi vida entera irá desapareciendo en tu memoria hasta no ser más que un recuerdo vago. Y yo, estoy segura de que lograré reiniciar la mía como si no te hubiera conocido...

—Pero... ¿y el niño?... Tú no has comprendido entonces la forma en que yo quiero a Jeff. Y es mío, ¿sabes? Es tan hijo tuyo como mío. Yo he vivido cada minuto de su existencia a su lado; él ha aprendido a llamarme antes que a ti; yo no quiero irme, Magdalena; o si me voy, no quiero dejarlos aquí. Tú y él son el cariño más grande de mi vida. En el futuro, me perseguiría siempre como una obsesión el recuerdo de vosotros lejos de mí. Y volvería entonces a perder la fe y la confianza que al fin he logrado tener en ti y en tu amor. Volvería a resaltar a mis ojos todas las cosas tuyas que en un principio me repugnaban. Viviría en un constante infierno al pensar que mi hijo sería la única víctima de tu desenfreno... ¿Es que crees que no te he llegado a conocer lo suficiente para saber que en muy poco tiempo buscarías alguien que saciara tu inmensa necesidad de compañía?...

En la boca de Magdalena habíase principiado a dibujar una sonrisa. Al concluir Christopher, al quedarse mirándola con aquella expresión desconocida, en la mente de Magdalena cruzó como un destello su resolución. El problema enorme que planteaba Christopher quedaba

solucionado con la decisión que extendió en Magdalena aquella sonrisa de dolor. ¡En su alma anidaba una tremenda sensación de fracaso! ¿Dónde estaba toda su omnipotencia, su seguridad, si estaba a punto de flaquear?... Christopher no la amaba. No la había amado nunca. Su horrible presentimiento de tragedia, que por tanto tiempo flotó ilógicamente sobre ella, de pronto adquiría cuerpo. Y el amor de Juan Ignacio se le reveló con toda su grandiosidad, ya muerto. ¿Por qué no fue Christopher el que la amó así?... Para él su separación no significaba más que la pérdida de su hijo. Para ella, el fracaso rotundo de su femineidad y su maternidad, que ahora cobraban todo su valor ante ella misma. Perderlos... a ambos... En su mente brincaban las ideas, confundíanse en un torbellino de desesperación y angustia, de ansias de reír desenfrenadas...

—Qué absurdo, por Dios, qué absurdo todo cuanto acontece en el mundo —pensaba—. ¿A qué hemos venido? ¡Qué sin objeto todo cuanto nos rodea! Creo que hemos cesado de vivir. Los sentimientos no deben anidar en un ser humano. ¡Ahogaré toda reacción que me lleve a sentir, y los perderé a los dos!

—¿Por qué ese silencio?... ¿Es que no piensas decir nada?

¡Silencio, decía Chris! Pero qué absurdo era él también. Silencio, cuando toda la estancia parecía resonar con sus pensamientos.

—Chris, por favor, no te exaltes. Es tan fácil hablar tranquilamente. Vete, ya te lo dije. Y llévate a Jeff contigo.

—¿Cómo?... ¿Es que tu monstruosidad llega al extremo de no importarte perder a tu propio hijo? ¿Es que en tu alma existe mayor horror del que había supuesto?

Magdalena pensó que sería mejor no decir nada a Chris. ¿Cómo explicarle en forma convincente que se estaba destrozando con aquella decisión? ¿Cómo decirle que ése debería ser su castigo, impuesto por ella misma? ¿Cómo reconocer ante él que había sido incapaz de inspirarle un sentimiento noble? ¡Que se fuera lejos, y que se llevara al niño! ¡Con él estaría mejor! ¿Y ella?... ¡Qué importaba! Ya estaba acostumbrada a estar sola. El vacío volvería, la angustia retornaría, el suplicio continuaría...

—Vete, y llévate, Chris. No discutamos, llévate, con la seguridad de que jamás los buscaré. Es tu hijo, y sé que harás todo lo que esté a tu alcance por su felicidad.

Y Christopher se fue, y se llevó a Jeff... Magdalena aún conservaba frescos en los labios los últimos besos de la última noche de amor-deseo. Y sintió lo que perdía, supo lo que significaba aquella despedida, y sufrió.

Cuando recordaba la manita de Jeff extendida hacia

ella, el pie de la escalinata del avión, en brazos de Christopher, sentía que algo destrozábase dentro de ella y caía... Su hijo la despedía sonriente, feliz...

En la garganta de Christopher temblaba un llanto doloroso, sin lágrimas. Tal vez en ese momento comprendió por qué Magdalena renunciaba a su hijo, o tal vez no lo comprendió jamás. Pero ese día, con el niño apretado junto a su pecho, la admiró más que nunca. Admiró su frío valor al no querer abrazar a Jeff. Admiró sus lágrimas que ahora, con la valla del aeropuerto de por medio, brillaban febriles en sus ojos y resbalaban suaves por sus mejillas; admiró la expresión de pacífica dulzura que aquellas lágrimas, desconocidas y sorprendentes, ponían en sus ojos pardos, que le parecieron en ese instante incomparables, bellos y lejanos, e irremediablemente perdidos, para él. Admiró su serenidad imperturbable, y trató de comprender lo que podría haber en el fondo, muy en el fondo del alma tenebrosa de aquella mujer única y extraña, que en forma tan repentina se cruzó en su vida, para sembrar en él aquella semilla de estupor e incomprensión, que en ese instante sospechó que no podría arrancarse ya nunca. Y al estrechar a Jeff entre sus brazos, sintió que era un pedazo de Magdalena que se iba con él, cuando ella quedaba tan sola, tan extremadamente solitaria y triste... Y la sonrisa de Magdalena siguió el avión; y su mirada se prendió en

él hasta que se perdió por completo. Las lágrimas que salieron de sus ojos al contemplar la carita de su hijo, habíanse secado ya...

EPÍLOGO

En la semipenumbra de la habitación, el humo del cigarrillo elevábase en una sola columna suave de voluptuoso encanto..., pero ahora no llovía, y entonces no podía producirse ningún dulce ruido. La mano de Magdalena no fue perezosa al acariciarse los negros cabellos, ni su caricia fue sensual. Sus piernas pendían flojas en el vacío y su brazo derecho la sostenía por el marco de la ventana abierta. Pero el abismo que había a sus pies era enorme, de veinte pisos de profundidad... Y no sentía ningún deleite en fumar, ni en pensar, su mente era un vacío intenso, enorme. En qué forma se había sobrestimado al creerse tan fuerte que resistiría sola ella aquel dolor intenso. Pero seguía creyendo que había hecho lo que debía. Habían pasado dos años, y no lograba conformarse con haber perdido a su hijo y a Chris. Sobre la mesa del centro, sin abrir, había acumuladas varias cartas de América. Ella sabía lo que decía cada una de ellas, cada línea, por eso no las quiso abrir, nunca, porque también sabía que no decían lo único que la hubiera podido hacer ir hacia ellos.

¿Cómo estaría Jeff? Grande, robusto, y ya no la recordaría. Sus ojos llenáronse de lágrimas. Ahora ya no le importaba llorar, y lo hacía siempre que recordaba... Y la tonalidad adusta y sombría que reinaba en sus insondables ojos claros, cambiaba constantemente. Sus ojos rasgados y bellos temblaban de dolor; y sus labios sensuales y frescos fruncíanse en un gesto de amarga desolación. ¿Qué sino estaba pagando? ¿Qué clase de vida había llevado? ¿En qué mundo había vivido antes, que ahora pagaba con creces todas sus culpas? El cigarrillo temblaba entre sus dedos. Desde el fondo de su pecho subía ahogado un sollozo que quebrábase en su garganta. Un frío interior sacudía hasta el último rincón de su cuerpo. La dicha con Christopher había sido más efímera aún que la de Juan Ignacio, y la pérdida, mucho más dolorosa. Y ahora su alma ya no deambulaba, ya no buscaba, ya no esperaba. Y nadie era capaz de darle nada que la satisficiera. Sólo pintaba y pintaba, todo el día. Su fama y su gloria eran más grandes que nunca. Casi tan grandes como su intensa soledad. Su cuerpo escultural que había sido hecho para amar todo el tiempo, había vuelto a encerrarse en su hermético mutismo. La única morbosa satisfacción que se concedía era recordar, recordar, y desear más que nunca los besos de Christopher. Siempre supo que lo perdería. Desde un principio estuvo convencida de que llegaría a esto,

pero no había contado con su hijo. Y la carita sonriente del niño perseguía en sueños. El azul intenso de sus ojos la ahogaba por las noches y despertaba temblando. Y su voz llamaba a gritos a Jeff. La tétrica presencia de su soledad incomprensible, al flotar sobre ella como maldición constante, la ahogaba y sumía su alma en un letargo inconsciente a toda reacción que no fuera su desesperante dolor. Apagó el cigarrillo y se tendió en el lecho. Sus ojos recorrían toda la habitación y se posaban en el cuadro que Juan Ignacio le hiciera. Qué diferente la expresión de su rostro de ahora, comparada con la que presentaba radiante y feliz en el lienzo. ¡Cuánto había cambiado! ¿Por qué nacería? ¿Por qué conocería a Christopher? En torno a su magnética personalidad, seguía flotando un halo de sensualidad y misterio. ¿Cómo era posible que después de haber vivido tan intensamente de pronto su vida careciera por completo de todo interés? ¿Regresaría algún día a su patria? ¿O estaba condenada a morir en Europa ella sola, sin más compañía que el silencioso amor de Maurice, que no le bastaba para compensar aquella amargura? Las lágrimas volvieron a brotar de sus ojos y cayeron en el lecho. Esas lágrimas eran las únicas que podían darle una vaga y extraña sensación de bienestar. Y hubiera deseado que de sus ojos brotaran torrentes capaces de ahogarla, de inundar el mundo entero.

Después, pensó que en realidad hacía mal en seguirse torturando mil veces con la misma cosa, cuando su deseo había sido precisamente ése: que su sufrimiento fuera enorme, capaz de redimirla a sus propios ojos, ante los que se consideraba tan mala, tan mala... De pronto, se levantó y dirigiéndose a la mesa del centro tomó una de las cartas que había sobre ella; cualquiera, la primera que tropezó con sus manos, y la abrió. Tenía fecha de un mes atrás, y decía simplemente:

Ven, los dos te esperamos.

¡No, no iría nunca! Jamás en la vida volvería a ver a Chris ni a Jeffrey. ¡No iría nunca! Su alma debería continuar para siempre sumida en su propia sombra. Su destino había tramado todo aquello, pero ella así debería seguir. Y algún día, tal vez moriría. Era tal su desesperante necesidad de acabar con todo, que ya ni en la muerte podía creer. Y en su mente barajábase vertiginoso el recuerdo de Juan Ignacio y el de Christopher. Su mano posose violenta sobre su boca, tratando de impedir que el llanto saliera de ella ruidosamente. ¡Qué sola estaba, qué sola se sentía!

La vida continuaría girando a su alrededor imperturbable y ella debía continuar cruzando por el tiempo con aquella misma lentitud. Se vistió y salió a la calle.

Sus pasos la llevaron al puente y se puso a contemplar el río. Las aguas la atraían con fuerza poderosa. Sus ojos se nublaron y sintió que iba a saltar. Y su voluntad la retuvo allí de pie, y no saltó. Nunca pondría fin a su tortura, jamás lo intentaría a pesar de desearlo tanto.

Y la noche cayó por completo sobre la ciudad eterna y sobre ella. Y la oscuridad del cielo extendiose infinita sobre su cabeza y cubría de negrura su alma. Nadie pudo evitar que la vida continuara así, ni que la sombra de la desesperación anidara eternamente en el corazón de aquella mujer. Y así continuó siempre, y ni siquiera su gloria pudo hacerla recobrar la confianza perdida en la vida que la rodeaba. Su búsqueda también había cesado. Después de una infructuosa lucha, su alma se encerraba más que nunca en la cárcel de su propio cuerpo. Sí. Su cuerpo debería convertirse hasta el final en la cárcel que aprisionaría sus sentimientos, su intelecto, su mente agotada que sólo funcionaba hacia la etapa que señalaría algún día la liberación de su cautiverio. Sus pasos se arrastraban cansados por la calzada y parecían repetir acompasadamente la angustia que reinaba en el cuerpo, en el alma y en el corazón de Magdalena.

ELISA RODRÍGUEZ CHÁVEZ
TRAZO BIOGRÁFICO

Elisa del Carmen Rodríguez Chávez nació en la Ciudad de Guatemala en 1939. Sus padres, el escritor y diplomático Virgilio Rodríguez Macal (1916-1964) y Olga Chávez Flamenco (1919-2005), pronto percibieron el creciente interés de su hija por la música, especialmente por el piano; debido a ello, la futura escritora fue enviada al Conservatorio Nacional de Música, donde tomó lecciones desde los nueve años.

Estudió la instrucción primaria en el Colegio Belga Guatemalteco y, más tarde, se graduó de secretaria en la Academia Secretarial. Complementó esta educación con algunos cursos de literatura, impartidos en la Facultad de Humanidades de la Universidad de San Carlos de Guatemala, entre ellos, tomó uno sobre el Quijote de Cervantes, ofrecido por el doctor Salvador Aguado-Andreut (1911-2001).

Alrededor de 1960, Elisa Rodríguez comenzó la escritura de *La cárcel de su cuerpo*, mientras trabajaba en la Universidad de San Carlos. Un par de años después, alen-

tada por su padre, envió esta novela corta —además de *Oro de Cobre*— a los Juegos Florales Centroamericanos de Quetzaltenango, concurso en el cual *La cárcel de su cuerpo* consiguió el triunfo. *Oro de cobre* fue distinguida con una mención honorífica y, en 1965, fue publicada (Guatemala, editorial San Antonio), posteriormente, la Universidad de San Carlos de Guatemala se encargó de reeditarla en 2010.

Por su parte, *La cárcel de su cuerpo* permaneció inédita hasta 2022, año en que, gracias a la atenta mediación de la doctora Aída Toledo, fue propuesta a Novelas en la Frontera, colección que ofrece la primera edición de esta obra.

Las inquietudes de nuestra autora la llevaron a abrir nuevas brechas en su producción literaria, de modo que perfiló su pluma hacia el cuento, género en el que ha sido galardonada en diversas ocasiones, por ejemplo: con “La tormenta” recibió el primer premio en los Juegos Florales de Jutiapa; “Dipsómano” la hizo acreedora a la distinción única en la categoría de cuento de los Juegos Florales de Escuintla; y el libro *Cuentos en la niebla* (1974) —escrito durante su estancia en el extranjero— consiguió la victoria en los Juegos Florales Centroamericanos de Quetzaltenango, este volumen permanece inédito.

En la actualidad, Elisa Rodríguez se dedica a la escritura de microteatro y continúa desarrollando su formación literaria con estudios de dramaturgia.

Parte del presente bosquejo biográfico fue tomado de “Elisa Rodríguez Chávez (un intento de biografía)”, texto de Aída Toledo. Disponible en <http://cocuyoeditoras.blogspot.com>.

NOVELAS en la FRONTERA

Gustavo Jiménez Aguirre, director

CONSEJO ASESOR

Sarah Aponte, The City College of New York

Maricruz Castro Ricalde, Tecnológico de Monterrey, Toluca

José Ricardo Chaves, Universidad Nacional Autónoma de México

Adrián Curiel Rivera, Universidad Nacional Autónoma de México

Verónica Hernández Landa V., Universidad Nacional Autónoma de México

Dante Liano, Università Cattolica del Sacro Cuore

Consuelo Meza Márquez, Universidad Autónoma de Aguascalientes

Begoña Pulido Herráez, Universidad Nacional Autónoma de México

Cira Romero, Academia Cubana de la Lengua

Rubén Ruiz Guerra, Universidad Nacional Autónoma de México

Margaret Elisabeth Shrimpton Masson, Universidad Autónoma de Yucatán

Arturo Taracena, Universidad Nacional Autónoma de México

COMITÉ DE INVESTIGACIÓN Y EDITORIAL

Laura Aguila • Braulio Aguilar • Joshua Córdova • Gabriel M. Enríquez

Hernández • Luis Gómez M. • Verónica Hernández Landa Valencia • Gustavo

Jiménez Aguirre • Elif Lara Astorga • Rodolfo Munguía • Luz América Viveros

DISEÑO Y COORDINACIÓN VISUAL DE LA COLECCIÓN

Andrea Jiménez

PORTADA

Gonzalo Fontano

SERVICIO SOCIAL

Alan Cabrera



La cárcel de su cuerpo se terminó de editar en el Instituto de Investigaciones Filológicas de la UNAM, el 29 de septiembre de 2022. La composición tipográfica, en tipos Janson Text LT Std de 9:14, 10:14 y 8:11 puntos; Simplon Norm de 9:12, 10:14 y 12:14 puntos, estuvo a cargo de JOSHUA CÓRDOVA. AÍDA TOLEDO preparó el primer establecimiento del texto, a partir de la transcripción del manuscrito, realizada por EMIR GUERRA CABALLERO. BRAULIO AGUILAR y LUZ AMÉRICA VIVEROS fijaron la versión final y cuidaron la edición. La autora, ELISA RODRÍGUEZ CHÁVEZ, supervisó todo el proceso.